

VOLUMEN
28

Daniel F. **O'Leary**

**Biblioteca
Biográfica
Venezolana**

Edgardo Mondolfi Gudat



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

Edgardo Mondolfi Gudat

(Caracas, 1964). Se recibió en Letras por la Universidad Central de Venezuela y como Magíster en Estudios Internacionales de la American University en los Estados Unidos. Como diplomático llegó a desempeñar labores en las embajadas de Venezuela en Washington y Buenos Aires, así como en la Dirección de Política Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Anteriormente fue editor de la colección

"Biblioteca del Pensamiento Venezolano "José Antonio Páez" (Monte Ávila Editores, Caracas).

Entre sus publicaciones figuran varias antologías, traducciones, ensayos, crónicas y estudios, entre los cuales cabe destacar: *El Dios Salvaje*

(Academia Nacional de la Historia); De

Revoluciones y Rebeldías (Contraloría General de la República); *Bajo la Mirada Peregrina* (Fondo Editorial Fundarte); *Testigos Norteamericanos de*

la Expedición de Miranda (Monte Ávila Editores); *Francisco de Miranda en Francia* (Monte Ávila

Editores), *Los Fantasma del Norte/Miradas al Sur* (Fundación para la Cultura Urbana), y *El Águila y*

el León: el Presidente Benjamín Harrison y la controversia de límites entre Venezuela y la Gran

Bretaña (Academia Nacional de la Historia).

Es coautor, junto con Rafael Arráiz Lucca de

Textos fundamentales de Venezuela (Fundación

para la Cultura Urbana), así como del trabajo titu-

lado *Miranda, su flauta y la música*, con música

de Luis Julio Toro (Fundación Banco Mercantil).

De reciente publicación es su libro *Páez visto por los ingleses* (Academia Nacional de la Historia)

y *Miranda en ocho contiendas* (Fundación Bigott).

Es colaborador permanente del diario El Nacional.

En la actualidad, se desempeña como profesor en la Escuela de Estudios Liberales y del Diplomado

sobre Proceso Histórico Venezolano de la Universidad Metropolitana, así como investigador adscrito

al Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo

Uslar Pietri (CELAUP) de la misma universidad.

Es autor además de la biografía de José Tomás

Boves publicada en esta colección.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Daniel Florencio **O' Leary**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Daniel Florencio **O' Leary**

(1801-1854)

Edgardo Mondolfi Gudat

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Biblioteca Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If7892006920161.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-014-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

Los orígenes en Cork



Existe un dato que resulta muy revelador del orgulloso origen familiar y nacional al cual se preciaba de pertenecer Daniel Florencio O'Leary. Hallándose una vez en la localidad de Santa Ana, en Trujillo, y permitiéndose una licencia nostálgica al recordar la oportunidad en que en el mismo sitio pero algunos años antes conociera al general Pablo Morillo, el irlandés registró lo siguiente en sus notas personales:

*Morillo me recibió muy bien y me hospedó en su casa y en el mismo cuarto que él ocupaba. Hablamos mucho de la guerra; me hizo mil preguntas acerca del Libertador y recuerdo que se quejó del dictado de sanguinario que le daban los independientes. 'Me pintan como un moro', me dijo. 'Me asombro, capitán, de que usted no tenga miedo de dormir en la casa de un moro'. 'No, mi general', le contesté. 'Los que usted llama insurgentes y herejes no les tememos a los moros y mucho menos a un morillo'. Rióse a carcajadas y a la mañana siguiente contó a los de su séquito el atrevimiento y la agudeza del hereje insurgente. **Acepté lo de insurgente, pero protesté como buen hijo de la católica Irlanda contra lo de hereje.***

El estruendo que se desprende de este último comentario es legítimo porque, a lo largo de su trágica historia como nación, para un irlandés

corren parejas dos convicciones: no aceptar como buena la idea de que su independencia fuese tenida por una causa perdida (por más que no fuera hasta el siglo XX que tal aspiración llegaría a materializarse) y, menos aún, aceptar la imposición de creencias –como sostiene el historiador venezolano Manuel Pérez Vila– “opuestas a su acendrado catolicismo”.

Fuera cual fuese la fecha en que ese clan –los O'Laoghair, más tarde conocido como O'Leary– se convertiría ya en una comunidad actuante en la historia de Irlanda, lo cierto es que desde un principio parece haberse afincado en la zona costera dominada por la abrigada bahía de Cork, al sur de la isla. Por tanto, lejos de resultar una sorpresa, es lógico suponer que existía desde un principio una vinculación directa entre el mar y los primeros miembros de aquella estirpe, evidencia de lo cual es el propio nombre O'Leary, que tiene profundas raíces gaélicas afincadas en lo que el mar, y sus misteriosos ademanes, evoca en ese idioma.

Alrededor de tales atributos –un pasado tallado por el mar, una fe católica a prueba del anglicanismo de Enrique VIII y una vocación erigida para la rebeldía política– se fue formando el mundo espiritual de Daniel O'Leary, a quien le tocaría ver ya todo ese rutilante pasado familiar convertido en ruina y decadencia para cuando llegue al mundo coincidiendo con los inicios del 1800, tal vez 1801.

Aunque por mucho tiempo se tuvieron dudas, y hasta se llegó a afirmar por error que el futuro edecán de Bolívar era oriundo de Dublín, O'Leary nació en la propia ciudad de Cork, situada sobre una isleta entre los dos potentes brazos del río Lee y a unos diecisiete kilómetros del estuario donde va a desembocar el río, justamente aguas abajo, en la ancha bahía de Cork. Tanto como sobre el lugar mismo, también persistieron dudas en cuanto a la fecha exacta de su nacimiento. Armandos rompecabezas de conjeturas de distinta procedencia (y en el cual no está exento el inseguro testimonio aportado por el propio Daniel Florencio) hoy se presume que tal natalicio pudo haber ocurrido en los primeros meses de 1801. Si ésta no es la fecha definitiva, dado que ningún dato confirma el aserto, al menos se tiene por la más comúnmente aceptada entre quienes se han entregado a despejar esta incógnita.

De su padre –Jeremías O’Leary– apenas sabemos que procuraba mantener el decoro familiar dedicándose al comercio de ciertos géneros, como a la exportación de mantequilla primero y a la importación de vinos, después. Su tenacidad debió asegurarle a los O’Leary, si no una sólida fortuna, al menos un relativo margen de holgura que benefició a Daniel Florencio durante su infancia.

Algunos datos en torno a la vida familiar hablan también de una fronda de hijos habidos por Jeremías y su esposa Catherine. Fueron seis, aparte de nuestro biografiado: Arthur, médico de profesión, y quien murió en 1829 mientras Daniel Florencio se hallaba en Colombia; Julia y Anne Mary, solteras, que fallecieron en 1828 y 1836 respectivamente; un varón, Jerome, fallecido en 1820, otro hermano varón, de nombre Florencio, de quien a duras penas se tienen datos, y una hembra llamada Catherine, como su madre, quien fue la única de todos los hermanos que sobrevivió a Daniel Florencio.

En todo lo que de vigor tiene la vida de O’Leary también aporta lo suyo la rama materna de los Burke, pues su madre Catherine estaba emparentada con el enérgico orador y publicista Edmund Burke, aquel que hizo tanto por defender los derechos políticos de Irlanda como para denostar de los excesos de la Revolución Francesa. También se cuenta –aunque por el lado paterno– un sacerdote, en tierras aptas para el ministerio de la fe, llamado Arthur O’Leary, a quien siempre se le recordó por su talento ante los oficios de la palabra y por su prédica a favor de la independencia de la isla. Si en algo pudieron influir estas tradiciones, no hay duda que Daniel Florencio tenía suficiente crédito a sus espaldas para cumplir más adelante con la vocación de ser el más sólido de los cronistas de la independencia suramericana.

Pero, por más que una serie de fantasmas rondara la tradición familiar, hubo una presencia concreta que se encargó de darle molde a su vigor y rebeldía. Se trataba de Daniel O’Connell, uno de los más grandilocuentes y apasionados caudillos en la lucha de Irlanda por conquistar el derecho a gobernarse a sí misma.

Según uno de los biógrafos de Daniel Florencio, Alfonso Rumazo González, nadie influyó tanto en el futuro edecán de Bolívar como aquel orador de fuste y abogado tenaz a quien lo vinculaba una relación de amistad, profunda y sincera, con la familia O'Leary.

Pero, al margen de la influencia que pudo tener O'Connell, y antes de que aflorara su determinación concreta de pasar a Venezuela en calidad de voluntario de un regimiento británico, debieron ocurrir otros episodios más o menos relevantes en la vida de Daniel Florencio acerca de los cuales no tenemos indicios. Ni siquiera conocemos del grado de educación que pudo llegar a recibir en Cork. Se presume que debió cursar la escolaridad propia del nivel que ofrecían las escuelas de su condado, aunque de ello tampoco quede registro alguno.

En cualquiera que fuera esta escuela, Daniel Florencio debió asomarse a los obligados recorridos por el mundo de la aritmética y la geografía, la historia y la gramática, incluyendo idiomas modernos, dada –según afirma Pérez Vila– “la abundancia de citas y expresiones en francés e italiano que esmaltan sus cartas”. Más allá de tan precarios indicios, todo lo demás es tan vago que hace que su temprana vida se vea inevitablemente poblada de sombras. Una variante en toda esta historia es que la juventud de Daniel Florencio pudo coincidir con ciertos reveses sufridos por el padre en el ámbito de sus negocios, lo cual, de ser el caso, debió obligarlo a abandonar prematuramente sus estudios y renunciar, por fuerza, a una formación mucho más esmerada. Estos reveses económicos debieron contrastar de manera ominosa con una infancia que se supone que llegó a colindar con la felicidad, y es hasta probable que no sólo por causas vinculadas a sus negocios la vida de Jeremías O'Leary hubiese caído en desesperados esfuerzos por asegurar la sobrevivencia de los suyos. De ningún modo está exenta aquí la posibilidad de que, como buen irlandés de su tiempo, el jefe del clan se haya asomado al candelero de la política y que, por tanto, de una u otra forma, el amigo de O'Connell haya sido objeto de la represión que se abatió sobre el resto de Irlanda y que tal circunstancia hubiese podido provocarle –según lo testimonia un ar-

título publicado en Cork a la muerte de O'Leary- "fuertes reveses y contratiempos".

Por si fuera poco, tampoco existen pistas que acrediten su vocación por los menesteres de la guerra y, por tanto, sobre su renuncia a la vida sedentaria de Cork, muy a pesar de las estrecheces familiares. ¿Cómo se dio entonces semejante salto? ¿Qué es lo que explica la identificación de O'Leary con la causa insurgente de América? ¿Se dio a enlistarse en una unidad de voluntarios sin contar con rudimentos militares de alguna especie? Son preguntas que resulta indispensable formularse aunque tal vez nunca les hallemos una respuesta precisa. Se sabe, por ejemplo, que ciertos periódicos publicados en Dublín le daban calor a la guerra suramericana y más todavía al prospecto de un futuro para las levass más jóvenes de Irlanda si, tras el éxito de aquella guerra, podía emprenderse una aventura pobladora en tales comarcas. Y, por este camino, acuden nuevas preguntas al asalto: ¿Sería esa la motivación original que tuvo O'Leary, es decir, la de concretar algún prospecto de tipo económico? ¿Habría leído tales anuncios en la prensa o en los carteles colocados en aquellos cafés que un joven de su edad posiblemente comenzaría a frecuentar? ¿O sería que la identificación con la causa insurgente de América provenía de todo el ajuste de cuentas que los irlandeses tenían con el tema de su propia libertad a través, como se ha dicho, del verbo persuasivo de O'Connell?

Lo cierto del caso es que para 1818 hallamos a Daniel Florencio tocando a las puertas de una nueva realidad. De golpe, Cork y el mundo de la isla parecen verse reemplazados en la imaginación del joven irlandés por el afán de una apuesta incierta: aquella a la que invitaban los prospectos de un enganche para cruzar el Atlántico y sumarse a una de esas causas ante la cual un irlandés como él, quien no había dejado de escuchar en su casa ni en las conversaciones con Daniel O'Connell que la libertad era la cumbre más desafiante a la que podía aspirarse, debía sentirse bastante apto como para intentar emprender ese camino. Así fuera para tramontar una cumbre remota, demasiado apartada de Cork y de sus apacibles rumores familiares.

El primer regimiento en llegar a Venezuela

¿Qué lo motivó, pues, a meterse en lo que él mismo llamaría más adelante “las villanas aguas de su Mar Caribe”? Ya de por sí, aquello de “su”, dicho en tono entre angustiado y burlón a su cuñado Carlos Soubllette cuando el irlandés estuvo a punto de irse a pique en 1833, comporta la idea de que Daniel Florencio asumió en la plenitud de la carne y la piel la turbulenta vida del trópico.

Según una nota que corriera inserta en el *Correo del Orinoco*, cuando el joven alférez no tenía mucho tiempo de haber desembarcado en Angostura, y donde se recogen, a guisa de “reportaje”, las motivaciones que pudieron tener los distintos legionarios para enrolarse rumbo a Suramérica, figura el testimonio del propio O’Leary, quien aseguraba haberse visto influido en Irlanda por su mentor republicano O’Connell, “cuyas ideas asimiló”. Esto indica a las claras que el O’Leary que llegaba a Venezuela en 1818 no se había sustraído a la hipnótica influencia ejercida por el tenaz abogado y amigo de la familia, cuya vida seguirá eslabonada a la de Daniel Florencio cuando éste regrese muchos años después a Europa para ejercer diversas funciones diplomáticas precisamente por recomendación de su cuñado, Carlos Soubllette. Correría ya para entonces el año 1834, y O’Leary aludiría afectuosa-

mente a O'Connell en sus cartas como "mi amigote de Irlanda". Pero, en 1818, seguramente las distancias en el trato eran otras, y el joven de dieciocho años se referiría a aquel político de raza con un respeto y una veneración casi religiosa.

El año en que O'Leary arriba como parte del primer regimiento de voluntarios es clave gracias a que la dinámica de la guerra le había permitido a la causa insurgente controlar la ciudad de Angostura, hecho que tuvo entre algunas de sus consecuencias más notables el que la afluencia de hombres y pertrechos procedentes de Gran Bretaña tuviese una vía segura de entrada a Venezuela por los puertos del Orinoco.

Sabemos por diversos indicios que la fragata que transportaba a O'Leary, junto con el resto del convoy, salió de Portsmouth en noviembre de 1817. Ahora bien, gracias a uno de los raros atisbos autobiográficos que asoman en su *Narración*, el irlandés nos brinda en este apunte la precisión necesaria para poder esclarecer que hubo llegado a la capital provisional de la República en marzo de 1818 investido con el grado de alférez de los "Húsares Rojos", al mando del coronel Henry C. Wilson. El autor no agrega nada acerca de las escalas que debió cumplir su derrotero; pero si complementamos aquella lacónica noticia con ciertas referencias que aparecen recogidas en una carta que, desde la isla de Granada y en febrero de ese mismo año, le dirigiera a Bolívar otro oficial, Gustavus Hippisley, quien a su vez formaba parte del contingente "Primero de Húsares", podemos advertir que O'Leary y su regimiento, quienes viajaban a bordo de la nave *Prince* habían recalado primero en la isla sueca de San Bartolomé esperando luego seguir rumbo a Granada, colonia británica para más señas, para poder trasbordarse desde allí a naves de menor tonelaje que los acercara hasta las bocas del Orinoco e iniciar, entre islotes de manglares y hedores de descomposición vegetal, el recorrido aguas arriba por el turbio y rápido cauce que los separaba de su destino.

Un dato levantado por la acuciosidad de Manuel Pérez Vila habla de que O'Leary cargaba entre sus efectos personales algunas cartas de

recomendación, un diccionario de español y algunos libros en este idioma. “El paciente estudio –apunta el historiador– que de ellos hizo durante la larga travesía le permitió iniciarse en el conocimiento de una lengua que años más tarde llegaría a manejar con singular propiedad y soltura”.

Angostura, como primer punto de desembarco, debió ofrecerle a O’Leary una visión pintoresca de la arquitectura suramericana. Construida sobre una roca y refrescada por la brisa del río, aquella ciudad de calles rudas se hallaba colmada de familias fugitivas del centro del país que habían formado parte del éxodo desatado por José Tomás Boves en 1814. No sospechaba aún el irlandés que entre esa masa de desplazados se hallaban los parientes del general Carlos Soublette, uno de los oficiales insurgentes, con quien a la vuelta de unos meses trabaría una larga amistad. Soublette era a la sazón jefe del Estado Mayor y hermano de su futura esposa, Soledad, quien por entonces contaba apenas doce años en aquella ciudad que servía de epicentro a la República. Agregando apenas algo del Oriente y, hasta donde cabe suponer, casi todo el Llano, la nueva República del general Bolívar se hallaba prácticamente aculada contra las márgenes del Orinoco.

Diversos indicios confirman que el contingente de Wilson permaneció un par de meses en Angostura antes de seguir ruta hacia los Llanos de Apure donde, como apunta O’Leary, se “hallaba a la sazón el cuartel general”. Empero, el estado de cosas con que habría de toparse el primer contingente de auxiliares británicos no era precisamente el más alentador, puesto que ese mismo año 1818, y pese a la determinación de Bolívar de acercarse nuevamente hasta las puertas de Caracas por la vía de los valles de Aragua, todo, al cabo, iría en camino hacia una nueva precipitación.

“Aquí Páez los dejará **saquear**”

Quien lea las memorias escritas por los legionarios británicos que actuaron en Venezuela durante aquellos años podrá advertir que muchas de ellas coinciden, aunque con grados variables de amargura, en las estrecheces y privaciones que debieron afrontar sus autores a causa de los apuros a que los sometía un idioma extraño, la incomprensión de las costumbres y mentalidad del país, así como la falta de retribuciones concretas, todo lo cual redundó en dramáticos episodios de nuevas deserciones y conatos de sublevación que ellos mismos relatan con lujo de pormenores. Ponerse a tono con los venezolanos y, al mismo tiempo, evitar el desplante y la autosuficiencia con que muchos de ellos pretendieron actuar frente a Bolívar y los oficiales insurgentes, suma páginas enteras de las crisis de las que fueron testigos durante esa primera etapa en que, tanto ingleses como nativos, intentaban hallar formas de convivencia y una identidad común en los asuntos de la guerra.

Es tan legítimo como comprensible el tono de amargura que destilan muchos de estos memorialistas, pero no por ello se puede obviar las complicadas y enervantes exigencias –tanto en asuntos de rango, como de mando y de sueldos– que muchos de estos voluntarios le plantearon a Bolívar.

Precisamente la llegada de O'Leary a los Llanos como parte de la formación que dirigía el coronel Wilson coincidió con escenas de rebelión abierta y, en lo que a los contingentes de voluntarios se refiere, con desórdenes que corrían parejos a la bebida. Hippisley, antes citado a propósito de sus cartas a Bolívar, consigna lo generoso que eran Wilson y sus oficiales con la botella, lo cual, hasta allí, podía tratarse de un rasgo perfectamente aceptable entre los rudos veteranos. Lo verdaderamente revelador del estado de ánimo del momento era que Wilson le comentara a Hippisley lo siguiente: "Los hombres de usted y los míos andan locos por quedarse aquí, con la esperanza de saqueo, a las órdenes de Páez". Y agregaba por su parte el artillero Rafael Farrer: "Los más habéis servido en la Península con Wellington, que ahorcaba o fusilaba a los que se daban al saqueo; pero aquí el bravo Páez os dejará saquear, y hacer todo lo que queráis por enriqueceros a costa de los enemigos de la República".

Lo que determinaba la inclinación general del ánimo de estos oficiales que llegaron en plena estación de lluvias para encontrarse frente a un teatro gobernado por la anarquía y las intrigas era que mientras Bolívar, físicamente quebrantado, regresaba de la campaña del Centro cargando con una nueva ristra de derrotas en Semén, Ortiz y Rincón de los Toros, Páez era en suma quien ostentaba el título del prestigio en aquella región rodeada por los brazos del río Apure. En San Fernando se concentraban o refluían los fragmentos que habían soportado el peso de la campaña del Centro, y Bolívar se dio perfecta cuenta de que el ejército con que podía contar en los Llanos ya no era el suyo sino el de Páez. Cabe recordar que el descalabro de la campaña del Centro se debió también en cierta medida a que Páez, por no creerlo prudente en función de diversas razones, le escamoteó a Bolívar el apoyo de sus fuerzas para hacerle frente al general Morillo en esa ocasión. Puede que El Libertador haya confundido los deseos con la realidad al tomar la determinación de marchar por su cuenta hacia Caracas; lo cierto del caso era que, a la vuelta de aquella campaña, no podía

hallarse más huérfano de apoyo mientras que, por el otro lado, las fuerzas de Páez permanecían más o menos intactas.

Aunque las condiciones estaban dadas, pues, para que Bolívar afrontara en esos momentos un espíritu de desplante, no previó quizá que tal desplante provendría ante nada del lado inglés, alentado entre otros por el coronel Wilson, quien no tardó en atraerse a varios oficiales más en un intento por desconocer su autoridad.

El estado de ánimo era tal que hasta el general Manuel Cedeño, compadre del fusilado Manuel Piar, fue objeto de un tumulto del que sólo se salvó milagrosamente a causa de la intercesión personal de Páez entre las rechiflas de los suyos. Y hasta Bolívar, refiere uno de los ingleses, debió encerrarse con sus ayudantes y secretarios para verse a salvo de semejantes desórdenes que cundían por doquier. Además, el caraqueño —como se ha dicho— juzgó prudente no permanecer en los Llanos sin contar con tropas propias, de modo que como la época de las inundaciones se avecinaba y se hacía preciso tomar cuarteles de invierno, propuso, antes de salir de San Fernando, dejar a los británicos la elección de irse con él a Angostura o quedarse con Páez en los Llanos.

Lo que sigue es lo que se conoce como "el incidente Wilson", o lo que otros (incluyendo a O'Leary) más peyorativamente han calificado como "la farsa de Wilson". Se trató en todo caso de una oscura tentativa de sedición en la que estuvo involucrado Páez y que ha sido frecuentemente soslayada por los estudiosos de la época. Lo cierto del caso, y en beneficio de la síntesis, es que el caudillo llanero intentó madrugar tanto que sus intenciones llegaron a cobrar, de pronto, una vista larga. De hecho, sería la primera dentro de una larga lista de desavenencias que conducirían finalmente a la ruptura entre Páez y Bolívar cuando ya la idea de Colombia la Grande terminara por hacerse insostenible.

Aunque el Páez de 1818 no era todavía el "dueño de Venezuela" de 1826 en adelante, su ascendencia en los Llanos en la misma época en que Bolívar regresaba a Angostura para reunir el Congreso, estimulaba un ambiente propicio para declararlo como jefe supremo. Y así lo

fue “por unas horas”, dice Rufino Blanco Fombona, cuando Wilson y otros jefes británicos en el Apure lo proclamaron “Capitán General”, leyendo entonces una proclama al efecto. “Este detalle –apunta Madariaga– prueba que por entonces se hallaba Páez convencido de que Bolívar no tenía fuerza contra él”. Pero como rápidamente agrega el mismo Madariaga, Bolívar “se tenía a sí mismo” y, también, “al mar a sus espaldas”, o sea, que era poco lo que podía hacer Páez para afincarse en un mando más complejo de lo que le permitían las huestes comandadas por él. El llanero optó más bien por esperar a que las circunstancias le fueran más favorables. Por ello se apresuró a denunciar a Wilson antes que verse, por obra de un bando y una proclamación mal concebida, militando a contramano de la voluntad de quien, al cabo, sería confirmado como Presidente titular de Venezuela.

Páez hizo siempre lo posible por desmarcarse de este episodio, tanto que en su *Autobiografía*, escrita casi cuarenta años más tarde, asegura que él se hallaba en Achaguas, ajeno a lo que estaba ocurriendo, y que al imponerse del pronunciamiento de Wilson se embarcó para San Fernando, desaprobó el acto (y el acta), y dispuso que el coronel inglés saliera para Angostura a presentarse ante Bolívar.

O'Leary se hallaba actuando como subalterno en la formación de Wilson, de modo que el incidente debió rozarlo de cerca, por muy involuntaria que fuera su participación en tal episodio. Lo que salvó a Wilson de terminar rindiendo cuentas ante un pelotón de fusilamiento fue la propia disposición de Bolívar de evitar que así fuera. El Libertador temía, y con razón, que a causa de tal proceder cundiera la desazón entre los voluntarios ingleses que ya operaban en Venezuela y que se fuera a pique todo el esfuerzo por acelerar la remisión de armas y pertrechos que pudiese seguir fluyendo desde Gran Bretaña. Pero el “incidente” Wilson sirvió, de una vez por todas, para que Bolívar comenzase también a mirar con cierta reserva la presencia de unidades extranjeras al servicio de la República.

Mientras Wilson era enviado a Guayana la Vieja para luego ser dado de baja y expulsado del país cuatro meses más tarde, resulta lógico

pensar que los oficiales de los diferentes cuerpos que se habían reunido proyectando conferirle a Páez el título de "Capitán General", debieron acomodarse lo mejor posible a las nuevas circunstancias y aceptar como buena la autoridad de Bolívar antes de verse deportados ellos mismos. Tal debió ser la actitud de O'Leary para deslindarse de las resoluciones de quien fuera hasta entonces el comandante de su regimiento, y en tal sentido afirma: "Pedí mi separación del cuerpo en que servía y licencia para volver a Angostura; conseguíla con alguna dificultad, y para hacer el viaje tuve que vender la mayor parte de mi equipaje".

¿Apoyó O'Leary las tentativas de intentar reconocer la autoridad de Páez en menoscabo de la de Bolívar? Nunca lo sabremos porque el propio Páez se encargó de hacer desaparecer toda evidencia del acta firmada. Si su nombre aparecía rotulado allí (aunque cabe aclarar que O'Leary no era oficial superior), o si sólo acató momentáneamente la sedición de Wilson en virtud del siempre indulgente principio de "obediencia debida", pronto, al igual que otros oficiales, se vería eximido de toda responsabilidad. En todo caso, el propio O'Leary habla en su *Narración* de haber dejado atrás las "sombrias pesadillas" de San Fernando, "disgustado yo con lo que había presenciado". De allí que pueda no haber nada de aventurado en el hecho de pensar que alguna clase de infierno personal debió haber vivido, al igual que otros oficiales, a raíz del incidente Wilson.

Parejo a muchas otras apreciaciones escritas en clave de culto, hay autores que afirman que la relación Bolívar-O'Leary estaba hasta tal punto predestinada, que el oficial irlandés reaccionó con indignación ante la conjura de Wilson. De nuevo, al tropezarnos con una notable falta de evidencias documentales, resulta difícil conocer si el irlandés estuvo inicialmente –o no– del lado de la defección promovida por Wilson. Si lo estuvo, no habría tenido nada de extraño, dado que allí donde estaban él y los demás voluntarios que atestiguaron el episodio, el hombre de las circunstancias era Páez, no Bolívar. Además, para cuando no mucho más tarde O'Leary llegue a presentarse ante El Li-

bertador en Angostura y éste lo reciba de buen grado, es probable que toda traza del caso Wilson hubiese desaparecido ante otros temas más apremiantes que Bolívar debió haber estado atendiendo en la capital provisional de la República. Por otra parte, el caso no debió tener ramificaciones que le hicieran pensar al Libertador que la Legión Británica significaba una seria amenaza en su conjunto. Además, tampoco perdamos de vista el hecho de que O'Leary era un simple alférez, y que para Bolívar no habría tenido sentido incriminar a toda la Legión Británica por la conducta díscola de su comandante superior, quien ya debidamente encerrado en un calabozo de la fortaleza de Guayana la Vieja, no debía representar peligro alguno.

Lo cierto del caso es que al arribar de regreso a Angostura, O'Leary se presentó ante el general Soublette, quien seguramente en su capacidad de jefe del Estado Mayor estaría a cargo de ir reagrupando a los auxiliares británicos. Sabemos por su propio testimonio que el irlandés solicitó ser incorporado a alguno de los regimientos venezolanos. ¿Con qué propósito? Él mismo lo dice: “deseoso como estaba de aprender el español”. Pero para ir al fondo del asunto, tal vez porque presintiera la necesidad de adaptarse mejor a las condiciones del medio.

En tal condición fue incorporado a un cuerpo de élite como ayudante del general José Antonio Anzoátegui quien, habiendo seguido a Bolívar y al resto de los fugitivos durante el azaroso serpenteo que los separaba de los Llanos, también venía de soportar los fracasos de la campaña del Centro.

Pero no sería justo dejar a O'Leary en manos de Anzoátegui sin antes consignar que durante ese segundo tránsito por la capital provisional fue cuando el irlandés se entrevistó por primera vez con Bolívar. O'Leary lo apunta así, casi lacónicamente, “Conocí entonces al Libertador”, seguramente sin presentir que quien motivaba esa frase tocaría, al cabo de un tiempo, el centro crucial de su existencia. ¿De qué hablaron durante aquella entrevista? O'Leary no lo dice expresamente; sólo se limita a afirmar que Bolívar “aprobó mi conducta”. ¿Enderezaría en ese momento su indirecta participación en el incidente Wilson?

Sea lo que fuera, el fino retratista que ya era O'Leary prefirió dar paso a la descripción física de quien tenía por delante, y así se explana en aquellas primeras impresiones recogidas algunos años después, cuando lo recordaba así en su *Narración*:

Bolívar tenía la frente alta (...), los ojos negros, vivos y penetrantes. La nariz larga y perfecta (...) La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos, cuidábalos con esmero. Las orejas grandes pero bien puestas. El pelo negro, fino y crespo; lo llevaba largo en los años de 1818 a 1821, en que empezó a encanecer, y desde entonces lo usó corto. Las patillas y bigotes rubios, (...) el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados que una mujer habría envidiado.

Y, de seguidas, terminan asomándose frases curiosas que iluminan algunos costados de la severa personalidad de Bolívar. Según O'Leary, "Detestaba a los borrachos y a los jugadores, pero más que a éstos a los chismosos y embusteros". Se trata de una semblanza espiritual de la cual parecen disentir otros forasteros que conocieron más tarde a Bolívar y que lo recuerdan, no por alguna afición desmedida hacia la bebida aunque sí por la pasión y largas horas que solía consagrarle a las partidas de tresillo en Bogotá.

En todo caso, con Anzoátegui, y ahora en contacto con los criollos, el alférez O'Leary seguramente podría comenzar a expresarse en español con un poco más de soltura.

La herida en **el pantano**

Bajo el mando de Anzoátegui

Al distribuir a los voluntarios extranjeros entre los regimientos venezolanos hubo, claro está, diversas dificultades y tropiezos. A juicio del historiador José Gil Fortoul, la mayor de tales dificultades estribó en tratar de arreglar de modo equitativo el asunto concerniente a los grados.

Pero, hasta donde sepamos, en el caso de O'Leary no fue la cuestión del rango su primera queja. En cambio sí lo fue el proverbial mal talante que distinguía a su nuevo superior, José Antonio Anzoátegui, a cuyo Estado Mayor rápidamente se integró, pasando a cumplir su primera experiencia como edecán. Anzoátegui era un descontento nato, y no había, según el irlandés, "situación que le agradara o no criticara". Y en un insufrible instante de su *Narración* lo termina de pintar así: "Si la marcha era corta o larga, el tiempo húmedo o seco, el camino suave o escabroso, siempre tenía de uno u otro modo iguales motivos de queja". Para O'Leary, quien antes de remontar el Orinoco y el Apure debió cumplir un tránsito de varias semanas en las Misiones del Caroní acostumbrándose al carácter desapacible de su nuevo jefe, debió ser motivo de alivio el hecho de que a esa división se incorpora-

ra un nuevo contingente llegado recientemente a Angostura, cuyos cuadros eran casi enteramente británicos, y entre quienes figuraba el coronel James Rooke, veterano de Waterloo, y una especie de antítesis, al menos por la jovialidad de su carácter, del áspero Anzoátegui.

La larga marcha, emprendida desde el Orinoco hasta el escote de los Andes y en la que O'Leary participó como edecán de Anzoátegui, venía envuelta en la idea, madurada por Bolívar, de librar una eficaz campaña que llevara al Ejército Libertador a tramontar los páramos y arrollar las posiciones enemigas que actuaban bajo el mando del virrey Samaná en Nueva Granada. Escapa a la intención de estas páginas trazar un cuadro lo suficientemente amplio que de cuenta de las motivaciones que animaron a Bolívar; pero basta decir que no se trató de un proyecto alocado, como pretende reiterarlo cierta tradición interesada en ver a Bolívar como una fuente de inagotables azares, intuiciones geniales y marcado providencialismo. El resultado pudo ser audaz y los peligros, extremos, por cuanto que de las tres rutas por las cuales era posible atravesar la cordillera, Bolívar escogió la de Pisba, no sólo por ser prácticamente intransitable durante todo el año, sino porque era la única que no estaba resguardada por las columnas del Virrey.

De modo que al contrario de lo que sostiene la tradición del Bolívar “inspirado”, convendría entonces tener presente que mucho mayor honor se le hace al reconocer los objetivos claros y precisos que El Libertador vislumbraba en torno a ese año 1819 que pronto se habría de iniciar y que, sin duda, significaría una verdadera “vuelta de tuerca” en más de un sentido con respecto a todo el pasado que lo separaba de sus actuaciones desde 1811. Para empezar, en el plano político, la instalación definitiva del Congreso y la elección de las autoridades hacía que Bolívar regresase al frente militar investido ya con el título de Presidente de la República, provisto de facultades omnímodas, permitiéndose así dar un paso adelante en la penosa tarea de hacerse obedecer entre aquel elenco de lugartenientes que campeaban por su cuenta, desde el Oriente hasta los Llanos. Al mismo tiempo, el adveni-

miento definitivo de un régimen constitucional servía para demostrar en el extranjero que la República no se sustentaba únicamente en el éxito de la fuerza.

Por otra parte, ya en lo militar, Bolívar ponderó muy bien las ventajas que le reportaría la nueva campaña. Como lo afirma uno de sus biógrafos, Gerhard Masur, “En el pensamiento geopolítico y geoestratégico de Bolívar, Venezuela y la Nueva Granada habían sido siempre una sola. Dos veces la nación hermana había ofrecido refugio al Libertador, y en Jamaica había hablado de Nueva Granada como del corazón de América”. Visto de otra forma, y si bien Páez había comenzado a someter a Morillo a un ciclo de hostigamiento y desgaste en los Llanos, Bolívar tenía muy claro que el Ejército Expedicionario de Morillo controlaba aún todo el Centro y el Occidente de Venezuela, y que aquellos oficiales de los tercios españoles, que venían de ser probados en la guerra contra la invasión francesa de la Península, continuaban mostrándose como un adversario formidable, superior en número y fuerza. Pero tramontar los Andes y debilitar a una facción menos preparada del ejército español en otro teatro de operaciones para, luego, volver sobre Morillo, introducía nuevos elementos en la contienda. Aparte de inmovilizar a Morillo ante el factor sorpresa, el Paso de los Andes conectaba con la idea, largamente meditada por Bolívar, de llevar la guerra al sur del continente y tomar contacto con Chile y Argentina.

El historiador colombiano Restrepo, al llamar la atención sobre la inactividad a la que se veía sometido Morillo a causa del invierno y sobre las penalidades que aguardaban al Ejército Libertador si permanecía ocioso en aquel rincón ardiente del Llano, resume así los motivos que impulsaron a Bolívar: “No le quedaba otro arbitrio que obrar sobre las montañas”. Y Madariaga, quien es todo un estratega en el campo de las asperezas aunque, por el otro lado, haya sido injustamente desatendido a pesar del rigor con que trabajó su biografía de Bolívar, afirma que El Libertador no podía ignorar que el paso de los Andes sería mortífero, pero que la honda –y quizá oculta– razón que lo animaba a obrar como lo hizo fue dictada por la necesidad de huir-

le a Páez con el pretexto de darle alcance a José de San Martín, de cuyo audaz cruce de los Andes chilenos ya venía impuesto de antemano.

Tan cercanas ópticas entre Masur y Madariaga puede que hablen, como tantos otros detalles acerca de nuestra guerra de independencia, de una polémica no clausurada, en la que la posición "oficial" trata de silenciar aspectos como la difícil subordinación de Páez en aquella etapa, y los temores que –legítimamente a mi juicio y que en nada desmerecen de Bolívar– le inspirara al Libertador aquel llanero dueño de las circunstancias. Pero el tema que nos ocupa es la vida de O'Leary y es necesario volver a sus imágenes ricas en seducción para calibrar la antesala al Paso de los Andes cuando, por ejemplo, en el oscuro burgo de Setenta, a orillas del río Apure, Bolívar finalmente expuso su plan en rueda de oficiales: "No había una mesa en aquella choza –apunta O'Leary– ni más asiento que las calaveras de las reses que para raciocinar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista". Sentados entonces sobre cráneos pulidos, aquella junta debió ser tan singular como el paisaje lavado por la lluvia que los rodeaba. Carlos Soubllette, José Antonio Anzoátegui y James Rooke, éste último en representación de la Legión Británica, fueron los principales encargados de llevar a cabo los preparativos del ascenso, procurando en lo fundamental mantener silencio acerca del plan entre el resto de los oficiales y la tropa para evitar los riesgos de la desertión. Es probable que a esas alturas de la marcha, y dada su privilegiada condición como edecán de Anzoátegui, O'Leary fuera de los pocos que estaban informados con cierta precisión acerca de las operaciones en ciernes.

El Páramo de Pisba

Dentro de la literatura testimonial, y gracias a sus efectos narrativos, *Campañas y cruceros* de Richard Vowell y *La Narración* de O'Leary compiten por ofrecer la visión más descarnada que se conserva acerca del paso de los Andes. En este duelo, el irlandés lleva las de ganar en cuanto al lujo y precisión de los detalles. Por ejemplo, en sus páginas se da una experiencia que conviene registrar cuando nos hace ver, con

la fuerza dramática propia de una situación semejante, que en los ojos de los llaneros empezaba a habitar de pronto un mundo nuevo: “Contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas y se admiraban de que existiera un país tan diferente del suyo”. El asalto de la lluvia día y noche, el ganado que se quedaba razagado, el paso inseguro de las acémilas que cargaban las provisiones por caminos escabrosos, la necesidad de vencer quebradas y gargantas obligando a los soldados a marchar de uno en fondo, el agua fría a que no estaban acostumbradas las tropas y que provocaban constantes diarreas, las deserciones reiteradas, los efectos –como también se ha visto en Vowell– del aire frío y penetrante, y la necesidad de reanimar permanentemente a los “emparamados” mediante el recurso de la flagelación, son otros tantos detalles que ocupan los renglones más conmovedores con que O’Leary va dando cuenta del penoso ascenso desde que dejaran atrás las sabanas inundadas, el 22 de junio, hasta que la división de Anzoátegui, de la que formaba parte el autor, llegó a Socha, la primera aldea de la Provincia de Tunja.

El inesperado ascenso de Bolívar y los suyos por aquella región cogió totalmente de sorpresa al coronel español José María Barreiro, jefe de los batallones acantonados en la comarca, quien al menos consiguió hacerse fuerte en las alturas que dominan el Pantano de Vargas, entre la cordillera y la ciudad de Tunja, capital de la provincia de mismo nombre. Días después, cuando finalmente se comprometió el combate en aquel sitio en el que a Bolívar le tocó tomar posición en el fondo de una hondonada, cuenta O’Leary que “dos veces se creyó perdido el ejército libertador ese día”. Vowell lo complementa afirmando que Bolívar había sacado a varias decenas de ingleses de diferentes cuerpos para formar con ellos un regimiento de elección, al frente del cual puso a James Rooke, quien fue herido en un brazo al comenzar la refriega y murió al día siguiente a consecuencia de ello.

Desbordado a causa de lo que en un urgente pliego dirigido al virrey Samaná calificara como la “desesperación de unas fuerzas salidas del abismo en que se hallaban”, Barreiro consiguió parapetarse lo mejor

que pudo en las inmediaciones del puente de Boyacá, acerca de cuya defensa no ignoraba que dependiera la suerte de la capital de Nueva Granada. En este encuentro, que pondría en fuga al virrey Samaná y le abriría a Bolívar el camino a Bogotá, O'Leary se movió en la parte más ruda, sirviendo de correa de transmisión a las órdenes que Anzoátegui giraba a los distintos componentes que formaban su división y que, por haberse enzarzado con el núcleo de las fuerzas de Barreiro, terminaron por llevar la peor parte de la contienda.

Boyacá, desde el punto de vista militar, no pasó de ser una escaramuza de unas cuantas horas, pero sus consecuencias fueron invaluable. Ocupar Bogotá, donde el virrey Samaná, en su escape, había dejado atrás medio millón de pesos en moneda corriente y alrededor de cien mil más en barras de oro, significaba que Bolívar podría abrir desde allí las campañas que simultáneamente llevasen la guerra de vuelta a Venezuela y hacia el sur, hasta el Perú, ambos de los cuales eran los epicentros más efectivos del poder español. Poca duda cabe entonces de que, viéndose dueño de la capital, las implicaciones políticas fueron tremendas, puesto que Bolívar juzgó con acierto que una Nueva Granada que había sido hasta entonces una realidad minada por mezquinas rivalidades, podía verse de golpe unificada a causa de una derrota tan dramática como la que, tras el paso de los Andes, habían sufrido el vacilante virrey Samaná y los defensores del orden metropolitano.

De Boyacá a Pichincha

De acuerdo con diversos biógrafos, fue a causa de haber aportado tanta energía en el puente de Boyacá que el irlandés se ganó el derecho a ostentar, de entonces en adelante, la Orden de los Libertadores. No se trata de una alabanza fútil, puesto que bien merecido tenía portar su estrella engastada por los joyeros de Bogotá; pero lo que al mismo tiempo no silencia ni el mismo O'Leary, dicho sea de paso, fue la repulsión que causó el posterior fusilamiento del coronel Barreiro y de treintiocho de sus oficiales que fueron encadenados y ejecutados por la espalda en plena plaza pública, por órdenes de Francisco de Paula Santander. Superado en buena medida el expediente de la Guerra a Muerte, hasta el propio Bolívar reprobó el acto, considerándolo lesivo a la imagen internacional que ya podía exhibir Colombia, pero terminó aceptándolo de mala gana en vista de la resolución que mostró Santander de saldar así la forma en que fueron ejecutados los insurgentes neograndinos Camilo Torres y Francisco José Caldas en tiempos del paso del Ejército Pacificador de Morillo por la Nueva Granada. “El general Santander, a caballo y rodeado de su estado mayor, presencié la sangrienta escena desde la puerta del palacio. Después de la descarga que puso fin a la existencia de Barreiro, dirigió algunas pa-

labras impropias de la ocasión”, es la forma como O'Leary expresa la falta de aprobación a que dio lugar semejante proceder en una Bogotá recién ocupada y todavía llena de desconfianza hacia el nuevo ejército que comenzaba a acampar en las cuatro esquinas de la plaza de la catedral.

Que “las calles estaban desiertas”, como se desprende del testimonio aportado por el joven republicano José María Espinosa a la entrada de Bolívar en Bogotá, revela cuánto debió hacer El Libertador mediante proclamas y bandos para ir sacando poco a poco de su confinamiento a los vecinos más reacios frente a la amenaza de nuevas violencias. Pero la Bogotá de 1819 que había experimentado la ineptitud de Samanó no era la Caracas de 1813 y 1814 que por igual había desconfiado de Monteverde y Boves, como de Bolívar y los suyos, de modo que ya instalado en el palacio, Bolívar fue recibido por un encumbrado elenco de neogranadinos, entre muchos de los cuales encontró acogida la idea que traía desde Angostura: la formación de la República de Colombia, con Nueva Granada y Venezuela como sus dos núcleos integrantes.

En realidad, es poco lo que O'Leary aporta de sí mismo durante la marcha entre Boyacá y Bogotá. Como ocurre a menudo, el irlandés recata cuidadosamente su figura y evita dibujarse en las páginas de su *Narración* para dedicarse en cambio al recuento de las acciones ajenas. Pero, de las impresiones que recabó, prevalece sin duda el hecho de haber observado de cerca las atenciones que los bogotanos le dispensaron a Bolívar algunos días después de que se calmaran los desafueros (el mismo O'Leary reconoce la situación así: “Algunos almacenes fueron saqueados por gentes que se decían patriotas”).

En cambio, lo que sí es desde todo punto de vista incuestionable es que O'Leary no llegó a desempeñarse como edecán de Bolívar hasta los primeros meses del año siguiente, 1820, de modo que cualquier contacto entre ambos durante esta etapa bogotana debió ser más bien tangencial. Ante evidencias que no ofrecen el menor asomo de duda, la permanencia del irlandés en Bogotá tuvo lugar exclusivamente a las órdenes del general Anzoátegui. No es una prueba mejor de tal

certeza el fusilamiento de Barreiro antes mencionado, y del cual, como hemos visto, O'Leary fue testigo directo. Porque la ejecución ocurrió justamente cuando Bolívar, tras su breve paso por Bogotá, ya había dejado encargado del gobierno al general Santander y se disponía a regresar cuanto antes a Angostura. Apremiado por la urgencia de convertir en acto jurídico y formalizar, con la buena pro que ahora se llevaba de parte de los principales políticos de Bogotá, la creación de Colombia.

Otra prueba es que antes de marcharse, Bolívar había dispuesto que el regimiento de Anzoátegui, que al igual que otros componentes había disfrutado de una relativa licencia en la capital ocupada, partiese junto con él para Pamplona. Pero el Libertador sólo permanecería un mes en aquella localidad encaramada en la cordillera, antes de seguir rumbo hacia Angostura. Allí dejó a Anzoátegui para que guardase vigilancia de la frontera con Venezuela, “pues ya se sabía –apunta Rumazo González– que el general Morillo, alarmado con la derrota de Boyacá, había mandado a su segundo, el general La Torre, para una sorpresiva acometida”. De los escritos se desprende efectivamente que a O'Leary le tocó quedarse acantonado en Pamplona, acompañando a Anzoátegui, al “sempiterno regañón”, como lo tilda en alguna de sus páginas. Sin embargo, nuestro biografiado jamás debió sospechar que en su nueva vida suramericana podrían verificarse, a partir de entonces, tan abruptas mudanzas de la fortuna.

El abrazo de Trujillo

De no haber sido porque mediara una circunstancia más bien fortuita, la vida posterior de O'Leary tal vez no habría sido la misma. Aún más, si esa vida no hubiese cambiado de rumbo de forma tan abrupta y repentina, resulta poco probable que su relación con El Libertador se convirtiera en un factor central y, mucho menos, que su trabajo memorístico al lado de Bolívar hubiese llegado a desarrollarse como lo hizo. El azar se entrometió, en este caso, a través de un episodio huérfano de toda lógica. El 15 de noviembre de 1819, cenando junto a

los oficiales que integraban el Estado Mayor del Ejército del Norte acantonado en Pamplona, Anzoátegui se retiró experimentando un súbito malestar. Hasta el cirujano Foley intentó poner en juego los recursos de su ciencia, pero el General de División (ascendido a tal rango tras la batalla de Boyacá) dejó de dar señales de vida al cabo de unas horas. Las cosas sucedieron tan precipitadamente que el capellán del ejército habrá de escribir más tarde: “Recibió la penitencia y extremaunción y no la Sagrada Eucaristía por no haber dado a más lugar la enfermedad”. Aún entre hombres acostumbrados a las sorpresas, cundió la especie de que alguna suerte de epidemia podía estar abatiéndose sobre aquel sitio. No fue así, aunque las causas de la muerte de Anzoátegui tampoco quedaron aclaradas. El repentino deceso de su superior fue suficiente para lavar los prejuicios. Porque pese a haberse entendido mal en diversos momentos, O'Leary no dispuso de ningún sitio mejor que las páginas de su *Narración* para depositar allí los verdaderos sentimientos que lo embargaban. Resulta totalmente imposible dudar de la buena fe de sus palabras cuando apuntó lo siguiente: “Pérdida inmensa para el ejército, tan prematura como sensible y difícil de llenar”. Lo de “prematura” no es obra de ninguna exageración: Anzoátegui apenas había cumplido treinta años, y el misterio final lo sorprendió, irónicamente, cuando apenas celebraba su reciente promoción como comandante del Ejército del Norte.

Bolívar se enteró tarde de lo ocurrido, y la desoladora noticia debió sumarse a los agobios de su retorno a Angostura. Al cabo dispuso del nombramiento de Bartolomé Salom como responsable del Ejército del Norte y más tarde de Rafael Urdaneta, y bajo ambas jefaturas O'Leary se entregó a lo que provisionalmente dictara la suerte, entre los últimos meses de 1819 y los primeros de 1820.

Para abril de este último año, declarada ya la fusión de los dos Estados por parte del Congreso de Angostura que entraría en receso a partir de entonces, Bolívar se instaló en la villa del Rosario de Cúcuta, escogida de antemano para que sesionara allí, en lo futuro, el Congreso Constituyente de Colombia.

Esta nueva etapa en la vida de Bolívar también navegaba a favor del irlandés, puesto que aunque asome la duda de no saber cómo se dio exactamente aquel paso, ni el propio O'Leary aporta mayores detalles en tal sentido, sabemos que fue a partir de entonces cuando entró definitivamente a formar parte del séquito de edecanes del Libertador. Lo más razonable sería suponer que fue recomendado por alguno de los altos oficiales del Ejército del Norte, o que el mismo Bolívar lo hubiese oteado por su disciplina. Otro detalle que también llama la atención, y que podría ayudar a entender las razones, es que todos sus demás edecanes eran venezolanos –Diego Ibarra, Celedonio Medina, Miguel Arismendi, Raimundo Freytes–, y es probable que Bolívar conceptuara entonces como útil la presencia entre su séquito de un ayudante “inglés”, dado lo deseable con que empezaba a vislumbrarse el definitivo apoyo de Gran Bretaña a la causa independiente. Además, es bien sabido que El Libertador no demostró ninguna familiaridad con la lengua inglesa (en cambio sí con la francesa), de modo que cabe suponer, ante el volumen mayor de gestiones y contactos que se suscitaba con políticos y comerciantes del otro lado del Atlántico, que a O'Leary se le ofreciera la oportunidad de canalizar parte de la abultada correspondencia dirigida a Bolívar en su propio idioma de origen.

En una semblanza que aporta sobre El Libertador instalado ya en Cúcuta, el mismo O'Leary da a entender que con frecuencia llamaba a su lado a un edecán de confianza para dictarle lo que quería contestar personalmente. Y en otro documento se le atribuye haberse expresado así: “Yo me hallaba entonces (1820) al lado del Libertador: le abría sus correspondencias y se las leía”. ¿Qué tipo de correspondencia? Es más que probable, como se ha dicho, que en primer lugar fuera la que emanaba en inglés. Por esta clase de detalles –apunta Rumazo González– es que se advierte que, para Bolívar, los edecanes podían resultarle muy útiles en labores de secretaría.

Precisamente porque la estada en Cúcuta en 1820 va a coincidir con uno de los escasos interludios de los que se tenga noticia en los cuales Bolívar habrá de gozar de algún tipo de reposo más o menos prolonga-

do, el irlandés no pierde detalle en registrar los pasos que describía su rutina cotidiana. Sería necesario tomar aliento para recapitular todos estos detalles que, en todo caso, reposan prolijamente en su *Narración*. Baste señalar aquí los más sobresalientes:

Se levantaba a las seis de la mañana, se vestía y empleaba en el tocador apenas el tiempo necesario para el aseo de su persona (...) recibía los informes del Ministro de la Guerra, de su secretario privado y del jefe de Estado Mayor. Oíalos paseándose en el cuarto o sentado en la hamaca, de la que se levantaba repentinamente cada vez que alguno de aquellos informes le causaba sorpresa o llamaba su atención (...) Como conocía a todos los oficiales del ejército y a los paisanos, sus vicios y defectos, y también sus servicios, le era fácil resolver sus peticiones sin perder mucho tiempo (...) El despacho de los asuntos oficiales ocupaba por lo regular tres horas (...) Luego llamaba a un edecán de su confianza y le dictaba las de mayor importancia, siempre paseándose o reclinándose en la hamaca con un libro en la mano, que leía mientras el amanuense escribía la frase (...) Leía de todo, aunque daba preferencia en sus horas de ocio, a la historia. Tenía una memoria extraordinaria para fechas, nombres y sucesos, y no pocas veces repetía en la mesa páginas del autor que había leído, recordando las frases con muy poca variación del texto original.

Estos fragmentos de lo que constituye una radiografía espiritual de Bolívar, y de los cuales he privilegiado caprichosamente uno referido a su afán por la lectura, alternan en los apuntes de aquellos meses con una revelación que será especialmente significativa para el futuro de O'Leary. Fue allí en Cúcuta, en septiembre de 1820, donde conoció a Antonio José de Sucre, comandante de la llamada "Guardia Colombiana", a quien pronto lo uniría una amistad construida a despecho de ciertas crisis al pisar el terreno de la política. O'Leary apunta que Sucre no se distinguía por ser muy diestro al montar a caballo y, al parecer, ese detalle lo dejó escéptico al verlo por primera vez. Sus dudas lo llevaron a interrogar a Bolívar acerca del mal jinete que les salía al paso, y éste le respondió: "Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarlo a la luz".

Puede que la realidad fuera menos lírica, pero la posibilidad de que Sucre –y también O’Leary– se vieran expuestos a lo que Bolívar llamara “la luz”, avanzaba a toda velocidad desde mediados de junio de aquel año veinte. En la España ansiosa y mal avenida a la restauración de Fernando VII, habían ocurrido sucesos que le terminarían dando un vuelco tremendo al curso de la guerra en ultramar. Para empezar, la sublevación del comandante Rafael Riego en Cádiz dio al traste con el empeño que había puesto el propio Fernando de organizar una nueva leva que reforzara al Ejército Expedicionario de Morillo en sus tareas pacificadoras. No es éste el sitio para explanarse en especulaciones contrafactuales, pero todo pareciera indicar que de haberse provisto Morillo de los contingentes que esperaba recibir, es probable que la causa americana hubiese sufrido un tremendo impacto y que los esfuerzos de Bolívar hubiesen terminado viéndose inevitablemente dilatados en el tiempo. Tan cruda noticia, aunado al desbalance de poder que había provocado la acción de los Andes y que inclinaba las mejores perspectivas en ese momento a favor de Bolívar, llevó a un Morillo quejoso y abandonado a su propia suerte a aceptar como buena la propuesta recibida desde Madrid de promover un armisticio con los insurgentes.

Abiertas las negociaciones, Bolívar se trasladó con sus edecanes, tropa y Estado Mayor a Trujillo, y quien precisamente fue el encargado de dirigir las tareas de los comisionados insurgentes fue Sucre, nombrado a la sazón como jefe del Estado Mayor. Para llegar a la suspensión de las hostilidades los comisionados de ambas partes confrontaron sus puntos de vista hasta que lograron formalizar las condiciones de tal armisticio el 25 de noviembre (y, al día siguiente, el tratado de regularización de la guerra). Sólo una vez se equivocó Morillo en el curso de estas negociaciones, y fue cuando le sugirió a Bolívar que se retirara a Cúcuta para facilitar el proceso pacifista. La respuesta que recibió el jefe del Ejército Expedicionario a través de un emisario fue contundente: “Diga usted al general Morillo de mi parte que él se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta (...) Hacerme semejante proposición ahora que

cuento con un ejército más disciplinado y numeroso que el suyo es un insulto que yo devuelvo con desprecio”.

O'Leary fue varias veces encargado para encontrarse con Morillo a objeto de conducir ante él diversos oficios de Bolívar e, incluso, bajo esta condición semidiplomática, fue testigo de los primeros canjes de prisioneros (reducido en principio a números simbólicos) que tuvieron lugar en la antesala al tratado de regularización de la guerra. El irlandés nos brinda algunos bordes de tales encuentros, como el ya comentado episodio de no sentirle temor a los moros y menos a “un morillo”, cuando el general español lo invitó a pernoctar en su cuartel general. Pero donde se dibuja con mayor intensidad el clima humano del momento es cuando rememora en su *Narración* el deseo que le expresó Morillo de querer conocer personalmente a Bolívar una vez ratificados los tratados. El lugar escogido para tal encuentro fue la población de Santa Ana y, para sorpresa de Morillo (según lo cuenta O'Leary) Bolívar lucía irreconocible, no sólo por su falta de aparato (vestía una levita azul y gorro de campaña), sino porque venía montado en una mula. Acostumbrados a la idea de un Bolívar cabalgando eternamente sobre el símbolo de osadía por excelencia que es el caballo, cuesta entonces poner a trabajar la imaginación para acercarnos a una estampa tan menuda y sanchesca como la que brinda O'Leary.

Dejemos que sea el propio O'Leary quien concluya por relatarnos el encuentro de Santa Ana:

Después de este saludo se dirigieron a la mejor casa del pueblo, donde el general Morillo había hecho preparar un sencillo banquete en honor de su ilustre huésped. (...) La noche puso fin a los regocijos del día, pero no separó a los generales rivales. Bajo un mismo techo y un mismo cuarto durmieron profundamente Bolívar y Morillo, desquitándose tal vez de las muchas noches de vela que mutuamente se habían dado.

El cuadro que sigue a la entrevista de Trujillo debe verse como una brusca superposición de planos simultáneos, donde por un lado Bolívar y los suyos (incluyendo a O'Leary) regresan a Bogotá; Morillo, con

su autoridad quebrantada tras cinco años de guerra de desgaste, huérfano de refuerzos y obligado por las circunstancias a pactar un cese temporal de hostilidades, zarpa de regreso a España; Miguel La Torre, inferior en aptitudes militares, se queda a cargo de los restos del Ejército Pacificador, y los habitantes de Maracaibo resuelven colocarse bajo la protección de Colombia, dando lugar así a los acres intercambios que, a partir de abril de 1821, conducirían a la ruptura anticipada del armisticio que fue pactado para que durara seis meses.

Desde lo alto del Buenavista

Muchos historiadores concuerdan que, para Bolívar, el primer éxito del armisticio consistió en lograr que Morillo se ausentase y dejara en su lugar a La Torre, creyendo mucho más fácil la eliminación de este contrincante menos experimentado. Pero, en realidad, el gran problema, como también lo había significado en los Llanos dos años antes, era verse sometido a la inmovilidad, forzando cada vez más el límite a que podían alcanzar los víveres y pertrechos para un ejército puesto en permanente pie de guerra. Eso explica que lo ocurrido en Maracaibo viniese a fungir como formidable pretexto para, como apunta Rumazo González, “alcanzar por las armas aquello que las conversaciones diplomáticas podían diferir por largo tiempo”.

Al mismo tiempo, al advertir que con La Torre la campaña en Venezuela podía cobrar un pronto final, Bolívar comenzó a encaminar los preparativos para la campaña del Sur, colocando totalmente la responsabilidad bajo el mando de Sucre, quien al partir hacia Guayaquil para extender el radio de acción de Colombia (donde una Junta se había proclamado independiente pero sin decidirse a favor de ésta ni del Perú), se privaría de participar en las últimas operaciones libradas en Venezuela. O’Leary, en cambio, obraría como una bisagra en ambas campañas.

Antes que nada resulta preciso, por cuestiones de simple cronología, seguirle la pista al irlandés hacia Venezuela, para lo cual partirá con Bolívar desde los Andes, mientras el resto del ejército se ponía en

marcha (Bermúdez desde Oriente, Urdaneta desde Maracaibo y Páez, con sus lanceros y, también, con nuevos contingentes de la Legión Británica, desde los Llanos) para concentrarse y proseguir hasta las sabanas de Carabobo. Sería mezquino no resaltar donde más conviene el mérito que reviste semejante movimiento convergente, producto de las habilidades tácticas de Bolívar, sobre todo si se tiene en cuenta algo que podría pasar fácilmente desapercibido: la falta de comunicaciones constantes y oportunas en medio de una realidad física quebrada en pedazos. Oigamos este juicio de Rumazo González, tan breve como certero, que abona lo dicho: “Desde el occidente, el norte y el sur, [se trataba] de una sincronización que parecería imposible sobre territorios carentes de vías en buena parte y excesivamente extensos”.

Si precisamente de algo no ha carecido la batalla de Carabobo ha sido de cronistas, ni por parte de quienes atestiguaron directamente los hechos (como Páez en su *Autobiografía* o Pedro Briceño Méndez, quien redactó días más tarde el parte oficial de la batalla), ni de exegetas posteriores como Vicente Lecuna o el general Eleazar López Contreras. Tampoco se exime de esta lista, aunque ya en el plano de la pura exaltación hiperbólica, la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco. Ello, en todo caso, nos ahorra lo suficiente como para sólo aludir aquí a los fugaces apuntes del propio O'Leary al respecto.

El desfiladero de Buenavista fue el lugar escogido por Bolívar para poder dominar desde allí los enlaces de la sabana y las colinas circundantes y pulsar, junto a su Estado Mayor, aquellas ventajas que ofrecía el terreno antes de medirse con La Torre. “En la mañana del día de la batalla (24 de junio) almorzó El Libertador en lo alto de Buenavista. La conversación, como sucede en tales casos, rondó sobre el éxito probable de la batalla que iba a librarse”, anota el irlandés. Comprometida ya la refriega, al edecán le tocaría la tarea de bajar repetidas veces desde el cerro de Buenavista para transmitir a los efectivos que formaban la Legión Británica el tono imperativo de las órdenes de Bolívar. A éstos les tocó defender la cresta de un barranco para facilitarle el paso al resto del ejército hacia la llanura, en el curso de lo cual su estandar-

te cambió siete veces de mano y sus bajas fueron tan notables que, de cada tres hombres, dos fueron muertos o heridos.

Si O'Leary describe muy a la ligera la batalla de Carabobo y los movimientos que la precedieron, es porque él mismo confiesa que habría sido una redundancia hacerlo ante el lujo de detalles que registró el parte oficial redactado el 30 de junio, es decir, casi una semana después, por el entonces coronel Briceño Méndez. Lo que no escapa a la atención es que los historiadores y cronistas que hablan de Carabobo, y que se mencionaron anteriormente, apenas señalan el hecho de que O'Leary figurara entre los edecanes del Libertador durante aquella jornada de guerra. Pero, al decir de Pérez Vila, aquello no tendría nada de singular, puesto que el mismo O'Leary ni siquiera se menciona a sí mismo en el breve recuento que hace acerca de esta batalla en su *Narración*. Se trata de una comprobación más de que el irlandés evitaba dibujarse a sí mismo y que tendía, en cambio, a recatar cuidadosamente su figura, como si el dato personal fuera un estorbo en medio de tanta literatura de acción. Sin embargo, no por nimia o trivial deja de llamar la atención la simpática costumbre que a lo largo de los años guardó el irlandés de reunir el día de San Juan, el 24 de junio, a cuantos oficiales veteranos hubiesen sobrevivido a la jornada de Carabobo para ofrecerles lo que él mismo, en atildada actitud británica, llamara un "lunch".

Caracas es una estampa fugaz

La Caracas que en parte lo rechazó en 1813 y que en parte, también, emigró forzosamente con él hacia Oriente un año después, recibía ahora a Bolívar con el mismo desconcierto que habían deparado tantos años signados por la ruina y la desolación. Con todo, y a pesar incluso del calmo paso por ella del Pacificador Pablo Morillo, los desarreglos eran tantos que la ciudad apenas podía dejar de exhibir los sucesivos golpes y traumas que había venido recibiendo desde el terremoto de 1812. A esa ciudad, marcada por las cicatrices, llegaba O'Leary por primera vez en compañía de S.E. El Libertador cinco días después de la batalla de Carabobo.

Acostumbrados a ver que casi todos los autores de libros de viajes que tocaron tierras venezolanas en el siglo XIX lo hicieron por necesidad a través de Caracas, llama la atención que O'Leary trajese ya registrado otros paisajes y otros escenarios antes de entrar a la vieja capital a la que Bolívar llegaba luego de siete años de ausencia. Siete años entre aquel desbande provocado por José Tomás Boves en 1814 y el desbande que había sufrido ahora el ejército de La Torre en las sabanas cercanas a Valencia.

Sin embargo, como algo nada extraño al estilo del irlandés, las impresiones que le pudo suscitar la ciudad no dejan una huella muy profunda en las páginas de su *Narración*. Una vez más, celosamente, O'Leary evitaba dibujarse dentro del entorno, y cuando habla de Caracas apenas lo hace para referirse a los sentimientos que había suscitado el regreso de Bolívar. Así como fueron siete años de ausencia, Bolívar no habrá de permanecer en la ciudad más que siete días, y eso sólo con el propósito de organizar transitoriamente el gobierno de Venezuela. Caracas era tan nueva para la pupila de O'Leary como lo era también para la de José Antonio Páez, el futuro amo del país que en ese momento acompañaba al resto de la comitiva como parte del Estado Mayor.

Al confiarle el gobierno provisional de la ciudad a Soublette, Bolívar emprendió el regreso a Cúcuta, convirtiendo aquel viaje suyo por el Occidente, a través de San Carlos, Barquisimeto, El Tocuyo, Carora, Trujillo y Valera, en una especie de gira de inspección por lo que él mismo calificara como “pueblo de diablos” al certificar las desalentadoras condiciones en que había quedado sumido el país tras diez años de guerra.

Bolívar retornará apenas una vez más a Caracas, seis años más tarde, en 1827, pero lo hará sin la compañía de O'Leary, cuya relación se había visto marcada durante los últimos meses por un paréntesis de distanciamiento. Cuando O'Leary a su vez vuelva a la capital de la antigua Capitanía General de Venezuela lo hará en condiciones muy distintas: será en 1833, muerto ya El Libertador, separada Venezuela de la

Unión Colombiana, y cuando Páez, desde su silla de extensión o metido en su gran hamaca de hilo en la Viñeta, sea quien dirija el escogido elenco (oligárquico en lo político, liberal en lo económico) que había comenzado a trazar el mapa de la nueva República.

En medio del escenario que le servía de marco, es decir, una ciudad arrasada por la ruina, la zozobra y –hasta hacía poco– por las mismas convulsiones políticas, aquella primera y breve estada de O’Leary debió haberse visto matizada por el roce con algunas personalidades quintaesencialmente caraqueñas, aquellas que por ventura habían logrado sobrevivir a todas las calamidades desde el año 11 y, al mismo tiempo, por haber logrado cultivar una relación de más contacto con su futuro cuñado Soublette, quien como autoridad interina de la ciudad se había hecho cargo entonces de conjurar la gramática del caos.

El cumplimiento de otros objetivos, algunos nuevos, otros inconclusos, era lo que había animado el regreso de Bolívar a Cúcuta, el primero de los cuales consistía en asumir plenamente el nombramiento que había hecho en su persona el Congreso, reunido en esa ciudad, al investirlo como Presidente de Colombia. Lo acompañaba en la designación el general Francisco de Paula Santander como Vicepresidente, quien en la contienda legislativa se había impuesto sobre el otro aspirante, Antonio Nariño. Pero también le esperaba a Bolívar el intrincado y tortuoso camino que debía seguir con relación a zonas reacias a toda pacificación como Pasto en Nueva Granada, así como las irregulares piedras con las que auguraba pavimentar el camino el difícil asunto de la Guayaquil que, aunque “emancipada”, mostraba veleidades autonomistas.

Si todo aquello era lo que dictaba el orden político, en el orden práctico, en cambio, la continuación de la campaña para perforar la muralla del Sur y dotar al ejército de Sucre de todo cuanto fuera necesario para la consecución de este esfuerzo, hizo que sobre O’Leary, de quien se presume que debió alcanzar a Bolívar en sus rápidas marchas hacia Cúcuta primero y Bogotá después, recayera la tarea de negociar la compra de parte de aquellos pertrechos que eran vitales para el Ejército

Libertador. Con ese propósito debía trasladarse a Jamaica que, como afirma Pérez Vila, no era sólo el gran depósito de mercancías inglesas del Caribe sino donde se hallaban afincados viejos amigos de la causa republicana, quienes le dieron acogida al propio Bolívar en los difíciles tiempos de su errancia antillana, en 1815.

Primera escala en Jamaica

Si para el conocimiento del idioma y del carácter británico no había mejor candidato en el entorno de Bolívar que O'Leary para cumplir con semejante comisión, el irlandés probará pronto lo difícil y delicado que era meterse en ese mundo ajeno a la guerra. Comprar telas y plomo en cantidades abundantes requería ante nada entenderse con comerciantes que pretendían llevar toda el agua para su propio molino, capaces de mostrar interés por la "causa", pero rápidos para el reclamo y hasta para el enredo. Si bien Inglaterra no había abandonado su prodigiosa ambigüedad en el trato que le dispensaba a las dos caras del mundo español en conflicto, los comerciantes jamaquinos estaban dispuestos a facilitar muchísimo las gestiones del comisionado que venía desde Cúcuta visto que, en breve, la relación con la costa firme habría de intensificarse debido al curso favorable que los acontecimientos le presagiaban a la campaña libertadora.

El edecán O'Leary cumplió al pie de la letra con la tarea de encargar la compra de partidas de plomo, paños, piezas de géneros diversos y uniformes completos cuya hechura debía acelerarse en los telares de la isla. Menos de un mes duró esta experiencia de asomarse al mundo de los negocios, con todo lo que de importante tenía para la siguiente etapa de la campaña en términos de contar con un ejército bien apertrechado que habría de operar en el Sur. Estos aspectos concretos de la industria puede que escapen a menudo de nuestra atención ante la avasallante literatura de tono épico, pero no por ello deja de ser relevante reparar, así sea fugazmente, en este capítulo de la vida de O'Leary donde queda encerrado parte del esfuerzo material que exigía el proyecto de Bolívar.

Una vez asegurado que los voluminosos fardos estuviesen a bordo de la nave que los conduciría desde la bahía de Kingston hasta Santa Marta, O'Leary y los enseres siguieron destinos separados. La llegada del nuevo año 1822 le tenía reservado pasar directamente a colaborar con Sucre en las operaciones del Ejército del Sur, para lo cual Bolívar le escribiría en febrero desde Popayán, ordenándole marchar al puerto de Buenaventura y dirigirse a Panamá. Con mayor precisión aún, le dice que en Buenaventura podría fletar los buques que fueran necesarios para transportar, desde Panamá hasta las Esmeraldas o Guayaquil, un contingente de casi mil efectivos destinados a reforzar a Sucre.

De los enseres sólo sabemos que llegaron a Santa Marta y que no todos terminaron mostrando una buena factura: el coronel Jacinto Lara, encargado de fraccionar aquel fardo de vituallas en paquetes más cómodos para su remisión por el río Magdalena, se quejaba ante Bolívar de la deficiente confección y la mala calidad de parte de las prendas. "Defectos probablemente imputables –sostiene Pérez Vila– a la premura con que O'Leary hubo de llevar a cabo su misión en Jamaica". Y, seguramente quizá, a la mala fe de algunos comerciantes de la isla que, buscando ganancias fáciles, pretendían aprovecharse de las azarosas aventuras que tenían lugar más allá del perfil de la costa firme. Por más sagacidad que mostrara, tampoco perdamos de vista que O'Leary apenas contaba con poco más de veinte años por aquel entonces.

A las órdenes de Sucre

Según lo recoge la bitácora, lo que había sido una navegación tranquila desde Panamá no compensaba las desdichas que se registraron a bordo, dado que una parte considerable de los efectivos llegó aquejada de diversas dolencias, entre ellas de paludismo. El irlandés desembarcó en Guayaquil, seguramente desorientado ante las recientes noticias de la partida de Sucre rumbo a Quito, pero no tardó en tratar de darle alcance con doscientos de los ochocientos efectivos que traía de Panamá, al resto de los cuales él y el oficial colombiano José María Córdova, quien también había tomado pasaje, dejaron reponiéndose

de sus enfermedades o asignándolos a diversas operaciones en la costa. Quien había venido desempeñándose como edecán de Bolívar desde la muerte de Anzoátegui llegaba para portar ahora idénticas credenciales ante Sucre, y he aquí que ello tendrá un significado tremendo, aunque, para su fortuna, fue un cargo en el que duró poco tiempo. Esto es así puesto que a pesar de reconocerle sobrados méritos al futuro Mariscal de Ayacucho, el mismo O'Leary apuntaría más tarde que su amistad con el cumanés estuvo signada por "mil disputas" a lo largo de aquellos años.

Si antes fue Pisba y la mezquina presencia de los frailejones venezolanos lo que atestiguó su primera travesía por los Andes, ahora O'Leary faldeaba de nuevo la cordillera, buscando ascender hasta la puna en compañía de Sucre, con quien finalmente se habría de emparejar en la localidad de Latacunga. En contacto con la tierra negra, la vegetación rala y la intensa luminosidad del cielo a esas alturas, Sucre y los suyos seguían el perfil de los macizos abruptos para ir a caer sobre la ciudad que se reclinaba a orillas del volcán Pichincha. La brega duró tres horas, a 3.500 metros de altura, y se peleó con todo, hasta con piedras, que el ejército de Sucre arrancó del suelo y echó a rodar contra los defensores de Quito, a cargo del gobernador español Gaspar Aymerich.

Lo que dio al cumanés la ventaja del día fue que Aymerich lo esperaba confiado al sur de la ciudad, mientras que Sucre, recurriendo a una artimaña, lo sorprendió del lado opuesto, precisamente a las faldas del volcán. Aymerich aceptó la capitulación que le ofreció su contrincante, previo a lo cual fue O'Leary a quien Sucre encargó para que intimase al gobernador español a que se rindiera. El armisticio comprendió la entrega de mil hombres pero, más importante aún, fue que le permitió a Bolívar completar la accidentada campaña terrestre que venía llevando a cabo simultáneamente desde Popayán hacia el sur. El Libertador no sólo afrontaba un clima asesino, sobre todo al cruzar el valle de Patia, sino la obstinada y feroz resistencia de los pastusos, que se comportaron como unos verdaderos cruzados en aquella geografía

leal a Dios y al Rey que alguien calificó como la “Vendée” de América del Sur, para referirse así al terco núcleo de la reacción con el que Bolívar y su ejército debió entenderse a su paso.

Acostumbrado hasta entonces a entenderse casi exclusivamente con venezolanos y neogranadinos, algo que sin duda debió haberse sumado como una experiencia novedosa en la vida suramericana de O’Leary en aquellas nuevas jornadas a la vera de Sucre, fue el hecho de haber entrado en contacto por primera vez con el mosaico de huestes que integraban aquellas fuerzas, reclutadas en ámbitos tan diversos como el Perú, la Argentina, Chile y la Banda Oriental, y a cuyo frente obraban oficiales como el altoperuano Andrés de Santa Cruz.

Fue en Quito, al tiempo que Bolívar conocía a Manuela Sáenz de Thorne, una hechizante lugareña recién regresada de Lima donde había alternado con José de San Martín y su séquito, que O’Leary recibió su ascenso a teniente coronel por la eficacia que demostró durante la acción de Pichincha. Pero como el irlandés continuaba a la vera de Sucre en calidad de edecán, será por ello que habrá de permanecer en la ciudad recién ocupada mientras Bolívar se disponga a bajar a la costa para solucionar junto con el propio San Martín el conflicto de Guayaquil y, al mismo tiempo, el futuro del Perú, donde paradójicamente se daba la situación de una “independencia” oficialmente declarada del poder metropolitano, pero donde aún, en las alturas cordilleranas de aquel país, se concentraba un núcleo del ejército español capaz de poner a Lima bajo amenaza.

Aquella entrevista de Bolívar y San Martín que tuvo lugar promediando el año 1822 fue sin duda uno de los episodios que, de creerle a la versión que aporta Alfonso Rumazo González, más deploró haberse perdido el hombre del verbo y la memoria que fue O’Leary. Esto es así puesto que Rumazo es de los biógrafos que aseguran que O’Leary, como hemos dicho ya, permaneció en Quito, mientras que otro biógrafo, Manuel Pérez Vila, sostiene lo contrario: que Bolívar se hizo acompañar por el irlandés y que envió a varios edecanes –O’Leary entre ellos– a encontrarse con San Martín a su llegada a Guayaquil.

Sea lo que fuere, el tono tan impersonal que registra la *Narración* del propio O'Leary tampoco ayuda a despejar tal incógnita. En este pasaje, como en otros, el cronista prefiere aniquilar su presencia personal (como si se tratara de un dato de poca monta) y más bien le abre paso a un semblante físico y anímico de San Martín tan penetrante que cuesta creer que el irlandés no estuviese a la redonda. En todo caso, se trata de un valioso testimonio acerca de la actuación de quien pronto se habría de retirar del Perú para dejarle abierto el resto del camino al número superior de fuerzas que traía Bolívar al frente del ejército colombiano.

Fue precisamente a raíz de los nuevos desarrollos de cara a la campaña que debía emprenderse en la cordillera peruana, que Bolívar comisionó a Sucre para ir a Lima a entenderse con el gobierno del difícilísimo José de la Riva Agüero y con la aún más difícil oposición que iba ganando adeptos en el seno del Congreso. De esta forma, como lo afirma Rumazo González, O'Leary casi se queda sin jefe para sus normales servicios cuando pasó de pronto, por segunda vez, a desempeñarse como edecán del Libertador.

De nuevo junto a Bolívar

Descontando el hecho de que hubiese estado acompañando o no a Bolívar durante la célebre entrevista de Guayaquil, conocemos por otras fuentes que un par de meses más tarde, para septiembre de 1822, el irlandés se hallaba de nuevo junto al Libertador en un recorrido por las provincias de Cuenca, Loja e Ibarra. Que Bolívar lo hubiese retenido más de la cuenta –prácticamente hasta febrero del año siguiente– se explica quizá por el hecho de que casi todos sus demás edecanes se hallaban incapacitados en razón de distintas causas, pero que tenían casi todas su origen en las enfermedades que habían ido diezmando al Ejército Libertador en aquel triángulo de marchas forzadas entre Quito, Pasto y Guayaquil.

Un nuevo alzamiento hizo que Pasto fuese consecuente con su espíritu de rebelión, y esto, aunado a la incertidumbre de no saber hasta qué punto la situación política y militar del Perú se correspondía con su deseo de dirigir la campaña en aquel país, tenía sumido a Bolívar en la mayor impaciencia. Al tiempo que se esperaba también que el Congreso en Bogotá tomase la decisión definitiva de dejar que El Libertador marchase fuera de territorio colombiano, O'Leary fue despachado por Bolívar para que alcanzara a Sucre y fuese informa-

do de lo que estaba ocurriendo en el movedizo terreno de la política peruana.

La llegada de O'Leary al puerto de El Callao coincidió con un momento de total confusión, no sólo porque el gobierno de Riva Agüero no cesaba de trastabillar sino porque Lima se vio prácticamente evacuada ante un intento del ejército español de apoderarse de la ciudad. Sin embargo, la pérdida de la capital fue apenas algo momentáneo, pues volvió a poder de los republicanos a los pocos días. Pero lo que sí habría de alterar al poco tiempo el mapa político, introduciendo una honda brecha de la que habrían de surgir paralelamente dos gobiernos en el Perú, sería la deposición de Riva Agüero por parte del Congreso, designando en su reemplazo al marqués de Torre Tagle. Riva Agüero a la vez se habría de encastillar en la ciudad de Trujillo para resistir por la fuerza a lo que consideraba, lisa y llanamente, una usurpación de su poder.

Junto a dos diputados de este Congreso que aún vivía el drama del péndulo, O'Leary se embarcó de regreso a Guayaquil, desde donde subió al norte y alcanzó a Bolívar (quien no se hallaba ya en Quito sino intentado domeñar a los pastusos por segunda vez) para darle amplia cuenta de su misión al Perú y de la compleja red de intereses que se alzaba entre los dos presidentes, Agüero y Torre Tagle. Lo importante en todo caso era que Bolívar, en el entretanto, había recibido la autorización por parte del poder en Bogotá para llevar a efecto su plan de campaña hacia el Sur, y los diputados que acompañaban a O'Leary – José Joaquín Olmedo y José Sánchez Carrión – acudían a su vez como expresión de la voluntad mayoritaria del Congreso peruano para que el caraqueño asumiese el mando militar en aquellas tierras.

La situación con que se topó Bolívar al hacer pie en las costas del Perú no podía ser entonces más dislocada. Dejemos que sea uno de sus biógrafos, Gerhard Masur, quien la describa:

Bolívar estaba preparado para tratar con grupos distintos; en realidad, su número formaba legión. La característica más difícil de esta situación residía en la falta de toda

apariencia de unidad entre estos grupos. La fusión de elementos que anteriormente habían trabajado para libertar al Perú estaba destruida; los átomos actuaban antagónicamente en lugar de cooperar entre ellos. Existía nada menos que cuatro ejércitos –el peruano, el argentino, el chileno y el colombiano–, cada uno de los cuales obedecía a una autoridad distinta.

Igual que en Bogotá en 1819, igual que en Quito en 1822, ahora en la Lima de septiembre de 1823, O'Leary se hará cargo en su *Narración* de maquillar los contrastes que presentaba la entrada de Bolívar a la capital de aquel país atomizado por la política. Para O'Leary será en este caso una procesión de arcos triunfales, nunca la procesión de sarcasmos con que algunos sectores juzgaron la llegada del Libertador del norte. Faltarían pocos meses –enero de 1824, en Pativilca– para que ante la gravedad de los hechos, el drama de la anarquía y la ambigüedad del juego político que se tejía a su alrededor, Bolívar mismo terminara maldiciendo su propia presencia en el Perú y sufriendo el más serio quebranto de salud que alguna vez lo hubiese aquejado. Y apenas unos meses después, cuando se instale plenamente su dictadura en el Perú, todo aquel ambiente, sin duda tan difícil en lo político como en lo militar, terminará por tornársele profundamente viscoso, pese a la engalanada prosa de su gran memorialista irlandés.

La misión a Chile

Lo que le habrá de tocar de seguidas a O'Leary será fiel reflejo, como no podía serlo de otra forma, de lo que ocurría en esos mismos momentos en el Perú. Roto todo entendimiento con Riva Agüero, contra quien pesaba la sospecha de querer unirse al ejército realista en la peligrosa antesala de una guerra civil, y recibido en cambio por Torre Tagle en condiciones más o menos propicias, Bolívar determinó que su edecán irlandés pasase a Santiago con un doble propósito: conseguir más tropas para la última campaña que debía librarse en la cordillera y obtener algún préstamo en Chile que permitiese aliviar la complicada situación en que se hallaban las finanzas del Perú.

Sin embargo nada en Chile, ni desde el punto de vista económico ni político, era favorable a estas gestiones. O'Leary debió entenderse ante nada con el Director Supremo Ramón Freire, sucesor del depuesto Bernardo O'Higgins, quien ya para entonces se había radicado en Lima, procurando estar cerca de Bolívar en la medida de lo posible. Pero las realidades de O'Higgins y Freire eran completamente opuestas: mientras el primero se dejó llevar por un sentimiento americanista que explica sin duda todo el apoyo que en su momento le brindara a José de San Martín para organizar desde Chile su expedición al Perú, Freire se veía atrapado por una potente sensación de hartazgo y escepticismo hacia todo lo que significara extender los intereses del país más allá de sus límites inmediatos.

Estaba claro que Freire también navegaba sobre un gobierno inestable y profundamente dividido que se abría ante dos aguas, una de las cuales –el de las aguas más reaccionarias– no se hacía ilusión alguna en cuanto al empeño de seguir colaborando con la antigua metrópoli virreinal del Perú que en este tránsito hacia el republicanismo le había costado tantos recursos a Chile.

Tras permanecer dos semanas en Santiago, su perspicacia y sentido común llevaron a O'Leary a comprender que su misión no tenía posibilidades de éxito y a formularle al Libertador conceptos como éste para que no se lisonjeara en esperanzas inútiles: “Chile no tiene los recursos que se cree, y aun si los tuviera, la causa del Perú es nada popular. (...) El Congreso está dividido en partidos. El comercio está arruinado. Vea V.S., pues, y juzgue si hay qué esperar de Chile”.

Con una impresión tan netamente pesimista ante un gobierno que acabó por declararse poco convencido de enviar nuevos auxilios, O'Leary intentó encaminar el asunto de la ayuda económica por vía de los comerciantes extranjeros establecidos en Chile, muchos de los cuales eran incluso de origen irlandés. Pero en este frente tampoco recibió el menor signo de entusiasmo, ni corrió con suerte alguna, dado que nadie en los pujantes puertos chilenos se atrevía a librar letras a favor del Perú hasta tanto, en Londres, los banqueros de la *City*

resolvieran aprobar las gestiones que trataban de encaminar los propios agentes peruanos para negociar un empréstito.

“Yo pensaba irme esta semana”

A la larga, los esfuerzos diplomáticos de O’Leary resultaron prácticamente infructuosos, sobre todo si se tiene en cuenta que ya a las dos semanas de estadía en Santiago, el irlandés había llegado a percibir que un cúmulo de reparos casi insuperables borraba o aplazaba repetidamente sus gestiones. Tanto llegó a advertir el carácter inútil de su misión, que se permitió este grado de franqueza epistolar con Bolívar: “Yo pensaba irme esta semana (...) El director [Freire] es un cero que nada puede hacer”. Sin embargo, al pedir pasaporte para regresar al Cuartel General de S.E. El Libertador, las instrucciones recibidas a vuelta de correo corrieron en sentido contrario: nada mejor que su condición de agente especial para que continuase perseverando en el empeño de concretar la ayuda de la expedición chilena. Y como esa orden sería ratificada poco más adelante por el propio Bolívar desde Pativilca, las dos semanas iniciales pasaron a convertirse en el largo interludio de un año y cuatro meses de opaca resignación, buscando en todo momento hacer nuevos contactos, multiplicando sus diligencias ante gente que pudiera gozar de algún influjo o ejercer algún grado de presión sobre las autoridades directoriales.

O’Leary, a quien en el futuro le habrían de aguardar otras experiencias de este corte, la estada en Chile debió servirle cuando menos como una severísima lección en el campo de la diplomacia. Pero ni tan siquiera así, es decir, con todo y las desilusiones que le causara esta primera misión, terminó marchándose con las manos totalmente vacías. Aún en medio de su relativa inacción y de largos periodos de pesimismo, llegó un momento en que Freire se vio con mejor pie para intentar socorrer las frustradas gestiones de O’Leary con respecto al tema de la escuadra chilena. Y también llegará un momento en que gracias a la favorable noticia de que los agentes del Perú habían logrado obtener finalmente dos empréstitos en Londres, O’Leary tendrá las manos

libres para contratar en Chile la remisión de efectos que serían de valioso aporte para las campañas de Junín y Ayacucho, en ambas de las cuales el irlandés estuvo forzosamente ausente. Respecto a la primera de las dos contiendas, y con algo de lastimado orgullo al recibir noticias de aquel furioso encuentro en el cual las lanzas movieron el orden de la batalla y donde el abuelo de Jorge Luis Borges tuvo su “hora alta, a caballo”, O’Leary dirá: “quizá en el día mi nombre se leería entre los de los héroes de Junín”.

Algo que sin duda contribuyó a mudar también lo que había sido hasta entonces la naturaleza monótona de su misión, aunque en este caso con connotaciones más bien desfavorables, fue el hecho de haberse entrometido en un pleito periodístico en medio del cual quien no podía tener pretensiones de objetividad, como era su caso, terció calurosamente a favor del “rígido republicanismo” del Libertador frente a lo que algunos publicistas en Chile, y en otras latitudes del Sur, veían ya como una reedición monárquica en la persona de Bolívar. Obviamente O’Leary escribía desde la idolatría, una actitud que cargaba consigo inevitablemente, y afanado por defender a Bolívar a ultranza en prenda de su devoción. Pero también es cierto que entre quienes cargaban las tintas contra Bolívar figuraban en primer lugar los que eran adversarios del depuesto O’Higgins (que se había mostrado tan cercano a él en Lima) o que se veían influidos por los enemigos peruanos del Libertador, la gente de Riva Agüero y hasta de Torre Tagle, el último de los cuales también había sido destituido una vez que el Congreso del Perú lo halló culpable de entrar en arreglos con los defensores del orden metropolitano para expulsar a Bolívar y el ejército colombiano. Antes de declararse disuelto en febrero de 1824, el propio Congreso había decidido entregarle todo el poder al Libertador bajo la modalidad de la Dictadura. “La nueva capital del gobierno, presidido por Bolívar –abunda a tal respecto Rumazo González– quedó establecida en Trujillo, provisionalmente”.

En resumidas cuentas, la última etapa de la campaña del Perú se resolvería con un limitado papel de la escuadra chilena, y ello sólo

gracias al desesperado empuje que intentó darle el Director Supremo Freire. Al mismo tiempo, la celebración de contratos para la compra de material de guerra fue tal vez lo más notorio de la actuación de O'Leary al cabo de tantos meses de gestiones, algo que sólo vino a ser posible tras la aprobación del empréstito peruano en Londres. En cambio, del ruidoso debate por la prensa chilena, que por poco comprometió su carácter de agente diplomático y que, de paso, le causó algún quebranto de cabeza al gobierno de Freire, apenas le quedó a O'Leary el calificativo de “edecán porta-pliegos”, que fue la forma en que los oponentes suyos interpretaron en medio de la polémica su férvida postura a favor del Libertador.

Empero, antes de embarcarse de vuelta al Perú cumplió al menos con un grato encargo para Bolívar: una provisión de libros que el irlandés se dio a buscar con el mayor cuidado. Queda constancia que le fue comprando y remitiendo de vuelta a Lima varias obras, entre ellas una pequeña edición de Voltaire, algo de Locke y, también, una vida de Bernadotte y un ejemplar de *El Derecho de Gentes* de Vattel. Es curioso, pero la visión eminentemente epopéyica de sus andanzas nos hace perder de vista con frecuencia que Bolívar fue también, y antes de muchas otras cosas, un ávido e inteligente lector.

A lo largo de tantos meses, el tono de la correspondencia de O'Leary había pasado, repetidas veces, del abatimiento a la desesperación. Pero en el último tramo de 1824 –sobre todo al enterarse de la suerte corrida por el ejército del virrey La Serna en Ayacucho, en diciembre de ese año– era este último el sentimiento que lo embargaba, preguntándose en diversas cartas hasta cuándo duraría su ausencia. La furia lo llevó a escribir cosas como ésta: “Hasta el perro hambriento revienta a veces su cadena”.

Ya entrado el nuevo año de 1825 –refiere Rumazo González– O'Leary obtuvo del canciller chileno su pasaporte, pero será sólo a mediados de febrero cuando logre definitivamente embarcarse en Valparaíso de regreso al Perú, luego de dieciséis meses de ausencia.

La visita al bajo y alto Perú

El retorno de O'Leary a la capital peruana –que, poco antes, había vuelto a ser Lima– coincidió con una serie de circunstancias que pronosticaban cambios en lo personal y mudanzas en lo político. En primer lugar, el irlandés vino a encontrarse con que el regreso del coronel Diego Ibarra a Caracas y la súbita muerte de Celedonio Medina (asesinado en camino a Lima mientras conducía el parte con las nuevas del triunfo en Ayacucho) lo dejaron a él prácticamente en la condición de ser el edecán más antiguo y, por tanto, de mayor confianza a las órdenes de El Libertador. Al mismo tiempo, a un año de haberse encontrado ejerciendo el poder dictatorial en Lima y una vez finalizada la guerra, Bolívar traía el empeño de inspeccionar departamentos enteros de la costa y la sierra del Perú, puesto que como apunta Rumazo González en su biografía de Bolívar, “se había apoderado de él la ciencia de edificar”. En efecto, se tratará de una de las travesías más notables de El Libertador, por cuanto no iba ya en labores militares sino para dictar medidas de protección y fomento entre los vestigios de una realidad virreinal signada por los más tremendos desniveles. Quien lea los decretos y las providencias expedidas a lo largo de esa marcha, que Bolívar remitía de vuelta a Lima para que fuesen puestos en ejecución por parte del Consejo de Gobierno que había dejado instalado en su ausencia, podrá percatarse del alcance que en materia de minería, apertura de caminos, creación de escuelas, fomento a la industria rural, ganadería, aprovechamiento forestal y uso de aguas tuvo esta gira de Bolívar por las entrañas del Perú.

Aparte de las labores de reorganización administrativa, otra particularidad que revistió este viaje fue que venía acompañándolos Simón Rodríguez, quien había acudido al llamamiento que le hizo Bolívar sabiendo que se hallaba en Bogotá, procedente de Europa, y a cuyo cargo quedó que se desempeñara como inspector general de instrucción pública a lo largo de la gira. Rodríguez tenía cincuenta y tres años, Bolívar, cuarenta y dos y O'Leary, veinticinco.”Rodríguez –apun-

ta nuestro biografiado— era hombre de carácter muy excéntrico; no solamente instruido sino sabio”. Fue seguramente durante las distintas etapas del recorrido, escuchando la conversación entre los dos simones, que O’Leary comenzó a recoger los apuntes, datos y anécdotas con los que recrearía en su *Narración* la temprana vida de El Libertador. Será el irlandés de los primeros, cuando no el primero, en ponerle música sinfónica a estos recuerdos de Bolívar y a pujar el tono de elevada devoción del que dan fe sus escritos.

Rumazo González no se equivoca ni tampoco exagera al poner de relieve la minuciosidad con que O’Leary fue describiendo este recorrido de diez meses, hasta llegar “al extremo de señalar la ruta día por día, como para que quedara constancia expresa de todos los pueblos que el presidente-dictador visitaba”. Siguiendo a ratos el trazado de antiguas vías incaicas y en otros internándose por caminos de menor linaje, la comitiva fue salvando las distancias que separaban a Lima de Arequipa, lugar en el que permanecieron durante veinticinco días y, donde al mismo tiempo, Bolívar, al hacer uso de la autoridad suprema que se había reservado, ratificó, pese a sus dudas iniciales, la decisión tomada un par de meses antes por el Mariscal Sucre de convocar una Asamblea deliberante en el Alto Perú que a poco resolvería darle entidad a la creación de Bolivia.

Luego de Arequipa comenzó el ascenso hacia los contrafuertes de la cordillera entre aldeas de sonoros nombres indígenas, y es esencialmente gracias a O’Leary, quien ya había experimentado dos cruces parameros —el de Pisba en 1819 y con Sucre en vísperas de Pichincha— que podemos enterarnos a través de sus apuntes de las nuevas penalidades sufridas por la frecuente falta de fuerzas y el sofoco que imponía la altura. La meta, casi dos meses después de abandonar Lima, fue la ciudad de Cuzco, otrora capital del imperio incaico, donde Bolívar recibió las ya consabidas llaves de oro, coronas cívicas y caballos enjaezados, siguió dispensando medidas benéficas, se enredó para su desgracia con la mujer del general Agustín Gamarra, intendente de la ciudad y —dato no menos simpático que el anterior— se dedicó junto con su edecán

irlandés y parte de la comitiva a realizar excursiones arqueológicas por las inmediaciones de la antiquísima ciudad del Sol.

Un mes después, para julio de 1825, la comitiva habrá de volver sobre sus pasos para entrar a la región propiamente llamada del Alto Perú y encaminarse, en primer lugar, hacia la Paz. Bordeando los cráteres de volcanes apagados y visitando de paso las orillas del lago Titicaca, O'Leary todo lo observa y anota, dando cuenta así de un afán a lo largo del cual, como apunta el historiador Pérez Vila, “por lo visto, no había renunciado a su laudable costumbre –iniciada al llegar a Venezuela– de recopilar documentos y objetos curiosos”.

El tránsito hacia La Paz, como todas las distintas escalas del camino, se convierte para la comitiva (a la que poco antes se incorporara el propio Mariscal Sucre) en una apoteosis de rústicos arcos triunfales, la misma clase de apoteosis que entre los adversarios de El Libertador en tierras más bajas alimentaba la especie de que Bolívar, en su ruta por las cumbres, cumplía las funciones de un gobernante babilónico que pretendía erigirse a la postre como el “Monarca de los Andes”. Por ello, ante aguas que a partir de entonces parecían abrirse en dos cauces, las palabras de O'Leary –“Bolívar creía no merecer tanta admiración por lo que había hecho”– habría que tomarlas con cierto tono de reserva.

Ello es así puesto que nunca, hasta ese momento de paroxismos y delirios triunfales que bajaban retumbando desde la cordillera, había quedado tan claramente definido el campo del futuro duelo entre los férvidos partidarios de un Bolívar (entre los que se contaba O'Leary), quien pronto le habría de dar forma definitiva a su idea de un gobierno basado en presidencias vitalicias y senados hereditarios, y quienes, por el contrario, defendían la idea de gobiernos electivos, alternativos y limitados en el tiempo. Justamente O'Leary será de los que, más adelante en la ruta, una vez establecidos en Chuquisaca, se asome como testigo a los primeros enunciados con que Bolívar tenía previsto redondear más adelante, a petición de la asamblea de las cuatro provincias que habían resuelto darse vida propia en el Alto Perú, la Constitución de Bolivia.

Pero si el delirio parecía aumentar a medida que Bolívar experimentaba el tránsito entre tantas voces quechuas y aymaras, la escala en Chuquisaca estaría precedida por un alto en la ciudad de Potosí y un ascenso de la comitiva hasta el vecino cerro de mismo nombre, pleno de significado por el valor que revestía aquella garganta de plata que había servido como síntesis del poder económico de las provincias españolas de América. O'Leary, nada amistoso con aquella mole, describe así sus impresiones con tintes de paisaje lunar: "Sólo la comunicativa expansión de tan escogida comitiva pudo hacernos soportable, evocando gratos recuerdos del pasado, el triste desamparo de aquel yermo destituido de todas las gracias de la naturaleza".

Fue en Potosí donde O'Leary pudo ser testigo de un áspero episodio diplomático, de aquellos que bajo distintos grados y modalidades estaban llamados a ocurrir (y recurrir fatalmente) a medida que las nuevas Repúblicas comenzaban a reclamar la ampliación de ciertos territorios a los que creían tener derecho por vía de añejos títulos históricos. El caso que reclamaba la atención de Bolívar era uno muy particular, el de las Provincias Unidas del Río de la Plata, o sea, la Argentina, sin duda el más complejo de todos puesto que el Imperio de Brasil mantenía ocupada la Banda Oriental. Ante un conflicto que lucía inevitable, los gobernantes de Buenos Aires –hasta entonces indiferentes hacia Bolívar– cifraron sus expectativas en lograr el apoyo del Ejército Libertador para lograr esta restitución por la vía de la fuerza. Quienes iban encargados de persuadir a Bolívar con argumentos de enorme peso para obtener la tan ansiada cooperación militar fueron los comisionados Carlos de Alvear y José Miguel Díaz Vélez, quienes le dieron alcance en Potosí. En el curso de las varias conferencias con los delegados argentinos, Bolívar fue claro al reiterarles que sin la autorización del Perú y de Colombia, nada podía hacer para llevar al ejército a su cargo hasta los límites de un conflicto con el Imperio del Brasil. Sobraría extenderse aquí sobre las muchas y muy complejas razones que tuvo Bolívar para rechazar de entrada el planteamiento original de los comisionados que llegaron a visitarlo en Potosí. Lo que en cambio sí movió

a El Libertador fue otro argumento que le presentaron los delegados, y era que dado que Brasil había usurpado parte del territorio del Alto Perú –al ocupar la región de Mojos y Chiquitos– nada de extraño tendría entonces que si Argentina no recuperaba la Banda Oriental, el Imperio del Brasil, en su afán expansionista, tendría despejado el camino para seguir carcomiendo otros territorios del Alto Perú.

Una actuación inconclusa

¿Cómo podría sortearse entonces semejante predicamento? Las opciones eran, desde todo punto de vista, estrechas. Bolívar, claro está, no estaba dispuesto a involucrarse en un conflicto a favor de las Provincias Unidas del Río de la Plata a cambio de lo poco o nada que podía vislumbrar en ese momento a manera de rédito pero, al mismo tiempo, tolerar la afrenta sobre Mojos y Chiquitos debilitaba sin duda la autoridad del Ejército Libertador. La única solución que pudo hallarse a mano –a medio camino frente a las presiones de la misión diplomática argentina– fue que Bolívar despachase a un enviado personal ante la corte en Río de Janeiro con un doble propósito: dejar caer una protesta enérgica frente a la invasión de Mojos y Chiquitos y, al mismo tiempo, insinuar que la restitución de la provincia oriental uruguaya al gobierno de Buenos Aires aseguraría la paz del continente.

La comisión recayó enseguida sobre O'Leary, al respecto de lo cual Rumazo González llegó a señalar, con mucha razón, lo siguiente: “Este encumbramiento al rango de enviado extraordinario, y para tratar cuestión tan ardua, significa el más alto de los elogios en su favor. Se le consideraba ya apto para decidir la paz o la tirantéz. (...) El irlandés ganaba terreno (...) pues había otros –muchos– que hubiesen podido asumir la grave responsabilidad, colombianos o peruanos”.

O'Leary debía encaminarse entonces al sur, hasta Buenos Aires, y de allí tomar pasaje por mar a Río de Janeiro, ya que la alternativa de hacerlo por tierra, a través de la selva boliviana, lucía incierto y arriesgado. No obstante, ya en camino a cumplir esta misión que le confiara El Libertador, el irlandés se vio obligado a darse la vuelta y dejar sin

efecto sus instrucciones, ya que el Brasil, viendo como inminente la guerra que se le venía encima con Argentina, y deseoso de evitar un conflicto abierto en dos frentes, optó por adelantarse en el campo diplomático y retirarse de las provincias invadidas del Alto Perú.

El giro tomado por estos desarrollos colocaba de nuevo a O'Leary a la vera de Bolívar, a quien siguió acompañando hasta Chuquisaca donde, como se ha dicho, la Asamblea allí reunida le pidió al Libertador el proyecto de una Constitución para el país que ahora llevaba su nombre. La estada en Chuquisaca consumirá noviembre y diciembre de 1825 y, también, la temprana parte de enero de 1826. O'Leary –hasta donde cabe suponer– debió ser testigo de muchas de las conversaciones entre Bolívar y Sucre que giraron en torno a esta nueva propuesta institucional que una vez consolidada generaría ríos de tinta para defenderla o para cuestionarla, puesto que la mentada Constitución de Bolivia, una vez que su proyecto definitivo fuese redactado por El Libertador, terminará convirtiéndose en el primer ángulo de discordia dentro del frágil edificio grancolombiano.

Si los arcos triunfales coronaron aquella travesía de los últimos meses por el Alto Perú, ahora, al aproximarse la reunión del Congreso en Lima, Bolívar debía afrontar una realidad más bien áspera y cercana a las animosidades que siempre suscita la política. El ambiente estaba cargado de encono, pues muchos de los nuevos diputados le eran adversos. Tanto que, en la medida de lo posible, Bolívar evitó detenerse en la capital y seguir directamente hacia su retiro en La Magdalena, engalanada quinta de la periferia limeña, donde fijaría su Cuartel General. No pudo evitarlo empero: debió entrar a Lima en medio de un desbordante *Te Deum*, aunque lo hizo resuelto a conservar sólo su autoridad militar y dejar el mando civil en manos del general José de La Mar. De allí sí partiría a la quinta, donde sus adversarios se encargarán de repetir que había resuelto entregarse a la molicie y a los voluptuosos encantos de Manuela Saenz. Aquella mujer que corría a cargo de los amoríos de su jefe no debió ser, en ningún caso, una persona fácil de tratar. Algunos miembros del séquito de Bolívar terminarán, en todo caso, odiándola profun-

damente como José María Córdova; pero con O'Leary, Manuela no sólo tuvo siempre una relación amable sino que lo haría partícipe de muchas de sus confidencias y hasta detalles que al irlandés le servirían para llenar sus libretas de apuntes, sobre todo más adelante, cuando ocurriera el sonado atentado de septiembre de 1828 en Bogotá, en el curso del cual la quiteña tuvo un papel tan destacado al salvarle la vida al Libertador. O' Leary será, además, el depositario de un buen legajo de cartas pertenecientes a Bolívar o cursadas a ella, y que Manuelita conservaba en su poder. Incluso, algunas serán de un tenor tan íntimo que a la vuelta de medio siglo, cuando en Caracas se editen las *Memorias* de O'Leary, las tales cartas harán que el general Antonio Guzmán Blanco, patrocinante de la edición, ponga el grito en el cielo.

Por aquellos días Bolívar dudará si quedarse en Perú o volver a Colombia. Amenazó incluso con irse intempestivamente a sabiendas de que la decisión despertaría pánico entre ciertos sectores de la sociedad limeña que lo veían como el único garante frente a una autoridad adventicia, como lo implicaba la imposición de La Mar. Al mismo tiempo, las noticias que procedían de Bogotá o Venezuela a inicios de ese año 1826 tampoco eran muy alentadoras. O'Leary, tan cerca de la mesa de trabajo que engalanaba el despacho del Libertador en La Magdalena, resumiría el contenido de las cartas que iban y venían en admirable síntesis: "Una chispa basta para encender el combustible". Pronto aquellas palabras probarían estar cargadas de semejante estruendo.

El año de **La Cusiata**

Si Lima era poco menos que un hervidero a comienzos de 1826, entre Caracas y Bogotá se desarrollaba en cambio todo un oscuro laboratorio de intrigas. Entre los escotes de tan amplia geografía se mueve un elenco que va desde los que difunden ideas monarquistas a favor de Bolívar, los que propugnan una federación de Colombia, Perú y Bolivia como respuesta a los primeros síntomas de malestar, los que pasan en esos momentos por ser adictos de José Antonio Páez en el Departamento de Venezuela y los que, junto al predominio de Santander en Bogotá, abogan por las potestades civiles y pretenden ponerle coto a quienes reaccionen contra tal freno civil. Y, en medio de tanta heterogeneidad, los simples tramoyistas que, como siempre, van y vienen en medio de estos dramas y que también se encargan de aportar lo suyo al torbellino en ciernes.

Así como en Lima han ocurrido elecciones para el Congreso, en Bogotá se habían verificado otras, en este caso, confirmando a Bolívar en la Presidencia; pero cuando se trató al mismo tiempo de renovar el cargo de Vicepresidente, los votos se repartieron entre tres candidatos, el actuante vicepresidente Santander, Pedro Briceño Méndez y José María del Castillo. De los tres se impuso Santander en la nueva

votación, pero desde Caracas, y de la mano de publicistas como Antonio Leocadio Guzmán, se escuchaba ya el eco de palabras zahirientes y llenas de sarcasmo que no preludiaban precisamente la preservación de un espíritu de concordia. “¡Santander otra vez! De ninguna manera –afirmaba por ejemplo Guzmán desde su tribuna de *El Argos*–. Serían una plaga para Colombia otros cuatro años de su pésima administración”.

La progresiva rebelión de Páez suma una historia llena de desaciertos entre quienes, desde fuera de los límites del Departamento de Venezuela, empujaron al llanero a erigirse en intérprete de la corriente autonomista que empezaba a perfilarse en ciudades como Valencia y Caracas. Pero la rebelión sumaba también antecedentes tan remotos que, a primera vista, jamás pudo haberse dicho que fueran capaces de remecer, a la larga, el edificio colombiano.

Basta decir que el regreso del valenciano Miguel Peña a mediados de 1825, luego de haber sido suspendido de su empleo como presidente de la Alta Corte de Justicia en Bogotá a raíz del juicio que se le siguiera al coronel venezolano Leonardo Infante por un oscuro asunto de fal-das y que terminó con su fusilamiento, así como el posterior intento del Senado colombiano de hacer comparecer a Páez ante el supuesto atropello infligido contra la dignidad del Intendente del Departamento de Venezuela, general Juan Escalona, forman las dos esquinas que al poco tiempo precipitaron los acontecimientos a favor de aquel críptico y oscuro ensayo de rebelión conocido como “La cosa”, “La cosita” y, finalmente –sin que sepamos si la adulteración del vocablo terminó siendo de origen valenciano o caraqueño–, como “La Cosiata”.

“En la condena de Miguel Peña –afirma Rumazo González– y en la acusación contra Páez hablaba el pasado mucho más que el presente”. Este atinado juicio va de la mano de lo que también afirmara alguna vez José Gil Fortoul, en el sentido de que resulta inútil pretender buscar el origen de la tendencia autonomista o separatista de Venezuela en la mera voluntad de Páez. El sentimiento, aunque sólo latente, venía de antes, desde los tiempos de la aprobación misma de la

Constitución de Cúcuta y –no hay duda– desde el momento en que la mayoría neogranadina que integraba ese Congreso determinó mudar el asiento del poder desde aquella encrucijada espiritual y geográfica que suponía la región del valle de Cúcuta a la lejana Bogotá que colgaba en el alcázar del cielo.

Páez, desde luego (y a incitación de su gran consejero Peña) se negó a aceptar la acusación formulada por el Senado colombiano tras la denuncia que hiciera en su contra el Intendente Escalona, y aunque Santander mismo pensó por instantes en echarle una buena dosis de tierra política al asunto, al final, como veremos, se inclinó a favor de que la actitud de Páez fuera reprobada por el bien de la paz de Colombia.

Tanta congestión de noticias hizo que Bolívar, desde su Cuartel General en la quinta de La Magdalena, le encargase a O'Leary una misión que superaba por mucho las dificultades que habría implicado la frustrada misión al Brasil. En pocas palabras, le encomendó lo que sin duda sería el peor paseo que alguna vez emprendiera el irlandés por la cuerda floja de la política y, a resultas de lo cual, le costaría incluso caer durante un periodo de hibernación y de desgracia ante Bolívar.

Cuando O'Leary se embarcó a principios de junio de 1826 en el puerto de El Callao rumbo a Bogotá, llevaba consigo un pliego dirigido por Bolívar al vicepresidente Santander que abarcaba una fronda de instrucciones en medio de cuya variada gama aparecían dos apartes referidos al caso de Páez, uno según el cual no le parecía político juzgarlo “sobre el asunto de Caracas”, y el otro, donde El Libertador le apuntaba a su propio edecán: “Debe usted convenir con el Vicepresidente sobre lo que conviene diga al general Páez de mi parte”.

Esto quería decir, ni más ni menos, que O'Leary viajaba conociendo de entrada la prudente actitud que El Libertador recomendaba guardar por razones políticas, pero sin imaginar que la posición asumida por Santander (y que, al fin y al cabo, terminaría gravitando sobre su ánimo) sería de una naturaleza totalmente opuesta. Santander, más cerca de los hechos, juzgaba que el Ejecutivo y el Congreso colombiano no podían tolerar que la actitud de Páez pusiera a riesgo el régi-

men previsto por la Constitución de Cúcuta o que terminara sentando, a la larga, peligrosos precedentes que cavaran la fosa de Colombia.

O'Leary, después de todo, habría de correr el riesgo de terminar formándose un juicio propio sobre este caso y, lo que era peor, actuando con total desconocimiento de los instintos telúricos del gran jefe llanero y de los suyos. El irlandés terminará convencido de que Páez debía retractarse del pronunciamiento llevado a cabo en Valencia, y que desató tan hondas repercusiones en otras ciudades del Departamento de Venezuela. O'Leary, aclimatado a medias a la realidad tan particular de su nueva geografía, creería llegar a Venezuela obrando al impulso de la autoridad que le conferían las leyes de Colombia. Pero donde Páez y su séquito pisaran (Peña, Carabaño, Mariño), allí era donde en realidad obraba la Ley. Difícilmente cabía esperar que el irlandés entendiese bien las claves y motivaciones personales que movían al hombre fuerte del momento a obrar como lo hacía.

En Bogotá, su primera escala importante desde que salió de Lima, todas las opiniones compulsadas probaron ser adversas a la actitud asumida por Páez. Tal fue lo que le dio a entender el venezolano José Rafael Revenga cuando le dijo a O'Leary: "Una insurrección armada, en ningún caso puede justificarse (...); Páez ha efectuado una tropelía (...) la resolución tomada en Venezuela destruye por los cimientos nuestro pacto social, echa por tierra todos los principios de gobierno y será un fatal ejemplo". Con excepción de Santander, todas las altas opiniones que consultó O'Leary en Bogotá provenían, curiosamente, como en el caso de Revenga, de personas oriundas de Venezuela. Por su parte, Carlos Soublette, viejo amigo desde los tiempos de Angostura y su futuro cuñado, le expresaría por escrito y sin ambages: "Mi querido O'Leary: lo ocurrido en Venezuela se presenta a mis ojos como una insurrección a mano armada". Y cuando le toque el turno de entrevistarse con el propio Santander, éste le disparará sin rodeos: "Páez ha cometido una locura", pero equivocándose más que los otros al agregar: "Páez es hombre perdido; la insurrección suya no es popular". Ya

para mediados de ese mes de junio, dispuesto a continuar viaje hacia Venezuela, el Vicepresidente le extiende a O'Leary unas "instrucciones reservadas" en las que, sin el menor asomo de duda, se extralimitaba en su capacidad de interpretar los deseos de Bolívar. En síntesis le precisaba lo siguiente:

El coronel O'Leary debe asegurar que el Libertador no aprueba los pasos escandalosos que se han dado, y que se verá obligado a emplear todos sus esfuerzos a favor del orden constitucional y de la obediencia al gobierno. (...) Debe decir que, aunque el Libertador cree que nuestra Constitución necesita de algunas reformas, no es su opinión que ellas se hagan antes del periodo fijado en nuestro código. (...) Puede Páez en una proclama excusar su conducta en prestarse al imperio de las circunstancias.

Y como si en este drama faltase un toque de ingenuidad del que nadie hubiese creído capaz a Santander, remataba diciéndole:

El coronel O'Leary sugerirá el arbitrio de que haga salir fuera del país, bajo el disfraz de comisionados, a las personas que crea el general Páez más comprometidas, como el doctor Peña, el doctor Carabaño, etc., quienes con el tiempo pueden pedir permiso para volver a Colombia. (...) Sobre todo es menester hacerle ver [a Páez] que el gobierno tiene más medios, recursos y fuerza moral que el partido de la insurrección, y que más tarde o más temprano el triunfo será de aquél. (...) Si el general Páez se decidiere a tomar el partido que se ha trazado en esta instrucción, y dudare de lo que deba hacer personalmente, cree el Vicepresidente que es de aconsejarle que se suponga enfermo y pase a habitar un lugar donde no haya fuerza armada.

Ya antes de recabar tan coincidentes opiniones a su paso por Bogotá, O'Leary se había visto llevado a confesarle a Bolívar, en carta dirigida al Perú, que "toda la responsabilidad pesa sobre mí, y no teniendo reglas fijas que me guíen, obraré según lo indiquen las circunstancias". De modo que si O'Leary había considerado hasta entonces prudente suavizar un poco las cosas, ahora marchaba provisto de una definida actitud ante los hechos que lo harán verse entrampado en medio

de los síntomas de descomposición hacia los que se deslizaba parte de Colombia.

O'Leary terminó dándole alcance a Páez en Achaguas, y la conversación que duró once días debió discurrir dentro de la órbita de un duelo verbal lleno de tensiones entre el comisionado irlandés y el zamorro jefe llanero. Inútil ejercicio, al final del cual cada uno de los interlocutores consignó por separado sus puntos de vista: según O'Leary, nada le había permitido, tras las infructuosas conversaciones, sacar a Páez del partido "que lo deshonoraba"; Páez, anotaría por su parte "que la naturaleza de las cosas exigía su permanencia en el mando; que nadie sentía más que él los sucesos de Venezuela (querría decir, el juicio incoado en su contra, su duelo de poder con Escalona, el pronunciamiento "espontáneo" de la municipalidad de Valencia a favor de su conducta); pero que ya no estaba en su poder remediarlos".

El caso del Departamento de Venezuela se le había ido de las manos a Colombia, y si en algo debió contribuir la presencia de O'Leary fue a endurecer las posturas del llanero que se sentía hostigado ante las opiniones procedentes de Bogotá. No contento con que todo concudiese a dar por resultado el inútil ejercicio de obtener siquiera una "reconsideración" (arrepentimiento hubiese sido mucho pedir) por parte del llanero, O'Leary por poco terminó incurriendo en un proyecto, a todas luces, atolondrado. "Hasta el avisado irlandés perdió la cabeza en medio de tantas intrigas", es la forma como Augusto Mijares, en su biografía de El Libertador, define el alcance de tan delirante proyecto.

La idea, según se lo manifestara O'Leary confidencialmente a Bolívar una vez convencido del completo fracaso de su misión, habría consistido, literalmente, en reducir a Páez si no hubiese estado en los Llanos, y llevarlo por la fuerza hasta Bogotá a fin de que rindiese cuenta de su conducta. Para semejante celada, le decía el irlandés a Bolívar en una especie de carta-informe, esperaba haber contado con apoyo suficiente. La carta es tan significativa que vale la pena citarla en parte: "Si Páez no hubiera ido al Apure, ya se habrían terminado las desgra-

cias de Venezuela, porque yo contaba con Smith y su batallón” (suponemos que habla del coronel británico Guillermo Smith, cuyo batallón, casualmente el “Apure”, había permanecido leal al gobierno de Colombia tras el pronunciamiento de “La Cusiata”). Continúa O’Leary: “Nadie se hubiera opuesto, su lanza no nos hubiera arrojado y el plan que yo propuse era bueno. (...) Con Páez en nuestro poder, ningún otro obstáculo se nos presentaba”. El irlandés creía sinceramente estar socorriendo al país de sus descarríos. Lo malo era que, en realidad, conocía poco a Venezuela.

Si bien, a fin de cuentas, no llegó a cristalizarse esta drástica acción que había meditado, el sólo hecho de enumerarle a Bolívar los detalles del plan que discurrió en algún momento por los pliegos de su afiebrado cerebro, contribuyó en su propia medida a que El Libertador se enfureciera al punto de alejarlo por un tiempo de su lado.

Feria de **pasiones**

La solución que Bolívar había meditado para Venezuela era otra, aunque con ella se jugara la oposición de Santander y, tal vez, hasta el fin de Colombia misma. Bolívar comprendía mejor que nadie, desde los tiempos en que ambos compartieron los Llanos, que Páez era prácticamente imposible de ser sometido, a pesar del muy citado juramento que éste le prestara en el hato Cañafístola en enero de 1818. De allí el simplismo de los que todavía hablan de “traición” al referirse a la actitud asumida por el jefe llanero a partir de los sucesos de 1826. A Páez le habría cabido semejante calificativo de haber actuado como un simple subalterno ante los planes de Bolívar. Nunca lo hizo; antes bien, siempre pretendió dar muestras de su propia autoridad, desde aquellos tiempos de la campaña de 1818 y antes del cruce de Bolívar por los Andes en 1819.

Tal solución, como lo había previsto desde La Magdalena, era esencialmente política, entendiéndolo por ello, en este caso, el punto exacto donde la legalidad se ve forzada a ceder en beneficio de una circunstancia que, de otro modo, no puede ser superada. Para Bolívar, la actitud “legalista” de Santander implicaba precisamente lo que él pretendía evitar a todo trance, es decir, el riesgo de que se desatara una guerra

civil entre los componentes esenciales de Colombia a raíz de los sucesos ocurridos en Valencia. Por eso, y no por otra razón, cuando Bolívar arribó por última vez a Venezuela a fines de diciembre de 1826, luego de haber partido desde Lima en septiembre de ese año, traía anunciado desde Bogotá, como única salida posible a la crisis planteada, el libramiento de un decreto de amnistía general para los rebeldes que, como apunta el historiador colombiano Germán Riaño Cano, desautorizaba a Santander y “confirmó a Páez en su cargo de gobernador civil y militar de Venezuela”.

A lo largo del camino de regreso para verse con El Libertador antes de conocer incluso detalles de su pronta partida hacia Venezuela, O'Leary continuó dirigiéndole algunas misivas en el intento de aclarar la dura prueba que había atravesado en Achaguas. Mal para él, sin embargo, el eco de tales epístolas seguía siendo santanderista: “Hay dos partidos, el de los amigos y el de los enemigos del Libertador”, –le apuntaba a Bolívar. “El partido de los enemigos aconseja que Páez sea perdonado; el de los amigos aguarda la condena de la revolución. (...) Improbando V.E. la rebelión de Páez, los desorganizadores quedarán escarmentados para siempre; si V.E. condescendiere con Páez y su facción, tendría de aquí en adelante que humillarse para satisfacer sus pretensiones, sus insolencias y su ambición”.

El recibimiento que le dispensó Bolívar a O'Leary, por interpuesta persona, tuvo todo el peso que reviste la mansión del frío. Ambos debieron haberse dado cita en la localidad de la Plata, sin que tal vez el irlandés sospechara siquiera que ya El Libertador se había adelantado a reprochar su conducta ante el mismo Páez, señalándole en carta desde Bogotá:

He dicho altamente que usted ha tenido derecho para resistir a la injusticia con la justicia y al abuso de la fuerza con la desobediencia. (...) Usted lo sabrá todo con respecto a Venezuela, a usted y a sus amigos, a quien el señor O'Leary fue a espantar con amenazas y con injurias, según tengo entendido por el resultado de su misión. Mi indignación

con O'Leary ha llegado al colmo; no he querido ni verlo ni oírlo, porque él no llevó mi pensamiento donde usted.

Para colmo de desgracias, en el transcurso de los únicos diez días que El Libertador permaneció en Bogotá y durante su entrevista con el vicepresidente Santander, éste –según le constara posteriormente a O'Leary– nada dijo “en su favor” al tratar puntualmente el desenlace de su malograda misión a Venezuela. Santander, al parecer, lo dejó librado a las brasas sin aclarar su propia responsabilidad en este asunto cuando le giró aquellas instrucciones confidenciales, según las cuales: “El coronel O'Leary debe asegurar que el Libertador no aprueba los pasos escandalosos que se han dado, y que se verá obligado a emplear todos sus esfuerzos a favor del orden constitucional y de la obediencia al gobierno”.

Escarmentado como debió salir de semejante trance, el por de pronto ex edecán optó por recluirse en la propia ciudad de Bogotá mientras Bolívar salía hacia Venezuela resuelto a agotar, al mismo tiempo, otras determinaciones, aparte del indulto a Páez: la reforma de la Constitución de Cúcuta –medida que complacería a los rebeldes venezolanos pero que el legalismo de Santander consideraba prematura, pues no se habían cumplido aún los diez años estipulados para el fin de su plena vigencia, en 1831– a través de la Convención que se habría de reunir, en abril del año siguiente, en la población de Ocaña.

Para alguien que como O'Leary viajaba portando por amuleto con un retrato en miniatura del Libertador, aquella señal de la cruz que se abatió sobre él debió haberle quedado grabada con fuego en la memoria. Pero así como su posición ante Santander fue rotunda e inequívoca a raíz de este episodio –frialdad inicial y enemistad declarada más adelante–, con Bolívar sólo tuvo al principio una actitud de arrogancia supina, negándose a aceptar que hubiese cometido algún desafuero al formarse semejante opinión con respecto a la rebelión en Venezuela. Tanto, que en algún momento –en reproche a El Libertador– dejó destilar juicios como éste, recogidos en su propia *Narración*: “La

historia debió haberme enseñado y la experiencia también, que los hombres que la fortuna o el genio elevan sobre sus semejantes suelen ser injustos; pero ni la historia ni la experiencia me hubieran hecho creer jamás en tanta ingratitud”.

Sin embargo, a pesar de la condena a la cual se vio sometido y de los seis meses que lo separarían de Bolívar mientras éste estuviese ausente arreglando los asuntos de Venezuela, O'Leary –quien no creía haber traicionado a alguien que idolatraba– empuñó todo su esfuerzo en la capital de Colombia en enfrentar a través de la prensa a los círculos santanderistas –al doctor Francisco Soto, al joven Florentino González– que ya se aprestaban a renovar su artillería contra lo que calificaban de tentaciones autocráticas del Libertador-Presidente. Para O'Leary, quien buscaba congraciarse nuevamente con su jefe, aquellos fueron meses en los que se consagró a terciar en polémicas por la prensa a favor del partido bolivariano y, especialmente, en poner de relieve, a veces hasta en tono cáustico y burlón, los argumentos que exhibían los santanderistas cuando pedían que fuese aceptada la comunicación que Bolívar había enviado al Senado desde Caracas presentando su renuncia a la Presidencia. Vale aclarar que la tal renuncia (obra de ese expedito recurso al que muchas veces recurrió Bolívar para afianzar su poder) no fue aceptada debido al empeño de la facción bolivariana que aún contaba con cierto margen de maniobra en el Congreso colombiano.

En esta envenenada guerra de papeles entre los partidarios del centralismo de Bolívar y los del federalismo santanderista, O'Leary debió mostrar ya una notable solvencia con el idioma como para intercambiar réplicas anónimas con el alto cortejo de prosistas que rodeaba al Vicepresidente. Pero también llama la atención que durante esos meses en la capital colombiana O'Leary buscara recluirse, como lo demuestran sus papeles, en la confraternidad anglosajona, acaso en procura de alejarse de las intrigas locales. Sus principales interlocutores de esa etapa serán Leandro Miranda, el hijo mayor del Generalísimo, inglés por temperamento y educación, quien se hallaba radicado en

Bogotá al servicio de la diplomacia colombiana, y el coronel Patricio Campbell, Encargado de Negocios de Gran Bretaña en Colombia y su futuro compadre; los destinatarios de sus principales cartas serán, en cambio, el oficial naval británico John Illingworth, y dos de los recientes edecanes “ingleses” de Bolívar: los coroneles Belford Hinton Wilson (quien no debe confundirse con Henry Wilson, el del pronunciamiento de 1818 a favor de Páez) y William Ferguson, por quienes se enteró de lo que iba ocurriendo durante el último viaje del Libertador a Venezuela, proporcionándoles a su vez, como forma de llegarle a Bolívar, cuantas noticias reuniera acerca del clima que habían logrado crear los “liberales” en Bogotá, tanto como sobre las debilidades y fortalezas, temperamento y carácter, de quienes integraban las principales filas de aquel elenco antibolivariano. El ex edecán, además de polemista, terminará convirtiéndose así en una especie de informante, lo cual fue contribuyendo a verse restituido en la confianza de El Libertador y acarreándole algún tiempo después, por parte de Santander, el epíteto de “espía inglés del general Bolívar”.

El encuentro con la gentil Soledad

Pero no todos los temas que capitalizaron aquellos meses bogotanos fueron las pastosas intrigas entre “liberales” y “serviles” (o sea, partidarios de Bolívar, en la jerga dura del momento), ni toda la confianza o los desahogos se vieron reservados exclusivamente al coto de sus coterráneos anglosajones. El general Carlos Soublette y –más importante aún– su hermana Soledad o “Solita”, entraron a formar un grueso capítulo de su vida durante ese interludio. Soublette, el Secretario de Guerra, pertenecía a la más clásica expresión de las familias venezolanas que fueron aventadas por la diáspora de 1814 a raíz de los avances de Boves, y algunos de cuyos miembros habían sido diezmados, como en el caso de muchas otras familias, en el curso de la guerra. La precisión es necesaria, visto que ya se ha dicho que fue en Angostura donde O’Leary, en calidad de alférez, trabó amistad con Soublette cuando aquel se encargaba de colaborar con Bolívar como

jefe del Estado Mayor, principalmente organizando los cuadros de reclutas procedentes de Gran Bretaña. Durante los nueve años que habían transcurrido desde entonces, la relación había sido más bien accidentada a causa de los derroteros tan distintos que ambos habían seguido. Sin embargo, si bien Soubllette había dejado radicada a parte de su familia más allegada en la lejana Angostura, junto con él y su esposa, Olalla Buroz, vivía también en Bogotá aquella hermana menor que pronto sería objeto de los cortejos y atenciones del coronel O'Leary.

La muchacha “de los ojos negros” que compartía el hogar con el Secretario de Guerra hizo que más temprano que tarde O'Leary terminara confesándose completamente “colombiano”. Hasta entonces la historia de sus amoríos por tierras americanas se había concretado a fugaces encuentros con algunas damiselas de Lima, Santiago y Potosí, incluyendo el haber compartido, según se cuenta, un enamoramiento encendido con la guayaquileña Pepita Gaínza, cortejada al mismo tiempo por el general Antonio José de Sucre.

El casamiento con Soledad fue adelantado por la simple circunstancia de que el propio Soubllette, quien se hallaba a cargo de la tutoría de la joven hermana, pretendía alcanzar a Bolívar antes de que comenzase a sesionar la Convención de Ocaña, la cual debía coincidir con el regreso de El Libertador a Colombia. Más breve aún fue el interregno de intimidad de la flamante pareja; dos semanas después, ya restituido en la confianza de Bolívar, O'Leary partiría a Ocaña para desempeñarse como agente confidencial en la antesala de un nuevo drama de la política colombiana.

“Con garrote no se puede entrar a la Convención”

Acaso por temperamento no hay ninguna cultura que sea tan exitosa en el exigente oficio del espionaje como la anglosajona. Aparte de todo un linaje literario bien ganado en este terreno a lo largo de un par de siglos, el espionaje no ha despertado para los anglosajones el desdén o la vergüenza que ha suscitado entre otras naciones. Napoleón, por ejemplo, tan implacable en los asuntos de la guerra, siempre se mostró delicado cuando se trataba de espionaje, lo cual pone en evidencia que en esta materia los franceses (por citar un caso entre muchos) han solido ser moralistas acérrimos.

Aunque entre “agente confidencial” y “espía” no existan sino escasos matices que pudiesen diferenciar ambas categorías, todo parece indicar que O’Leary asumió sus nuevas tareas a plenitud. A pesar de algunos quebrantos de salud, de nervios encrespados y muchas noches de mal dormir en el curso de las complicadas deliberaciones que iban a tener lugar en Ocaña, el irlandés se consagró a su nuevo trabajo hasta donde la suerte de la Convención se lo habría de permitir.

Dos cosas saltan a la vista en esta encrucijada de la vida del coronel O’Leary: que su estable himeneo con Solita duró quince días y su ruptura con El Libertador, tan sólo seis meses, hasta diciembre de 1827.

Bolívar regresaba a la capital, sufriendo por primera vez una recepción fría y hostil por parte de muchos sectores de aquella ciudad que lo habían venido acogiendo desde 1819. Puede que El Libertador no llegara alzando patíbulos y cadalsos, como lo pregonaban sus más enconados adversarios, pero lo cierto es que ya había comenzado a descender desde su alto peldaño militar para convertirse en jefe de la facción sostenedora de una clase de gobierno. Mezclándose ahora en la política de pronunciamientos a su favor, en torno a Bolívar ya habían comenzado a ganar cuerpo también ciertas prácticas cercanas al Cesarismo plebiscitario, conforme a las cuales, y como “verdadera expresión soberana” frente a lo que dispusieran los poderes y la propia Constitución, la táctica elegida resultó ser la excitación de pronunciamientos de asambleas ciudadanas y de “padres de familia”, así como la suscripción de “actas espontáneas”, encabezadas generalmente por militares venezolanos, solicitando abiertamente la perpetuación de su mando en aras de la estabilidad de Colombia. Todo ello, sin duda, como anticipo del próximo desconocimiento de la Constitución y como antesala al oscuro capítulo de la Dictadura que habría de iniciarse poco después.

El mismo día de la llegada de Bolívar –apunta Pérez Vila– O’Leary no tardará en retomar su antiguo puesto como primer edecán. Incorporado ya el irlandés a sus funciones, su cometido será ahora, sobre la base de toda la labor de caracterología que venía desarrollando para informarle a Bolívar sobre quiénes sostenían o adversaban sus ideas, irle trazando cuadros acerca de las opiniones y cualidades de los convencionales que iban a darse cita en Ocaña, con el objeto de prever cuáles serían sus reacciones en el curso de los debates y cuáles posiciones estarían inclinados a tomar. No olvidemos que en Ocaña, otra de las estaciones importantes en los funerales de la Colombia unida, el debate se generalizaría alrededor de si convenía mantener la fórmula unitaria o dar pasos a favor de anular el poder central. “No se trataba en suma –apunta Augusto Mijares– de la disolución inmediata de Colombia, sino de algo más prometedor para ellos: dejar que en manos de Bolívar se disgregara”.

Al mismo tiempo, mientras bolivarianos y santanderistas se preparaban para medir fuerzas dentro de una casi estricta paridad numérica –y de allí el potencial papel que revestía O’Leary–, quedaba el problema, puesto en cifras, de que muchos diputados se mostraban indecisos o “vacilantes” hacia el parecer de uno u otro bando. Estudiarlos de cerca para luego poderlos presionar o hacerlos que se inclinaran del lado del centralismo, era la tarea a la que se agregaba O’Leary en el ambiente aparentemente calmo, pero rotulado de intrigas, que caracterizaba los ánimos en aquella aldea del bajo Magdalena que había vegetado hasta entonces con escasas alteraciones a lo largo de su vida.

Tal era por lo común el grado de sosiego que imperaba en Ocaña que O’Leary no desperdiciaría su ocasional sentido del humor cuando se refiera a que el único beneficiado a raíz de toda aquella intensa actividad parlamentaria sería el administrador de correos de la ciudad, quien de quejarse hasta entonces de la falta de correspondencia que no le alcanzaba ni para pagar a los conductores, pasaría de pronto a ver su estafeta anegada por cientos de cartas que iban y venían con instrucciones para los diputados asistentes. Dicho sea de paso, el mundo que se movía alrededor de tales cartas era lo que más despertaba las aprensiones del irlandés, quien sentía que su correspondencia podía ser violada de un momento a otro por los partidarios de Santander. “Aquí sospecho de todo el mundo”– apunta. “Mandé un criado para ver si el administrador realmente ponía mis cartas en el correo”. Un día –según cuenta– el administrador le había remitido, por equivocación, un pliego que venía a nombre de Santander. El hasta entonces Vicepresidente actuaba como diputado por la provincia de Pamplona y, para colmo, tanto él como O’Leary habían tomado habitaciones que se cruzaban frente a una misma ventana. Relata O’Leary que al instante resolvió enviarle el pliego a Santander, demostrando así su espíritu de “gentleman”, aunque ninguna noche, a lo largo de las deliberaciones –anota– pudo sustraerse a la terrible sensación de que el propio Santander lo mantenía vigilado a través de los criados apostados a la entrada.

En los días previos a los que terminarían siendo dos meses de caldeada atmósfera deliberativa (las sesiones habrían de instalarse definitivamente el 9 de abril de aquel año 28), O'Leary recibirá de Bolívar la instrucción de presentar el "Mensaje" que había redactado y esperaba fuese leído ante el pleno de la Convención. Se trata de un texto tan vigoroso como dramático, pero que de tanto abogar a favor de un "gobierno firme y poderoso" termina por no destilar ninguna clase de tolerancia. En su recuento de la realidad colombiana no escapa tampoco el hecho de ver entre sus líneas un depósito de amargos, aunque indirectos, reproches hacia la administración de Santander mientras éste estuvo a cargo del gobierno en ausencia de El Libertador durante su larga estada en el Sur.

Entre el tiempo durante el cual se certificaron las credenciales de los diputados (lo cual precipitó, dicho sea de paso, acaloradas discusiones), la verificación del quórum y las sesiones propiamente dichas que se llevaron a cabo hasta que se disolvió aquella malograda asamblea, la vida cotidiana de O'Leary se cargó con una sensación verdaderamente mortificante. En algún momento le pide desesperadamente a Bolívar que lo saque de aquel infierno de intrigas. Se queja constantemente de haber perdido el apetito y de estar "medio muerto" de tanto escribir. Pero ya no era, en todo caso, el muchacho de las ingenuidades del año 26. Por eso, viendo cómo Santander se movía cerca suyo acompañado por su elenco, O'Leary anotará en su *Narración*: "Ya tengo veintiocho años y bastante juicio para penetrar en las mal encubiertas intrigas de que él se vale". Por cierto este dato, volviendo a las dudas planteadas al principio con respecto al año exacto de su nacimiento, sirve para avalar la conjetura de que el edecán irlandés debió nacer en alguna fecha cercana a 1801.

Poca duda cabe que la estancia en Ocaña —como lo señala Pérez Vila— terminaría convirtiéndose en una verdadera pesadilla: "al disgusto que le causa el tener que ver y oír a Santander, se unen la fiebre de la lucha, las intrigas que es necesario urdir y desvanecer y, sobre todo, la separación de Soledad". A este respecto vale acotar incluso que O'Leary,

fuera por las razones que fuese, comenzó a dar muestras también de una extraña celopatía que inundaba sus cartas: “Ya sabes que soy tu mejor amigo –le escribe a Soledad– y que sólo una falta de tu parte me haría cesar de amarte”. “Ya sé que has salido mucho desde mi venida. No creí que encontrarías tanta diversión estando yo ausente.” O bien: “Te vuelvo a prohibir que admitas visitas por ningún pretexto”. Soledad estaría condenada, por tanto, a hacerle honor a su nombre. Y, como se ve, el clima paranoico que asfixiaba al irlandés en Ocaña parecía haber llegado a instalarse incluso en la intimidad de su propio hogar en Bogotá.

Entre verse tachado como el “plenipotenciario que tendrá quizá la comisión de dividirnos” o ser llamado abiertamente como “espía inglés”, O’Leary continuará despachándole sus pliegos confidenciales a Bolívar. En algún momento informa con dramatismo que una diferencia asomaba de forma inevitable entre la facción liberal y los partidarios de El Libertador: el resorte de los primeros era el propio Santander, allí presente, y en torno a quien la máquina de las opiniones se disciplinaba, en tanto que los sostenedores del bolivarismo no siempre terminaban actuando de común acuerdo, a lo cual el edecán le atribuía no pocos de los fracasos que habían tenido lugar a lo largo del debate. Pero cuando llega a insinuarse la idea de que Bolívar se avecine a Ocaña para reanimar a los “vacilantes”, O’Leary formará parte de quienes aconsejen lo contrario: “Todos los amigos aquí improbaban que V.E. se acercara siquiera a esta ciudad”. En apariencia se afina para ello en razones de tipo legalista aunque en el fondo teme, para remate de desdichas, que Bolívar termine viéndose desairado en persona si prosperara aquella idea. Cree –y así lo dice– que la Convención no estaba del todo perdida, aun cuando muchas dudas corroían sus expectativas.

Hasta en los pequeños detalles los santanderistas lo miran ya como un sujeto de inclinaciones violentas, como expresión de la amenaza bolivariana que –suponen– los intimidaba a través de personas interpuestas presentes en Ocaña. Llega un día en que, al presentarse en la

sala de la Convención para seguir de cerca las deliberaciones, Francisco Soto –el más privilegiado cerebro de Santander en Colombia como de Páez lo era al mismo tiempo Peña en Venezuela– le hace decir que la fusta que cargaba en la mano debía dejarla con el portero, puesto que “no se podía entrar a la Convención con garrote”. El pequeño incidente dará pie para que O’Leary ensaye una jactancia exagerada, cuando de seguidas ve que Santander se ha movido de su puesto para evitarlo de cerca. “Santander dio a entender que no podía permanecer donde estaba antes, porque a cada momento temía un *garrotazo*”.

Expresión literal o figurada de lo que sobrevendría a continuación, lo cierto del caso es que fueron los propios partidarios de Bolívar quienes, viendo el naufragio al que los conducía la realidad, optaron por cerrar los caminos y darle un garrotazo a la Convención, prefiriendo abandonar la asamblea el 10 de junio y dejarla sin el quórum necesario, sabedores de que si no tenían la mayoría al menos sí la capacidad para disolverla. En tal sentido, el historiador colombiano Germán Riaño Cano enfila este juicio: “Constituye un recurso poco democrático eludir el triunfo inevitable de la mayoría, que ya empezaba a llamarse liberal, por contraposición a la minoría dictatorial”.

O’Leary no permanecerá en Ocaña hasta el fin de las deliberaciones; de hecho, habría de partir casi a mitad de ellas, y sus primeros cuidados serán precisamente acompañar a Bolívar en Bucaramanga mientras se calculaban los siguientes pasos a seguir antes de que la retirada de sus partidarios de la Convención fuese un hecho consumado.

La crisis en Ocaña resultó pues inevitable, y Colombia quedó a partir de entonces librada al azar en términos de su organización política.

Colombia es **un incendio**

No debemos perder de vista que en el contexto de Ocaña, Bolívar había resuelto hacer pie en un sitio desde el cual pudiese seguir de cerca las deliberaciones y estar a tiro al mismo tiempo en caso de que su presencia se viese requerida por los desarrollos de la Convención o ante nuevos acontecimientos que pudieran suscitarse en Bogotá. Para tal fin eligió la pequeña villa de Bucaramanga, es decir, un punto bastante equidistante entre la costa y la capital.

Hasta mucho antes de disolverse la Convención, el eje Ocaña-Bucaramanga había llegado a convertirse en el nudo de una intensa correspondencia entre el emisario confidencial y quien a la redonda iba tomándole el pulso a aquellos acontecimientos. Con todo y los magros resultados, el concurso de O'Leary debió ser valioso, puesto que al menos una vez, en carta dirigida a Pedro Briceño Méndez, quien formaba parte del núcleo integérrimo de sus representantes ante aquella Convención, queda en evidencia el papel que Bolívar le atribuía al edecán restituido a su servicio: "El señor Castillo y O'Leary son los hombres de mi confianza en Ocaña". Esto parecería anular parte de la proverbial maledicencia del francés Luis Peru de Lacroix, cuyos juicios -tal vez porque aspiraba a disputarle a O'Leary su sitio como pri-

mer edecán- deben necesariamente ser tenidos en cuenta con mucho cuidado. Lacroix venía borronando sus libretas personales con apuntes tomados directamente de sus conversaciones con Bolívar en Bucaramanga, y cuya posterior edición pasará a conocerse, por antonomasia, como el *Diario de Bucaramanga*. Allí, el francés acredita opiniones como ésta: en Ocaña –según Bolívar– O'Leary “ha hecho y está haciendo todavía otras bobadas; ha creído haber engañado a los que lo tienen engañado, y aún cree en el buen resultado de sus falsas intrigas”. Insisto en creer que las palabras del francés se ven afectadas por cierto tono de envidia que recorren hasta la médula las páginas escritas en Bucaramanga.

Por contraste, si el estado en que quedaron las discusiones en Ocaña llevarían al cabo a que Bolívar, mediante el Decreto Orgánico del 27 de agosto de 1828, invocara poderes absolutos frente a “los estragos de la anarquía” (asumiendo plenamente la Dictadura y desconociendo así la Constitución de Cúcuta que, con todo, había permanecido vigente), las cosas no se presentaban mejor en el resto de la Gran Colombia. No habían transcurrido aún cuatro años desde la última campaña en Ayacucho cuando se avecinaba por primera vez el peligro de que Colombia y Bolivia, de una parte, y el Perú, de la otra, terminaran trasladando la violencia hacia sus propias fronteras.

Sería muy largo enumerar aquí las razones tan complejas como difíciles que llevaron al Congreso del Perú a colocar en pie de guerra a las fuerzas de aquel país, empezando por el resentimiento evidente que siempre provocó la pérdida de dos provincias altoperuanas que terminaron formando parte de Bolivia y, también, el no haber recobrado Guayaquil desde que Bolívar presionara como lo hizo para integrarla a Colombia. Pero también resulta evidente que en un momento en que volvían a ponerse en movimiento las tendencias centrífugas, el Perú, tan corroído de sentimiento nacional y donde la reacción antibolivariana había logrado calar hondo, no podía ser una excepción.

La primera reacción de El Libertador, una vez instalado en Bogotá pero aún antes de que se interrumpiera el orden legal en Colombia al

asumir en pleno la Dictadura, fue virulenta, ordenando una pronta concentración de fuerzas en Guayaquil que hiciese posible frenar los avances del general y presidente La Mar hacia esa localidad que el Perú aún aspiraba anexionar desde que tuvieron lugar las ásperas conversaciones entre Bolívar y San Martín en 1822. Para colmo de males, Sucre se había visto forzado poco antes a abandonar la presidencia de Bolivia tras un motín en su contra y trasladarse a la propia Guayaquil, complicando aún más los sucesos que se registraban en el Sur. Con todo y las implicaciones que vio en ello, Bolívar optó primero por una salida conciliadora, y para ello dispuso que O'Leary fuera el portador de una misión ante el presidente La Mar para sentar las bases de un arreglo diplomático del conflicto.

"Una semana de trueno y matanza"

El irlandés no sospechaba sin embargo que lejos de discurrir por entre las tortuosas esquinas de la diplomacia (algo que, sobre la base de su experiencia personal, ya había venido aprendiendo a manejar mejor), su misión terminaría saldándose a pistoletazo limpio contra el ejército de La Mar. El viaje, como casi todos los suyos, fue accidentado y penoso, y así lo describe mientras registra en su *Narración* las distintas escalas que lo llevaron desde Bogotá (donde apenas tuvo unos días para solazarse con Solita), hasta la aldea de Babahoyo, en las inmediaciones de Guayaquil, donde antes debió librarse de una partida de asaltantes que le salió al paso. En Guayaquil permanece algo inactivo al principio, dado que el Perú no terminaba de aprobar el salvoconducto solicitado para poder pasar a Lima a conferenciar con La Mar en nombre de Bolívar. Llega incluso, como en el caso de Chile aunque por razones muy distintas, a quejarse de las largas recibidas y lo vuelve a aguijonear la impaciencia al punto de pretender renunciar. Pero tal renuncia no fue ni siquiera tomada en cuenta. En algo, al parecer, lo reanimó el reencuentro con viejas amistades que había anudado años atrás en Guayaquil, así como uno que otro baile en sociedad.

De cualquier forma, resulta una paradoja como pocas el hecho de que alguien que había mostrado una disposición tan innata a ser la sombra de Bolívar como discípulo, mensajero y edecán, se viese gastando las noches en ociosas cuadrillas cuando en Bogotá, por aquellas mismas fechas (hablamos ya del 25 de septiembre de ese año 28), tuvo lugar la consecuencia más inevitable a la que podía acarrear el ejercicio irrestricto de la Dictadura: el fallido atentado contra Bolívar en el Palacio de Gobierno. Tal vez, de haber estado allí, O'Leary hubiese muerto de un tiro como le ocurrió a su colega irlandés, el también edecán y coronel Guillermo Ferguson. Lo cierto del caso es que la noticia lo dejó en el abismo, al punto de desahogarse, por primera vez en sus cartas a Soledad, sobre la posibilidad de verse ante un futuro en el que Bolívar estuviese ausente. Y concluye diciendo: "Faltando El Libertador será preciso irnos a otro país a vivir. Así es que observo la más grande economía y no gasto sino lo muy indispensable para vivir, negándome todo lo que sea superfluo". Su obsesión con el tema del atentado septembrino (y tal vez algo de remordimiento oculto por haberse hallado forzosamente alejado de los hechos) será un dato recurrente, al punto de que veinticinco años más tarde el irlandés apelará a los recuerdos de Manuela Saenz para recomponer muchos detalles de aquel episodio.

Las mismas familias con las que había venido haciendo vida social y distrayéndose en bailes de cuadrilla serán las que poco después huyan despavoridas cuando, a partir de mediados de noviembre, comience el sorpresivo bombardeo naval peruano sobre Guayaquil. Desde antes O'Leary había cooperado en la medida de lo posible con la organización defensiva de la ciudad que dirigía el general Juan José Flores, futuro Presidente del Ecuador, haciendo las veces de artillero. "¡Vaya si soy un hombre utilísimo en Guayaquil sitiado! El día de un combate peleo como un perro; el día siguiente escribo proclamas", sentencia con su particular sentido del humor en medio de aquella irrealidad. Una semana duró la parte más áspera de la pesadilla, y el improvisado artillero se ve llevado a apuntar: "Nuestra pérdida ha sido poca. Las

pobres madamas han sufrido mucho y las casas de la ciudad se han destruido en gran parte”.

Guayaquil no se salvó tan fácilmente del acoso, pero se vio aliviada de momento gracias a que la escuadra peruana había sufrido no sólo graves averías por parte de la artillería emplazada por Flores en la ciudad (y en la que debutó O’Leary), sino porque había perdido a su principal comandante por obra de un certero cañonazo dirigido desde el puerto. Mientras los buques peruanos se retiraban para lamerse las heridas, la campaña cuidadosamente sincronizada por La Mar pretendía ahora el objetivo de desplazarse tierra adentro, hacia las fronteras del sur de Colombia. Este segundo interludio, más trágico que Guayaquil, y en el que los mejores cuadros de la independencia del Sur estuvieron a punto de aniquilarse entre sí, demuestra por desgracia que la sangre no se estancó en Ayacucho.

“Dos mil cadáveres piden mucho llanto”

De hecho, quien habrá de tener bajo su mando las tropas auxiliares de Colombia como nuevo jefe superior de todas las provincias del Sur, por nombramiento directo de Bolívar para detener a los “invasores”, será nada menos que Antonio José de Sucre, aventado antes de Bolivia, como se dijo, por obra de un motín en su contra. La campaña recibirá posteriormente el nombre de la “campaña de los treinta días” y, por desgracia, el Gran Mariscal debía obrar con plena conciencia de que se trataba de enfrentar, por primera vez en su historia militar, el fantasmagórico expediente de la lucha fratricida: seis mil efectivos de su lado contra poco más de ocho mil con los que contaba La Mar, muchos de cuyos oficiales habían actuado anteriormente bajo el mando del cumanés.

Resulta preciso afirmar en descargo de Sucre que sus primeros esfuerzos –y de allí la valiosa cooperación de O’Leary– se vieron encaminados a activar las conversaciones con La Mar en procura de resolver el horror que se avecinaba por la vía diplomática. Para ello, en una nota oficial al Presidente del Perú, le insistirá: “En el cuartel general

se halla el coronel O'Leary, comisionado por el gobierno para negociar con el del Perú (...) y a pesar de las informalidades que se han guardado hacia su carácter, está pronto a llevar a cabo su misión". Sin embargo, las pretensiones fijadas por ambos lados serán irreconciliables al punto de no haber avenimiento posible entre las bases para la paz propuestas por Colombia (a través de O'Leary) y las propuestas por La Mar, que serán rechazadas a su vez por Sucre. Al quedar interrumpidas las conversaciones, las diferencias terminaron dirimiéndose en un sitio conocido como el "Portete de Tarqui", descrito por el propio Sucre en su parte de guerra como unas breñas escarpadas y de difícil acceso. Allí, entre el fango, la lluvia y la confusión como denominador común para ambos contendientes, y tras dos horas de la mañana del 27 de febrero de 1829 empleadas en exterminarse mutuamente, las tropas de La Mar le cederán lugar a la fuga, no sin que antes O'Leary se hubiese distinguido en el núcleo de la refriega al mando de un cuerpo de llaneros venezolanos.

Considerando satisfecha "la venganza y el honor de Colombia", como él mismo lo apuntara en una proclama librada al efecto, Sucre comisionó a O'Leary para ofrecerle a La Mar una capitulación que le permitiera salvar sus reliquias, limitando el grueso de sus exigencias a la entrega de las provincias invadidas. Cabe decir en otras palabras que allí se recogieron, con mínimas variantes, las propuestas que por medio de O'Leary habían sido formuladas a nombre de Colombia al iniciarse las hostilidades. Desoladora demostración de que el propio La Mar no avanzó ni tan siquiera una pulgada en sus aspiraciones a cambio de dejar dos mil muertos desparramados sobre la llanura de Tarqui, la mayoría de ellos de sus propias fuerzas. Por virtud de este convenio, conocido con el nombre de "Tratado de Girón", y amén de su actuación a campo traviesa durante la batalla del Portete de Tarqui (Sucre apuntará en el Parte oficial: "O'Leary se distinguió por un valor eminente"), el irlandés tendrá la satisfacción de recibir, a partir de esa fecha, el rango de General de Brigada.

Entretanto, Bolívar se había apresurado a llegar a Quito, resuelto a quedarse en el Sur hasta tanto los derechos territoriales de Colombia se viesan plenamente restablecidos. Aparte, El Libertador tenía razones para desconfiar que La Mar cumpliera lo pactado y, en efecto, así ocurrió, aunque mal para La Mar, que terminó depuesto por los propios peruanos, quienes, como apunta el biógrafo de Bolívar, Indalecio Liévano Aguirre, se mostraron “resueltos a distanciarse de la posibilidad de una nueva guerra, que estaban seguros de perder”. A La Mar lo sustituyó el más favorable nombramiento de José Gutiérrez de la Fuente, al tiempo que desde Bolivia se recibían reconfortantes noticias, donde el mariscal Andrés de Santa Cruz, fiel al Libertador, había asumido el mando de aquella República tras los sucesos que llevaron al alejamiento de Sucre.

Fue en Quito, en marzo de 1829, donde O’Leary se reencontró con Bolívar. “El Libertador me ha recibido muy bien y está satisfecho de mi conducta”, es como corre el comentario que le depara la ocasión. Otra cuestión consuela por entonces a este especie de edecán errante: desde Bogotá, y pese a los fugaces encuentros con Soledad, ha recibido noticia del nacimiento de su primogénita, a quien apodarán Mimí para diferenciarla de la madre. Pero también cede por carta desde Quito, el 20 de marzo de ese año 29, a la visita que le dispensan las pesadillas de lo ocurrido: “¡Dos mil cadáveres piden mucho llanto!” Se trata de una expresión bastante significativa que uno siente que se le escapa por debajo de la costra que él mismo había intentado echarse encima para conciliarse ante aquel caldo de sangre fratricida, en el cual la peor parte terminó llevandosela el ejército peruano de La Mar. “Pero no llore, Chepita –concluye refiriéndose con afecto a Soledad y, también, para enterrar cualquier duda de su propia conciencia– que eran enemigos de Colombia y míos”.

“He salido del mal paso”

En la secuencia de alzamientos que fueron remeciendo el edificio de la unión colombiana –Páez en Venezuela, en 1826, José Bustamante

en Lima, en 1827, los coroneles José Hilario López y José María Obando en Popayán contra la dictadura de Bolívar— ninguno fue tan trágico como la rebelión que a fines de 1829 habría de protagonizar en Antioquia el general José María Córdova, veterano de Pichincha y Ayacucho, y cuya opinión sobre El Libertador había descrito una ruda parábola desde los confines de la idolatría hasta los márgenes del odio. Lo que hizo particularmente triste el caso de Córdova era que sus motivos terminaron yendo más allá de toda razón objetiva, prestando oído a las especulaciones que emponzoñaban la atmósfera política del momento. Ello es así puesto que a diferencia de Obando y López quienes sí se pronunciaron abiertamente contra la Dictadura de Bolívar, proclamándose defensores de la Constitución de Cúcuta, Córdova fue de los que en cambio respaldó la necesidad de esa fórmula, e incluso figuró entre quienes se inclinaron por la más rigurosa aplicación de las penas señaladas contra los conspiradores del 25 de septiembre.

Gerhard Masur, biógrafo de Bolívar, llega a aseverar que Córdova, “con su espíritu simple y primitivo, se había enredado en política”. Puede que haya algo de cierto en este juicio, es decir, que su falta de olfato lo llevara a deslizarse dentro del gran foco de intriga que se vio resumido, en ese momento, en la confusión planteada alrededor del plan de establecer una monarquía en Colombia. Propulsada por el Consejo de Gobierno en Bogotá mientras Bolívar permanecía por última vez en el Sur, se trataba de una gestión llamada, tarde o temprano, al fracaso. Sin embargo, el problema radica en que el propio Libertador le dio cierto carácter equívoco a sus respuestas y no hubo de su parte, hasta cierto tiempo después, una desaprobación abierta a tal plan. Puede que Bolívar considerase la implantación de un régimen monárquico como algo incompatible con la realidad social de Colombia y con su propio título de Libertador; pero todo hace suponer que en ese momento, cuando requería de su apoyo ante tantas adversidades simultáneas, Bolívar no quiso desautorizar públicamente al Consejo, abriendo al efecto un paréntesis de ambigüedad sobre un tema tan espinoso. El resultado inmediato fue que el plan solamente produ-

jo confusión exterior y crispaciones internas, y por allí fue que se coló la rebelión de Córdoba.

Trátase de cábala o de un asunto de mera coincidencia, lo cierto es que las primeras noticias del levantamiento llegaron a Bogotá la noche del 25 de septiembre de 1829, o sea, un año exacto desde el atentado contra El Libertador. Impuesto de las primeras reacciones provocadas en Antioquia, la decisión del Consejo de Gobierno, en ausencia de Bolívar, fue ordenar la tarea de someter a los rebeldes, para lo cual el Secretario de Guerra, Rafael Urdaneta, dispuso que fuese O'Leary quien organizara las fuerzas disponibles en la capital para salir al encuentro de Córdoba.

O'Leary se hallaba ya en la capital desde fines del mes de marzo, desde que Bolívar había decidido enviarlo allí para que –según el historiador Pérez Vila– “informase al Consejo de Gobierno sobre la situación interna del Perú, los resultados que cabía esperar de la batalla de Tarqui, el estado de las provincias de Ecuador” y, al mismo tiempo, para imponerse directamente de las alarmantes noticias que una vez más procedían de Venezuela.

Sería la primera y última vez que el flamante general irlandés llegase a actuar con pleno mando de un ejército pero, al mismo tiempo, debido a las desoladoras repercusiones que acarrearía la muerte de Córdoba (sobre todo por la forma con que al parecer terminó siendo sospechosamente ejecutado), éste se convertiría en uno de los episodios más oscuros de su vida. Tensando las cuerdas de la especulación, cabe preguntarse si esta comisión recayó sobre O'Leary por el simple hecho de que otros oficiales colombianos se habrían negado a salir en campaña para someter al veterano de Ayacucho. Sea lo que fuere, de O'Leary cabe decir también que con Córdoba lo unían afectos desde que ambos hicieron la campaña de Pichincha junto con Sucre. Sin embargo, el irlandés se puso a la cabeza de tal expedición, creyendo con ello que su lealtad hacia la facción bolivariana lo llevaba –al igual que Urdaneta– a la determinación de que era necesario poner coto a la epidemia de pronunciamientos que se venían registrando de un

lado y del otro de Colombia. Por algo, al justificar el severo tenor que se desprendía de sus órdenes para O'Leary, Urdaneta mismo se cuidó de apuntar: "El objetivo de la campaña es 'destruir a la facción', bien sea por medidas políticas o por las armas (...) sin perder de vista (...) que la lenidad, en iguales desórdenes anteriores, es exclusivamente el origen de la actual revolución".

Poco interesan, a los efectos de esta biografía, los prolijos detalles que en su *Narración* le dan relieve a la campaña que condujo a O'Leary a descender con su improvisado ejército por el Magdalena, internarse en la montañosa provincia de Antioquia y terminar por darle alcance a Córdova en un sitio llamado El Santuario, a unos ochenta kilómetros de la actual Medellín. Cabe destacar en cambio dos cosas, una de las cuales parecería preludiar los siniestros matices con que acabaría este episodio. El hecho es que como Bogotá se hallaba casi desguarnecida, O'Leary se vio obligado a reclutar oficiales sueltos, o de permiso e, incluso, voluntarios, entre ellos dos veteranos británicos, el coronel Crofton (quien ya había sido disciplinado poco antes por un Consejo de Guerra presidido por el mismo O'Leary) y Ruperto Hand, otro oficial de reputación más cuestionable todavía, pese al hecho de haber sido veterano de Carabobo y acreedor a la Orden de los Libertadores. Con ellos haría la campaña y, especialmente con Hand, se vería llevado más tarde a compartir la responsabilidad por la muerte de Córdova.

El otro hecho que cabe destacar es que previo a que los acontecimientos terminaran por precipitarse con tan lamentable resultado, O'Leary no había desestimado que la amistad que lo había unido a Córdova podría obrar como recurso para disuadirlo de su aventura. En primer lugar se valió para ello de un pariente de Córdova que lo acompañaba como parte de su tren de oficiales a fin de que fuese el portador de una misiva personal en la cual se adelantaba a decirle: "El gobierno (...) desea tocar todos los medios de una pacífica conciliación antes que llegar al extremo de las armas". A lo cual Córdova replicó por el mismo conducto: "A la verdad que el oficio de usted (...) tiene pocos gérmenes de paz". Luego, movido por este mismo ánimo de con-

ciliación, O'Leary llegó a sostener un encuentro personal con el rebelde que terminó derivando en agrias reconvenciones de ambos lados. O'Leary cuenta haberse visto afectado por la violencia verbal de Córdova, sobre todo cuando le enrostró el calificativo de “vil extranjero, mercenario y asalariado”.

No habiendo avenimiento posible, todo terminó en una violenta refriega en la que los mil efectivos que traía O'Leary desde Bogotá sometieron a los trescientos con que contaba Córdova en Antioquia, el 17 de octubre de 1829. Las confusas crónicas (y el no menos confuso “Parte oficial” labrado por O'Leary tras la batalla) dan a entender que Córdova terminó refugiándose en una casa de teja, donde el general irlandés acudió a verlo antes de que expirara. Según O'Leary, todo lo ocurrido alrededor de aquella casa escapó momentáneamente a su atención debido a que se vio llevado a desplazarse a otro lado del terreno para atender a la rendición de algunos oficiales rebeldes. De allí que la supuesta acción que se le imputara a su subalterno Ruberto Hand de haber acibillado a Córdova a sablazos dentro de su refugio, era algo que había escapado a los resortes de su autoridad en aquel momento de confusión. Quienes creyeron ver a O'Leary claramente imputado en el hecho sostendrán, en cambio, que Hand era un “beodo, enardecido por la lucha” y, por tanto, un instrumento peligroso que debió ser controlado desde un principio por su oficial superior.

Cuando componga su *Narración*, O'Leary admitirá haber estado en cierta forma consciente de los riesgos que había implicado enganchar a esa clase de oficiales para salir en campaña contra Córdova, pero que las críticas circunstancias imperantes en Bogotá así lo habían exigido. Por su parte, el propio Hand dirá, ante el tribunal que lo procesaría dos años más tarde al reabrirse la causa, que simplemente había cumplido con una obediencia estricta al encargo de sus superiores. Lo extraño de toda esta historia que habría de dejar una estela de amargura a lo largo del resto de su vida es que, como último acto antes de regresar a Bogotá, y luego de concederle pasaporte a algunos de los corifeos de la rebelión para que salieran del país, O'Leary recomendó

ante el Secretario de Guerra la promoción de Hand como gobernador del Chocó, en la costa pacífica colombiana. El hecho demuestra, sin más, que el irlandés no quiso hallar culpabilidad en ese momento en la conducta seguida por su subalterno.

Fiel a la costumbre que había venido cultivando de hacer que Solita se asomara a través de sus cartas a los ángulos más íntimos de sus impresiones, ésta vez fue más bien lacónico al referirse a la rebelión en Antioquia. Simplemente le escribió: "He salido del mal paso, pero era tan malo que me parece un sueño". No era para menos, dado el viejo afecto que lo unía al difunto rebelde.

Como ya se ha dicho, en 1831, dos años después del conato de rebelión, se reabrió en Bogotá el proceso contra los implicados en la muerte de Córdoba. Según el escritor colombiano Eduardo Posada, en momentos en que se imponía la triunfante reacción contra Bolívar, el juicio debía verse como un contrapeso a los procesos que se instruyeron a raíz del atentado contra El Libertador el 25 de septiembre de 1828 y, en tal sentido, "no se trataba tanto de castigar a los culpables cuanto de manchar la reputación de O'Leary". No obstante, para cuando el tribunal instalado al efecto dictase sentencia, el irlandés ya se habría visto forzado a abandonar Colombia como consecuencia de tales pasiones antibolivarianas.

Un diplomático con las **credenciales anuladas**

El juicio seguido a los conspiradores de septiembre de 1828, la ejecución del almirante José Prudencio Padilla –artífice de la batalla naval del Lago de Maracaibo– por sus acciones supuestamente subversivas contra la Dictadura, el destierro de Santander y, finalmente, la rebelión y muerte de Córdova, hizo que un sentimiento viscoso fuera invadiendo a la nación colombiana de una punta a la otra del año 29. Para colmo, nada mejor podía decirse al mismo tiempo del estado anímico que embargaba a Bolívar frente a la sima que se abría a sus pies al terminar de regresar a Colombia en noviembre de ese año, cuando ya su edecán O’Leary se hallaba de vuelta en la capital tras haber liquidado las secuelas de la insurrección en Antioquia.

El sentimiento general –qué duda cabe– había adquirido una diversificación irremediable. En Venezuela, el malogrado proyecto monárquico que condujo a Córdova a su desesperado alzamiento, había servido también para que los secesionistas ahondaran la línea que venían predicando desde 1826. Ahora, en Venezuela, las asambleas populares se multiplicaban, y de todas iban surgiendo actas cuyas resoluciones eran cada vez más hostiles hacia El Libertador. “Bolívar –apunta Gerhard Masur– acusó por esta catástrofe a los ministros y a su intriga

monárquica. Lo irritó especialmente Urdaneta y durante estas semanas (fines de 1829) se apartó totalmente de él”.

El regreso de El Libertador por última vez a Bogotá en enero de 1830 coincidió con su firme determinación –anunciada ya por él en diciembre de 1828– de que se instalara de una vez por todas un Congreso Constituyente que le permitiera declinar el poder que le había sido conferido por el paréntesis de la Dictadura y, al mismo tiempo, para fijar el rumbo de la estropeada máquina en que había ido a parar la realidad de Colombia tras el cúmulo de acontecimientos que habían gobernado las tendencias al choque, la violencia y la dispersión entre sus distintos componentes territoriales en los últimos tiempos.

Aparte de tratarse, en pocas palabras, de la tercera asamblea constitucional durante los menos de diez años que llevaba existiendo Colombia (luego de Cúcuta en 1821 y de Ocaña, en 1828), este Congreso, conocido más tarde como “Admirable”, arrojaría una constatación imposible de negar: puede, como señala Salvador de Madariaga, que la autoridad de Bolívar se viese menguada o que el Cesarismo plebiscitario, tan característico de su mando durante los últimos años, minasen su popularidad entre los círculos intelectuales de Bogotá; pero no hay duda de que continuaba siendo la única pieza capaz de conservar unida a la desvencijada Colombia.

Una de las cosas más admirables que tuvo el Congreso así llamado, y que no siempre resulta lo suficientemente bien recordada, fue el tremendo esfuerzo que se hizo por llegar a un entendimiento con Venezuela en aras de trabajar a favor de una Constitución aceptable para todas las secciones de Colombia. Con ese objeto, el Mariscal Sucre, quien venía presidiendo el Congreso, aceptó encabezar una comisión que lo llevaría a negociar con sus pares al otro lado de la frontera. Sin embargo, Sucre se verá lamentablemente impedido de avanzar más allá de La Grita, bajo amenaza de ser repelido por la fuerza. Era ya marzo de 1830. Para abril, apenas un mes más tarde, los legisladores de allende la frontera tendrán previsto instalar su propio Congreso y darle curso, de una vez por todas, a la existencia autónoma de Venezuela.

Este clima coincidió con una decisión que si no agarró a O'Leary totalmente por sorpresa fue porque esa propuesta ya se le había formulado vagamente a mediados del año anterior, previo incluso a la expedición contra los rebeldes de Antioquia. Se trataba de que asumiera un destino diplomático en los Estados Unidos, algo que a Bolívar lo terminó interesando vivamente desde que otro edecán suyo, Belford Wilson, le escribiera desde Washington, en camino a Inglaterra, diciéndole que en los Estados Unidos hacía falta una misión "adicta a su persona". Bolívar, como lo sabemos, no sólo sentía hacia la nación del Norte un recelo inversamente proporcional a la confianza que en cambio le infundía la política británica, sino que percibía que, en líneas generales, la opinión pública de aquel país le era adversa, comparada con Francia y, desde luego, con Gran Bretaña misma. De allí que seguramente hubiese considerado atinado tener obrando en Washington a un agente como O'Leary que ayudase a proyectar conceptos favorables a la situación de Colombia en esos momentos cuando casi la única imagen posible que podía recabarse desde el exterior era la de una anarquía trituradora. Para corroborar el aserto vale citar algo que el propio Bolívar le escribió a O'Leary en agosto de 1829: "Le he destinado a Ud. de ministro a los Estados Unidos donde seguramente procurarán despedazarme más mis enemigos, y donde debo necesitar quien me defienda".

Con todo, cuando Bolívar aprobó este nombramiento formulado por el Ministro de Relaciones Exteriores Estanislao Vergara, se cuidó de transmitirle con mucha franqueza a O'Leary el presentimiento de no saber a quién habría de representar, "pues las cosas pueden variar de un momento a otro, de un modo notable y trascendental".

Más temprano que tarde así habría de ocurrir, en efecto. Pero lo que resulta más curioso es que esa plenipotencia en Washington parecía haber estado destilando desde hacía algún tiempo signos de mal agüero. A ese destino había sido destacado antes el exvicepresidente Santander, designado por Bolívar, a quien ofreció enviarlo como Ministro en los Estados Unidos para alejarlo de la escena colombiana. Su desig-

nación habría prosperado de no haberse visto bruscamente revocada tras el atentado contra Bolívar en septiembre de 1828. Ahora, aunque por razones muy diferentes, O'Leary también vería sus propias credenciales anuladas en vísperas de su partida. Ello ocurrió hacia junio de ese año 1830, cuando por nombramiento del "Congreso Admirable" que había cesado ya en sus funciones, quedó designado al frente de la Presidencia el doctor Joaquín Mosquera.

Por desgracia, Mosquera hizo poco por evitar que un cortejo de ministros rencorosos que integraba el nuevo Gabinete viese cómo llegarle a Bolívar disparándole por mampuesto, y O'Leary, el edecán de máxima confianza, resultó ser naturalmente un blanco bastante apetecible cuando apenas celebraba la noticia de su reciente designación como Ministro en Washington. El motivo que alegó el gobierno para exonerarlo de su misión, y del cual se hizo cargo de transmitírselo a O'Leary el nuevo titular de Relaciones Exteriores, Vicente Borrero, fue la necesidad de reducir la lista diplomática so capa de "hacer economías". El irlandés, vejado por tan burdo pretexto, se reservó una respuesta altiva para el propio presidente Mosquera. Le dijo sin más: "Deseoso por mi parte de cooperar a las miras económicas de Ud., si la Ley me lo permite, renunciaré hasta el generalato que mi conducta militar me ha obtenido en el campo de batalla".

A pesar de su mal estado de cuerpo y de ánimo, Bolívar tuvo aún oportunidad de ver a Mosquera echado del poder tras un golpe de Estado que en septiembre de 1830 puso al frente del gobierno a Rafael Urdaneta. Tratándose de un movimiento que tenía por objeto el retorno del bolivarismo, O'Leary se vio animado por El Libertador a volver a la capital y colaborar con el general zuliano mientras que él, por su parte, rehusaba todo empeño que no fuera irse del país, bien a las Antillas o a Europa.

De las distintas opciones que pudo plantearle Urdaneta, ninguna nos ha llegado con claridad. Lo único cierto es que mientras el irlandés optó por permanecer lo más del tiempo en Cartagena, entregándose a poner en orden sus papeles, Bolívar ya se había puesto en movi-

miento hacia Santa Marta, adonde O'Leary no lo habría de acompañar. De hecho, aunque desde Cartagena continuase manteniendo correspondencia asidua con El Libertador, nunca más volvería a encontrarse con quien había sido hasta entonces la referencia orientadora de toda su vida suramericana.

En realidad, O'Leary llegó a última hora a Santa Marta, apenas a tiempo para asistir al entierro de Bolívar que se efectuó el 20 de diciembre, pues es sabido que luego de su fallecimiento el día 17 en la quinta de San Pedro Alejandrino, el cadáver de El Libertador fue depositado en la casa de la aduana hasta que las ceremonias del entierro comenzaron a celebrarse en la catedral la tarde del día 20. La prueba más evidente de que O'Leary no estuvo entre aquellos presentes a la hora de su muerte (pues él mismo no es muy claro al respecto) es una carta que el 21 le dirige desde Santa Marta el coronel Belford Wilson, quien ya había retornado de Inglaterra para reunirse con Bolívar, a un corresponsal de nombre James Duncan, en la cual le dice que "O'Leary acaba de llegar ahora mismo, infelizmente demasiado tarde". Por su parte, sin aportar mayores detalles, O'Leary simplemente apuntará en su *Narración*: "Destrozado el corazón y bañado el rostro en lágrimas vi bajar sus restos mortales a humilde fosa en la catedral de Santa Marta".

Tras la desaparición del caraqueño, el bolivarismo, huérfano de aquel apoyo único e insustituible que negaba ahora y para siempre la imposible perpetuidad física de su creador, quedaba a merced de las reacciones adversas de aquellos que desde Bogotá no ahorrarían vejamen, ni insulto ni molestia hacia sus principales partidarios. Y, lógicamente, O'Leary figuraba muy alto en la lista para no verse condenado a formar parte del capítulo de tormentos que estaba pronto a abrirse contra aquel reducto de fieles que se había dado cita en torno al catafalco del Libertador en la costa atlántica colombiana.

Jamaica y *las Memorias*

La historia de los destierros venezolanos del siglo XIX tuvo como principal protagonista a las islas mayores del Caribe. La razón es simple: para los exiliados de entonces, aquellas islas no eran boyas perdidas en medio de la nada ni tampoco cárceles flotantes, sino más bien lugares desde los cuales se podía seguir de cerca el curso de los acontecimientos que iban teniendo lugar en tierra firme y donde, con un poco de suerte, hasta se podía incluso sobrevivir.

Al igual que ocurrió con el propio Bolívar, quien recaló en Curazao en 1812, Jamaica en 1815 y Haití en 1816, el elenco mayor del partido que ahora partía de Colombia abatido por la desgracia –Mariano Montilla, Pedro Briceño Méndez, Daniel F. O’Leary, a la par de algunos coroneles y oficiales de menor graduación– transitará la ruta de las islas aledañas para atar su suerte a las incertidumbres del exilio.

Hacia mediados de enero de 1831, cuando los vecinos de Maracaibo se enteraron del fallecimiento de El Libertador, el gobernador de esa Provincia, Juan Antonio Gómez, consideró la noticia como el más poderoso motivo para el regocijo. Eso de por sí resulta ya un indicio muy revelador de los sentimientos que regían para el momento. Por otra parte, a pesar de que en Bogotá el presidente Urdaneta convocara al

Congreso para tratar de hacer frente a la situación que venía arreciando tras la muerte de Bolívar, apenas faltará poco para que su propio régimen sea desconocido por el fuerte impulso que venía cobrando la reacción antibolivariana. Por doquier arreciaba la marejada, y los territorios de la costa no podían ser una excepción en medio de tanto tumulto. En Cartagena, adonde O'Leary había regresado tras el velatorio de El Libertador, terminó estallando a los cuatro meses un motín que cobró tal grado de repercusiones que hizo imposible que Mariano Montilla, quien desde 1828 actuaba como Jefe del Departamento del Magdalena, reuniese el número de fuerzas suficientes para someterlo. Al final se acordó la rendición de la plaza y fue justamente O'Leary, ducho en estas cuestiones de armisticios, a quien Montilla comisionó, aunque ésta vez no para ofrecer sino aceptar una propuesta de capitulación. A raíz de tal capitulación –verificada el 23 de abril de 1831– los principales exponentes del bolivarismo se vieron forzados a abandonar Colombia de inmediato.

Tras la muerte de Bolívar, lo único que tal vez prolongó las ilusiones de O'Leary fue el empeño de creer que el gobierno de Urdaneta podía durar mucho más allá de lo que insinuaba la realidad. Tanto que, poco antes de que estallara la insurrección en la costa, había aceptado trasladarse al Sur, vía Panamá, con amplias facultades concedidas por el gobierno de Urdaneta para que se pusiera a la cabeza de un movimiento que intentaría recuperar Ecuador para Colombia, donde desde mediados de 1830 se había constituido también, al igual que en Venezuela, un gobierno independiente bajo el mando del venezolano Juan José Flores. O'Leary aceptó esa comisión en febrero sin imaginarse que dos meses más tarde se vería aventado al exilio. Sólo por tanta confianza ilusoria se explica que se viera impelido a marcharse de Colombia sin haber puesto al día los sueldos que aún se le adeudaban y, al mismo tiempo, que hubiese demorado en pedir que se le reintegraran unos préstamos que había dejado pendientes en Bogotá. La situación, pues, no podía ser más desesperada cuando el irlandés se vio llevado a colocar ambos pies sobre la rada de Cartagena. Para colmo, dos nuevas le

complicarían el ánimo: la muerte de su padre en Cork, de cuya noticia se impuso por aquellos días; y el nacimiento de una segunda hembra –Bolivia Teresa se llamaría–, a la cual debía dejar atrás junto con Soledad, Mimí y el único varón, Simón, mientras zarpaba en busca de algún destino.

Su más temprana decisión debió llevarlo a Nueva York, según consta por sus cartas, pero la escogencia final de Jamaica fue quizá el resultado de dos razones que debieron convencerlo por la lógica que entrañaban: en primer lugar, si apenas cargaba por todo patrimonio con alguna escasa ropa y dos retratos de El Libertador (como para no abandonar su fidelidad), debió pensar en lo difícil que sería ganarse la vida en los Estados Unidos, comparado con la posibilidad de hacerlo en aquella isla británica donde había ido a cumplir una misión comercial en 1821; en segundo lugar, mientras no definiera la suerte de los suyos, siempre podría estar más cerca de Cartagena para cuando ya fuera posible trasladar a toda la familia hasta aquella isla. Conforme a estas previsiones, seis meses después, Soledad y el resto de la tribu se reuniría nuevamente con Daniel Florencio en Kingston, donde el ex edecán había logrado colocarse en una casa de comercio a pequeña escala. Las paradojas de las cuales está hecha parte de la vida de O'Leary no defraudan tampoco en este punto: no llegó a embarcarse para los Estados Unidos debido a su estado de penuria y, sin embargo, menos de un año antes, debía haberse trasladado a aquel país en calidad de Ministro Plenipotenciario de Colombia. Al mismo tiempo, llegaba a Jamaica por segunda vez en su vida, pero ya no con las manos libres para contratar vituallas y uniformes para el Ejército Libertador como se lo había permitido su rutilante comisión de 1821, sino prácticamente mendigando algún acomodo entre los comerciantes ingleses. De paso, para alguien que como O'Leary había tildado al comercio como “una carrera fundada en el engaño” desde que se viera enredado en aquellas compras de pertrechos, pocas esperanzas podía sacar para un futuro estable vendiendo bagatelas en Kingston. Para hacer las cosas aún más penosas, la Jamaica con la que venía a reencontrarse diez años

después era una isla arrasada por la furia y la fiebre, es decir, la furia de algunas insurrecciones de esclavos y la fiebre amarilla, empeorado todo ello por la siniestra visita de otra epidemia, el cólera morbo. Sus cartas del interludio jamaquino, que durará poco más de dos años, entre mayo de 1831 y fines de 1833, serán un reflejo de aquella secuencia de calamidades, sumado naturalmente a las mortificaciones que le deparaba la falta de medios de sustento. A tanto habría de montar el desespero ocasionado por mil molestias distintas que O'Leary llegó a referirse a Jamaica como una "isla maldita".

Como quiera que sea, su situación terminó viéndose relativamente aliviada gracias a que los préstamos que tenía represados en Bogotá comenzaron a afluir y, no menos, a que su cuñado Carlos Soublette en algo consiguió mitigar la penuria girándoles dinero desde Caracas, donde ya se desempeñaba como Secretario de Guerra y Marina de la flamante República de Venezuela.

Pero Jamaica, a pesar de su carácter "maldito", será esencial en la vida de O'Leary, puesto que desde que abandonó Colombia para radicarse en aquella isla lo hizo resuelto a consagrarse al gigantesco esfuerzo de iniciar la clasificación de los papeles de Bolívar, de cuyo afán saldrá a la larga la compilación de las *Memorias* y la redacción de la *Narración*, concebido todo ello originalmente como una monumental biografía de El Libertador. Algo, empero, es menester agregar para entender un motivo adicional que el irlandés pudo haber tenido en mente para escoger a Jamaica como lugar definitivo de su destierro.

Habiéndose dejado sin efecto la disposición testamentaria según la cual Bolívar había resuelto que su archivo fuera dado a las llamas, el comerciante francés Juan Bautista Pavageau, primer custodio de los papeles, salió de Cartagena con los diez baúles que conformaban aquel depósito el 15 de diciembre de 1830, o sea, dos días antes de la muerte de El Libertador. Pavageau recaló precisamente en Jamaica, donde más tarde terminaría entregándole los baúles al albacea de Bolívar, Juan Francisco Martín, quien había viajado junto con O'Leary hasta aquella isla. Allí, conforme a una razón que no luce del todo aclarada por nin-

guno de los protagonistas, Martín procedió a dividir el contenido del Archivo en tres partes, una de las cuales se le haría llegar a Pedro Briceño Méndez –quien, entre otras razones, había sido uno de los secretarios personales más allegados a Bolívar–, cuyo exilio lo llevó a recalar en Curazao; de un segundo lote, integrado fundamentalmente por documentos de carácter oficial, se haría cargo el propio albacea, quien luego se lo llevaría consigo a París; y una última sección, la más nutrida de todas, que comprendía los años 1819-1830, la conservó O’Leary. Sólo en el siglo XX, por obra del eficaz empeño del historiador Vicente Lecuna, las tres partes volverían a verse reunidas para formar en Caracas lo que hoy se conoce como el “Archivo de El Libertador”.

O’Leary, como se ve, contaba para trabajar con buena parte de aquel inmenso tesoro, pero se vio precisado a recurrir en algún momento a Briceño Méndez y, por la misma vía, a toda clase de allegados al Libertador para solicitarles papeles e, incluso, apuntes y memorias personales para llenar aquellos claros –como apunta él mismo– que de otro modo “es sensible no poder llenar”. Por este camino entabló contacto con algunos de los hermanos del Mariscal Sucre a fin de que le proporcionaran noticias de su carrera militar anteriores a 1819. Con igual propósito recurre a los “veteranos” británicos, como el ex edecán Belford Wilson, y a Richard Murphy, cirujano irlandés de la Legión Británica afincado en Puerto Cabello, a quien especialmente le encarece el rescate de viejos ejemplares del *Correo del Orinoco*. Mariano Montilla también le allega los legajos que conservaba, así como Rafael Urdaneta puso en sus manos copias de los suyos.

Pero donde mejor se refleja el lento y agónico trabajo de reconstrucción de aquella pléyade de papeles es en el intercambio epistolar que durante la estancia en Jamaica mantuvo con su cuñado Soublette. Desde un principio –y así se lo aclara en sus cartas– precisa no haber tenido nunca la intención de publicar nada de lo que llevaba escrito sin antes consultarlo con él y Pedro Briceño Méndez. “Y todavía me mantengo en la misma idea”, le apunta desde Kingston, ya para febrero de 1833. A él no sólo le venía pidiendo insistentemente aquellos

documentos que obraran en su poder sino que creía posible llegar, a través suyo, a los papeles que tal vez pudiese conservar el propio presidente Páez u otros venezolanos como Fernando Peñalver.

Un aspecto que de paso convendría comentar es el hecho de que O'Leary no se contentaba con la simple remisión de los documentos, sino que esperaba que aquellos a quienes se los solicitaba fuesen capaces de responder a sus interrogantes sobre cuadros y episodios que para el irlandés permanecían fuera del alcance de toda revelación documental. Así, por ejemplo, con Soublette serán reiteradas sus súplicas para que le aclarase específicamente, desde la óptica de su testimonio personal, dos episodios que le lucían difíciles de juzgar: el “asunto” de Piar, es decir, el juicio y ejecución de Manuel Piar en 1817, y otro que rozaba a Soublette muy de cerca, “el asunto del Libertador con Miranda cuando fue arrestado”, dado que su cuñado había sido edecán del Generalísimo cuando tuvo lugar su confusa detención en La Guaira en julio de 1812.

Otro aspecto que conviene destacar es la forma tan meticulosa como O'Leary concebía su método de trabajo personal y, en tal sentido, el bibliógrafo Pedro Grases, quien tuvo a su cargo una reedición de la *Narración*, apunta que los manuscritos están concebidos “en letra muy cuidada, en columnas estrechas como para dejar margen a las enmiendas y adiciones”. Más adelante, en la misma “advertencia editorial”, Grases se apura a despejar otro dato revelador: una parte de los cuadernos originales estaba escrita en español y otra en inglés, “por lo que hay que inferir –agrega– que O'Leary escribió en ambos idiomas indistintamente”. Por último, cabe decir algo respecto al no siempre exitoso empeño, reiterado en sus cartas a Soublette, de querer que sus “noticias sobre la vida del Libertador sean correctas o imparciales”. Lamentablemente, estas palabras de O'Leary se ven negadas por el fervor admirativo que terminan desbordando muchas de sus páginas. De hecho, más esplenden los colores del panegírico que los tonos oscuros que en algunos casos le habría exigido la realidad que pretendía captar a la hora de juzgar las actuaciones de Bolívar. Pero no podemos

formularle tanto reproche a quien de antemano fijó el siguiente artículo de fe entre sus confesiones a Soubllette:

Tampoco me he arrogado el oficio de censor ahora que todo el mundo encuentra errores de concepto, faltas políticas, poco juicio y menos cálculo en la conducta del Libertador. Confieso que yo no encuentro sino genio, grandes talentos y sublimes pensamientos, y sobre todo, muchas y espléndidas virtudes.

El resultado de todo aquel trajín con las amistades aventadas al exilio en distintos puntos del Caribe o que obraban al servicio de Venezuela (e, incluso, algunos que lo hacían al servicio de Santander ya restablecido en Colombia) lo sintetiza el mismo O'Leary en la "advertencia" al primer tomo de su *Narración*:

Muerto el Libertador y destruida su grande obra, me retiré a Jamaica, y allí me dediqué a arreglar los papeles y a escribir mis Memorias. Los albaceas del Libertador me dieron su archivo; y Soubllette, Salom, Urdaneta, Flores, Montilla, Heres, Lara, Wilson y otros muchos amigos míos, se apresuraron a enviarme los datos que les pedí, para publicar durante mi permanencia en aquella isla los que yo había reunido, y que, apoyados en mis documentos y en autoridades tan respetables, sirvieran para confundir a los detractores de Bolívar, tanto en América como en Europa.

Como ya se ha dicho, la idea inicial que pudo haber animado a O'Leary era en realidad la composición de una extensa biografía de Bolívar, para lo cual el propio autor conservaba estampas parciales que desde los tiempos de Colombia había ido insertando en diversos periódicos extranjeros que le habían solicitado este tipo de semblanzas para sus páginas. Fuera por la razón que fuere, aquello que pensó en llamar *Vida de Bolívar* o *Noticias sobre la vida del Libertador* terminó dándole paso a una empresa más ambiciosa: las *Memorias* y la *Narración*, esfuerzo del cual si bien no están exentas cientos de páginas consagradas a Bolívar, trasciende los límites que originalmente se propuso el autor hasta conver-

tir todo aquello en una crónica mayúscula, en el sentido más literal del término, de la emancipación suramericana.

Al cabo, la afanosa insistencia fue rindiendo sus frutos. Sin embargo, la recopilación de tan rico caudal de documentos y hasta las repetidas correcciones de la *Narración* le consumirán muchos años más de vida. Así, por ejemplo, incorporará a las *Memorias* un importante número de piezas que en 1835 le habría de ceder el general Pablo Morillo cuando, en compañía del propio Soublette, O'Leary lo visitó en su retiro de La Coruña, donde el otrora "Pacificador" conservaba legajos enteros de documentos interceptados a los insurgentes mientras estuvo al frente de las campañas en Venezuela y Nueva Granada entre 1815 y 1820. En Caracas O'Leary hará iguales esfuerzos por aumentar el acervo de papeles y corregir sus cuadernos, lo mismo que más tarde en Bogotá, al final de su vida. Todo aquello quedará inédito hasta que su hijo Simón Bolívar O'Leary le ofrezca en venta al Gobierno de Venezuela los papeles compilados y el general Guzmán Blanco decreta su publicación entre 1879 y 1888.

Un año más tarde sin embargo, por razones que tendrían que ver directamente con la reacción antiguzmancista, la culminación de aquella obra impresa, como muchas otras iniciativas emprendidas por Guzmán Blanco, quedaría indefinidamente relegada al suspenso.

El diplomático irlandés al servicio de Venezuela

Jamaica lo había visto consagrarse a su labor como memorialista y también, una vez más como libelista, lanzando dicterios contra Santander en las gacetillas locales que siempre hallaban un camino para llegar hasta Colombia y, misteriosamente también, para que el propio Presidente se enterara del tenor de tales ataques aunque no los respondiera. Como antes de Jamaica, la rivalidad y el encono hacia Santander no lo abandonarán. Éste seguirá siendo, durante muchos años más, la némesis de O'Leary, quien no cesará de calificarlo como "reinoso", "monstruo" e, incluso, como "Sandemonio", cada vez que se entere de alguna noticia que desde Bogotá le dé pábulo para deshacerse en epítetos de toda laya en su contra.

Ahora, a partir de fines de 1833, habrá de cumplir una condición muy rara dentro de los anales diplomáticos. Desde ese año hasta 1840 entrará al servicio de la diplomacia venezolana; por otra parte, desde 1841 y, de manera interrumpida, hasta el año de su muerte, en 1854, hará otro tanto, pero al servicio de la diplomacia británica. Esto, como podrá suponerse, pondrá una marcada ambivalencia en sus lealtades y actuaciones, especialmente en relación al compromiso subconsciente hacia su origen inglés. A decir verdad, ningún otro veterano británi-

co asumió esta condición excepcional. La doble nacionalidad fue, por tanto, una carta muy privilegiada en la vida futura de O'Leary. Para bien y para mal, aunque suene obvio decirlo. Porque una cosa era haber sido edecán del Libertador y ahora agente diplomático del gobierno de Páez, y otra muy diferente entrar a jugar a favor de los intereses inmutables del Imperio británico.

Lo cierto es que luego de dos años de permanencia en Kingston los O'Leary se plantearon la posibilidad de establecerse en Caracas. Al principio, la idea llegó a insinuarse con cierta timidez y vacilación en noviembre de 1832; pero, para marzo del año siguiente, Daniel Florencio será más preciso a través del tenaz impulso que cobra el tema en las cartas dirigidas a su cuñado Soubllette: "Tenemos muchos deseos -Soledad naturalmente más que yo- de irnos a Caracas, y estos deseos se aumentan con los buenos avisos que vienen de ahí". Esta decisión sólo puede hallar su origen en el hecho de que, como suele ocurrir con las persecuciones políticas, el tiempo se había encargado de corregir los excesos. El caso es que en Venezuela, donde el general José Antonio Páez ejercía a un tiempo el mando sobre el país y sobre su potente voz de barítono al lado de Barbarita Nieves, los ánimos habían empezado a serenarse un tanto y comenzaba incluso a insinuarse una somera rectificación hacia la memoria de Bolívar. Además -como tan acertadamente apunta Manuel Pérez Vila- "Calladamente, Soubllette ejerce al lado de Páez un papel moderador, y contribuye más que nadie a calmar las pasiones". Así, la Caracas con la que O'Leary habría de reencontrarse, luego de haberla visitado fugazmente al concluir la contienda en Carabobo en 1821, no era la misma que hasta hacía poco -según lo supo en Bogotá por partidarios de Bolívar- había exhibido pasquines denigratorios contra El Libertador en las fachadas de sus principales casas.

Sin duda, mucho peso debió tener en aquella decisión la figura de quien ejercía en esos momentos el cargo de Secretario de Guerra y cuyo nombre, en un futuro próximo, se vislumbraría como posible contendiente presidencial dentro del elenco paecista.

Más allá desde luego del parentesco familiar que lo unía al potencial Presidente, O'Leary no fue el único en acoplarse a lo que dictaba el nuevo estado de ánimo: Fernando Bolívar, sobrino del Libertador, Pedro Briceño Méndez, Mariano Montilla, los hermanos Ibarra, Peru de Lacroix y hasta el médico tratante de Bolívar en sus últimos días en Santa Marta, Próspero Réverend, se acogieron al mismo clima de tímida pero sincera reconciliación que comenzaba a instalarse en Venezuela a través del decreto expedido en febrero de 1833, por medio del cual se permitía la reincorporación de los expatriados a la vida nacional.

El regreso de Kingston se vio solamente accidentado por una circunstancia familiar: a O'Leary, quien siempre había mostrado aptitud para tener hijos en las circunstancias más difíciles, le tocó ver nacer a un nuevo integrante de la casa –que sería bautizado como Carlos– en plena navegación en alta mar. Descontando lo que en apariencia fue motivo de angustia pero, en el fondo, de regocijo familiar, los O'Leary terminaron desembarcando en la rada de La Guaira con todos sus enseres, incluyendo el nuevo vástago, en junio de 1833.

Los primeros seis meses en Caracas –justamente los últimos seis meses de 1833– los pasará puliendo sus cuadernos con los nuevos datos suministrados por todos aquellos con los que había vuelto a reencontrarse y con quienes solamente había mantenido hasta entonces un intermitente contacto epistolar desde Jamaica. Luego de lo cual, su cuñado Soublette creará llegado el momento para recomendarlo al ejercicio de las aptitudes que le eran innatas como diplomático. El caso era que, en ese momento, una doble misión se le imponía a la política exterior del saliente presidente Páez: por una parte, la noticia del fallecimiento de Fernando VII en Madrid, en septiembre de ese año 1833, auguraba la posibilidad de abrir negociaciones con España que condujesen al reconocimiento definitivo del Estado venezolano; por la otra, la renegociación en Londres de todos los acuerdos que requería la nueva República, dado que ésta apenas venía actuando desde 1830 como simple tributaria de todo lo que anteriormente había sido estipulado en forma común para la vieja Colombia dentro del

tratado mediante el cual Gran Bretaña había reconocido su existencia en 1825. Al mismo tiempo, la buena pro de Londres hacia la vida autónoma del país siempre podría servir para proclamar a Venezuela ante el resto de Europa.

La designación como jefe de la comitiva diplomática recayó sobre el inveterado partidario de Bolívar, general Mariano Montilla, a quien el Consejo de Gobierno designó como Enviado Extraordinario en Gran Bretaña y Francia, y con el encargo de trasladarse a España, si se veía autorizado a ello, para iniciar las conversaciones. A O'Leary, entretanto, le cupo desempeñarse como secretario de la misión. Es puntual y atinada la conjetura que a tal respecto plantea su biógrafo Alfonso Rumazo González: "Cabe suponer que, de haber nacido en Venezuela, a él se le hubiese confiado directamente la jefatura de la misión, y no a un general que carecía de la necesaria preparación para tan difícil empeño. Le hicieron secretario, y él aceptó". La doble misión a Londres y Madrid lo alejarían de Caracas y de su familia durante seis años, hasta 1840. El por qué dejó atrás a Soledad y a los hijos es algo que quizá sólo puedan explicarlo los usos y costumbres de las misiones diplomáticas de aquel entonces. Lo cierto es que los dejó a todos al cuidado de Soublette para que defendiese su situación económica y, también, para que velara por la educación y el carácter de los cuatro vástagos. "Cuideme usted a mis pequeños salvajes", fue una frase que integró a la cálida despedida que le tributó su cuñado.

Las ventajas de entenderse con Lord Palmerston

Ministro y secretario se embarcan en La Guaira en enero de 1834. En Londres, la primera escala de Montilla y O'Leary, no todo será una luna de miel con el gobierno de la insula. Existían muchos problemas pendientes, más aún cuando se trataba de insistir sobre la existencia de Venezuela como país autónomo.

Una valiosa ayuda en la capital británica para colarse entre los intersticios del poder lo constituyó la presencia de Leandro Miranda, hijo primogénito del Generalísimo y amigo personal de O'Leary desde

que ambos coincidieron algunos años antes en Bogotá. Miranda será, ni más ni menos, el intérprete de los sentimientos que albergaba el Ministerio británico con respecto a las aspiraciones venezolanas. O'Leary mismo habrá de ponderar sin reservas la ayuda prestada por Leandro cuando los representantes de Caracas debieron ponerse en contacto con sus pares del *Foreign Office*. Tales sentimientos, como se encargó de aclararlo Leandro Miranda, hacían pensar que en el Gabinete de S.M. Británica persistía una opinión más bien favorable a la idea de que la vieja Colombia diera lugar a alguna suerte de confederación más que a la existencia de diversas Repúblicas autónomas e independientes. La razón era que Gran Bretaña temía por imprácticas las consecuencias que podían derivarse de negociar temas tan diversos como el de la deuda común entre los tres Estados que habían integrado la vieja Colombia, y que ahora debía dividirse en términos más o menos engorrosos para su liquidación. Esta resistencia inicial por parte de Londres contribuyó a dificultar el desempeño de la misión, puesto que se prestó para que en Venezuela, a fin de crearles dificultades con Páez, hubo quien dijera que Montilla y O'Leary, bolivarianos incorregibles, trabajaban secretamente en complicidad con los ingleses para la reconstrucción de la unión colombiana.

Sin embargo, luego de muchas agonías, el resultado concreto de esta primera etapa de la misión que consumirá seis meses entre mayo y octubre de 1834 serán los preliminares de un acuerdo con el Gabinete del Vizconde Palmerston que mantendría vigente para Venezuela muchas de las prerrogativas acordadas a la vieja Colombia.

El caso de España era muy diferente al inglés. Allí lo que se buscaba ante nada era el reconocimiento de la nueva República, más que la discusión de tratativas que condujeran a cimentar una relación compleja y pluritemática, como en el caso de Gran Bretaña. Arrancarle a España el mero reconocimiento era ya un objetivo lo suficientemente importante en sí mismo puesto que, como lo explica el historiador Manuel Rodríguez Campos:

Se trataba de que el único poder con títulos suficientes e indiscutidos para negar al país su derecho a existir como nación soberana aceptara haber perdido su Imperio y, en consecuencia, declinara tales títulos. Si bien esto puede parecer hoy una formalidad, ello tenía el valor jurídico de liquidar una situación teórica de dependencia aceptada por las demás potencias de entonces en el Derecho Internacional Público.

Por eso, la experiencia española irá a contramano de los éxitos obtenidos durante la primera etapa de la gira. Para comenzar, la misión no llegaría ni siquiera a pisar Madrid. Antes bien, todos los esfuerzos se redujeron a una serie de entrevistas con el Embajador español en Londres, “y de las conversaciones que sostuvieron –apunta también Rodríguez Campos– quedó la certeza de que Montilla sería bien recibido en Madrid para considerar el asunto”.

Lo que ocurría era que en aquella Corte el clima no podía ser más desfavorable. Más que todo por razones que escapaban en ese momento al ánimo de los mismos negociadores. Esto se debió, por una parte, a que la reciente muerte de Fernando VII no tardó en desatar el conflicto sucesoral conocido como “las guerras carlistas” que sumirían a España en un nuevo ciclo de guerra civil durante cinco años; por la otra, también conspiró contra toda perspectiva de éxito la súbita remoción de la que fuera objeto el general Montilla por parte de la Cámara de Representantes de Venezuela. Si bien se trató en este caso de razones políticas (aunque también se alegó el clásico expediente de la falta de fondos), a Montilla se le negó la partida necesaria para el pago de su sueldo como Ministro Plenipotenciario en Europa, de sus acompañantes y para el sostenimiento mismo de la misión. Esta trágica majadería criolla habrá de dejar al secretario O'Leary a la deriva durante algún tiempo. Haber desperdiciado tan favorable coyuntura, cuando ya el Embajador español en Londres había allanado parte de las dificultades, hará que el irlandés se queje amargamente sobre el mal paso que significaba para la joven República este tipo de diplomacia fundada en inconsistencias y veleidades.

Una excursión a Irlanda

Pero O'Leary sabrá sacarle provecho al naufragio momentáneo y para ello viajará de regreso a Irlanda, por primera vez, luego de diecisiete años de ausencia.

Su primera impresión, como todo aquel que ha estado ausente de su lugar de origen durante mucho más tiempo del necesario o recomendable, era que todos habían envejecido abismalmente en su ciudad natal. Había partido a los 18 años como voluntario de un regimiento; ahora, pasados los 30, regresaba convertido en general, diplomático y edecán del más conocido de los suramericanos. Naturalmente, O'Leary no pudo ser mejor recibido por el despliegue de elogios que le tributaron diversos periódicos de Cork, uno de los cuales –para que no quedara duda de quién era el que retornaba– apuntó, exagerando el parentesco de O'Leary, que aquel general, que se había convertido en sobrino del Libertador por vía del matrimonio con Soledad, había nacido “en esta ciudad”.

En Cork ya había muerto su padre y tres hermanos, pero el reencontro con su madre, ya anciana, y las hermanas sobrevivientes, debió llenar un capítulo de muy hondas emociones a su paso por Cork. El itinerario completo de este viaje es bastante vago pero también debieron acudir a verlo, tanto en Cork como en Dublín, veteranos de la Legión Británica, parientes de voluntarios, amigos de su padre, conocidos y simples curiosos. La estada en Irlanda también lo llevó a reunirse de nuevo con Daniel O'Connell, el “viejo amigote” de la familia, cuya carrera política lo condujo hasta una encumbrada posición en la Cámara de los Comunes en Londres, donde O'Leary ya lo había visitado varias veces durante el curso de las negociaciones de Montilla con el Gabinete de Palmerston. “Todo fue tema para sus conversaciones”, apunta Pérez Vila: Irlanda, la política británica, Bolívar, América, los proyectos del edecán metido ahora en una embajada ante la Corte británica. O'Connell debió sentirse por lo menos satisfecho al pensar que su verbo encendido había llevado al joven Daniel Florencio a recalar en tierras tan lejanas a favor de su preciada religión de la libertad,

algo que él mismo no alcanzaría a ver prosperar plenamente en su propio país.

En las conversaciones con O'Connell –lo sabemos por sus cartas–, Daniel Florencio llegó a pasearse seriamente por la posibilidad de obtener un empleo permanente en Europa e, incluso, de verse tentado por primera vez a conseguir una posición estable en el servicio exterior británico. Sin embargo, a su regreso a Londres, resolvió sondear a Soubllette por vía epistolar acerca de la posibilidad de que se le ofreciera el rango de Cónsul mientras se prolongaba su encargaduría al frente de la misión que había quedado vacante. Entretanto O'Leary aprovechó para cruzar el Canal de la Mancha y excursionar hasta la capital francesa. Pero a pesar de que respecto a la idea del consulado no recibió respuesta, la suerte no le sería del todo esquiva cuando vino a enterarse en París que el Gobierno había designado nada menos que a su propio cuñado Soubllette como Ministro Plenipotenciario en sustitución de Montilla.

En la corte de Madrid

Fracasada su candidatura presidencial en comicios que habrían de asegurarle el triunfo al doctor José María Vargas, Soubllette se trasladará a Londres, también sin su esposa, para desde allí retomar las gestiones que quedaron pendientes con la interrupción que sufrieran tras la partida de Montilla. El general, de 46 años por aquel entonces, llegó a la capital británica en abril de 1835 no sólo con los sueldos y gastos de la misión bien acomodados de antemano, sino portando bajo el brazo la ratificación de O'Leary como secretario.

En Londres había ocurrido entretanto un brusco cambio de gobierno. La caída de Palmerston se vio seguida por la formación de un nuevo Gabinete a cuya cabeza figuraba ahora el “Duque de Hierro” de la política británica, Sir Arthur Wellington. A través de él Soubllette se enteró de la buena disposición que no había variado con el nuevo régimen en el sentido de fomentar todo acercamiento entre Madrid y sus ex dominios de ultramar. En términos bastante claros, el Primer Mi-

nistro le dejó caer al nuevo enviado venezolano que estaba dispuesto a que la Legación británica en Madrid lo auxiliara en todo lo atinente al tratado de paz.

La complejidad que Soubllette pretenderá imprimirle a las negociaciones hará que, por lógica, éstas trasciendan los esfuerzos que se habían encaminado hasta entonces en pos del mero reconocimiento por parte de España. “El comercio y la emigración hispanos, para no hablar de otros intereses más elevados –acota Pérez Vila–, hallarían grandes ventajas en la comunicación pacífica con las que fueron otrora colonias del poderoso imperio ya dislocado. Ventajas, a decir verdad, recíprocas, pues España seguía siendo uno de los principales consumidores del cacao, el café y el tabaco de estos países”. Por ello, llegado a Madrid, Soubllette propondrá un proyecto de tratado donde no estará ausente la obligación de otorgarse recíprocos privilegios de navegación y ventajas comerciales.

Por ello es fácil imaginar lo desconcertante que debió resultar para los dos cuñados pasar diecinueve meses en la capital española y salir de allí con las manos prácticamente vacías. Pero antes de convertirse en un capítulo más del desaliento que signó unas relaciones que no habrían de hallar su cauce definitivo hasta diez años después, Soubllette y O’Leary hicieron el viaje desde Londres y desembarcaron en la Coruña en marzo de 1835. Allí será donde visiten a Pablo Morillo, quien como Capitán General de la región y partidario de la reina María Cristina, había sabido preservar a Galicia de las “guerras carlistas” que incendiaban otras provincias del norte de España. Morillo no sólo era de los que aconsejaba “el reconocimiento llano y liso de la independencia” sino que, como ya se comentó, le obsequiaría a O’Leary un importante legajo de documentos para que continuase su obra como compilador de los papeles relativos a la vida del antiguo adversario del “Pacificador”. El trayecto desde la Coruña hasta Madrid los llevará a atravesar los reinos de Galicia, León y las dos Castillas viajando en diligencia tirada por mulas. Al cabo, los fatigados viajeros verán compensadas todas sus desdichas una vez que divisen Madrid “en medio

del árido desierto que la circunda”, como lo apunta O'Leary en algunas de sus cartas de viajes.

Si bien Soublette y su secretario no tardaron en entablar conversaciones con un selecto elenco de figuras muy influyentes dentro del Gabinete español, pronto se hicieron sentir las dificultades. Volvamos por un momento a Manuel Rodríguez Campos quien como nadie explica las razones de fondo que conllevaron al fracaso de esta segunda misión diplomática. Según el historiador, el Primer Ministro de Estado del reino, con quien Soublette sostuvo sus primeros encuentros a partir de abril de 1835:

Expuso que por haber sido el imperio español, de hecho y de derecho, una sola nación, (...) España había librado guerras en Europa para defender la integridad territorial, motivo por el cual contrajo deudas cuantiosas cuyo monto debía prorratearse para su pago entre los dominios que se separaron para constituir nuevas naciones. (...) También presentó el Ministro la propuesta de indemnizar a los súbditos españoles por los daños y perjuicios sufridos con la confiscación de sus bienes durante la guerra de independencia.

Este “prorratio” de la deuda española se convertía en una condición totalmente inaceptable para Soublette, quien muy conscientemente se adelantó a advertir en sus comunicaciones a Caracas que el hecho de aceptar tal exigencia pondría a otros Estados hispanoamericanos en la imposibilidad de eludir la cláusula de las indemnizaciones cuando les tocara entrar en tratos con España. El Gobierno de la Regencia demostró una cerrazón asombrosa en este punto, y aunque Venezuela se comprometería años después a tales pagos, Soublette razonaba en ese momento –como señala Alfonso Rumazo González– que tras una guerra de once años, y con la particular ferocidad que revistió en Venezuela “no era posible ni siquiera calcular con exactitud quién le hizo daño a quién”.

Aparte de las pretensiones inaceptables que comportaba el tema, amén de otros sobre los cuales no podía hallarse entendimiento posible porque no estaban previstos entre las instrucciones que traía el

negociador venezolano, la realidad española no dejó de mostrarse mezquina en todo momento. El caso era que la guerra, que de vez en cuando amenazaba con tocar las cercanías de la propia Madrid, conllevó a constantes mudanzas en los principales hombres del poder, de modo que todo lo que de sustantivo podía avanzarse con algún interlocutor del alto Gobierno debía iniciarse completamente de nuevo a la llegada de otro. Mariano José de Larra, autor consentido en medio de aquella España dislocada, dio en el clavo de tal atmósfera cuando acuñó en boca de uno de sus personajes la frase: “Vuelva mañana”. Cabe pasearse entonces por lo que debió significar para Soublette negociar con seis primeros ministros a lo largo de su estadía. Razón no le faltó para escribir con indisimulada amargura lo siguiente: “Es imposible el fastidio con que continúo trabajando en este negocio, por la dificultad que opone a su terminación el estado de confusión y agitación en que está el reino”.

Ante la imposibilidad de alcanzar un arreglo definitivo, los diplomáticos optaron por solicitar sus pasaportes para abandonar la corte de Madrid y ponerse en marcha tratando de sortear la guerra civil que ardía por el norte. No sin tropiezos Soublette y O’Leary conseguirán llegar hasta Santander y tomar un vapor que les permitiera desafiar el mal tiempo en la costa cantábrica hasta recalar en Francia. Luego de una breve escala para reponer fuerzas en París, los viajeros siguieron ruta hasta Calais donde, de nuevo, les esperaba mar picado para cruzar el Canal de la Mancha. Con todo y la tempestad tan espantosa que imperaba a ambos lados del Canal, los cuñados lograron desembarcar en Dover y seguir viaje hasta Londres en trineo, en enero de 1837.

El regreso causó tantos estragos que Soublette no tardó en caer gravemente enfermo, abatido por una epidemia de influenza que danzaba por Europa acompañando los naufragios y el mal tiempo. Por casi un mes el hasta entonces Plenipotenciario no podrá abandonar la cama y O’Leary se verá obligado a cumplir –como dice Pérez Vila– “con sus deberes de pariente y amigo”.

Soublette no imaginó empero que tras recobrase, lo alcanzaría una noticia cuyo tenor le llevaría a partir inmediatamente de regreso a Venezuela, dejando de nuevo acéfala la misión en Londres y a O'Leary obligado a permanecer en Europa, aunque esta vez sin verse aquejado por los riesgos del desamparo. Se encontró nada menos con que había sido designado Vicepresidente de la República y, a escaso tiempo, llevado a asumir la Presidencia tras la renuncia del doctor José María Vargas.

Los sótanos del Vaticano

Al igual que ocurriera al término de la misión de Montilla, O'Leary resolvió excursionar una vez más fuera de Inglaterra. Pero lo que debió ser un viaje de recreo terminó convirtiéndose, por obra de algunos giros imprevistos de la realidad venezolana, en otra misión diplomática tan larga como la de Chile en 1824 y tan frustrante como aquella que lo había llevado hacía poco a Madrid en compañía de Soublette.

Salió de Londres en febrero de 1837 provisto de un pasaporte expedido por el *Foreign Office* donde se le calificaba como “an English gentleman”, lo que demuestra –dice Pérez Vila– “que se le sigue considerando ciudadano británico”.

El destino prefijado era la Santa Sede y hacia allá se encaminó tras hacer una breve escala en Bruselas y París. Al entrar a la península por los caminos del norte se permitirá una nota altiva al escribirle a su cuñado Soublette que los formidables Alpes, que por poco acabaron con Aníbal y Napoleón, “han respetado a quien ha estado acostumbrado a luchar con los Andes”. Turín lo lleva a la Génova de Colón y luego a Roma, donde coincide con los oficios de la Semana Santa y donde su catolicismo raigal se ve exacerbado por el fastuoso despliegue de una de las misas pontificales. “No salgo de la iglesia”, apunta en una de sus cartas, deslumbrándose –en otra– con “la riqueza de los trajes del Papa y los Cardenales, los brillantes uniformes de la Guardia (...) Estoy atónito”. Al igual que Johan Wolfgang von Goethe y Francisco de Miranda antes que él, O'Leary va llenando sus libretas con impresiones sobre

el Coliseo, el Panteón de Augusto, las columnas de Trajano y Marco Aurelio, los baños de Caracalla, la imponente vista de San Pedro, las iglesias de San Juan de Letrán y Santa María Maggiore, los palacios de los grandes, las villas en la vecindad de Roma y hasta sobre el Tíber mismo, que lo describe como “muy amarillento”.

Pero no todo fueron giras arqueológicas. La comisión especial ante el Vaticano durará casi dos años, y tendrá su origen en el desarrollo de un incidente cuyos detalles era imposible que el irlandés conociera debido a las comunicaciones infrecuentes que lo separaban de Caracas: la desavenencia entre el gobierno central y el arzobispo Ramón Ignacio Méndez, provocado en parte por el carácter voluntarioso de aquel prelado aunque también, es justo decirlo, por la actitud que venían asumiendo los gobernantes venezolanos en relación con algunos temas sensibles para la Iglesia en aquellos nuevos tiempos de República.

En primer lugar, figuraba el rumbo que tomaría el tema del Patronato Eclesiástico una vez que había dejado de ser patrimonio exclusivo de los reyes de España por concesión papal y cuando los gobiernos republicanos sostenían que, por un elemental principio de soberanía, estaban llamados a ser los sucedáneos de aquéllos con relación a la Iglesia en la América hispana. La Santa Sede, por su parte, consideraba que este expediente era arbitrario y unilateral, y que los gobiernos republicanos debieron al menos haber consultado la venerable opinión de Roma a este respecto. Estaba asimismo de por medio otro tema sensible para el Vaticano: la indefinición que la Constitución venezolana de 1830 había guardado con respecto al carácter de la religión católica. Derivándose de ello figuraba también el tema de la libertad de cultos, propiciada o –al menos– tolerada por el elenco paecista como forma de fomentar una inmigración que atendiera a la falta de industria y comercio en un país cuya economía se había visto desquiciada a causa de la guerra. Y, por último, se atravesaba en este choque todo el pensamiento en materia liberal económica propugnado por los principales consejeros de Páez, que hizo inevitable que se propusiera des-

pojar a la Iglesia de muchos de sus antiguos fueros, propiedades y privilegios, transfiriéndolos para provecho de la nueva economía republicana.

La sonada conducta del arzobispo Méndez al negarse a prestar juramento a la Constitución de 1830 y, en consecuencia, el proceso al que fue sometido y que condujo a su destierro de Venezuela, fue el resultado de la explosiva conjunción de aquellos factores antes enumerados. Fue precisamente su extrañamiento del país lo que en Roma delineó dos posturas diametralmente opuestas: la de la Curia, según la cual sólo el restablecimiento del Arzobispo haría posible avanzar en un Concordato con Venezuela, y la de O'Leary, fiel reflejo del Congreso venezolano, quien sostenía que no debía permitirse el regreso del Arzobispo sin antes verse precedido este gesto por un convenio suscrito con la Santa Sede.

La idea de negociar un Concordato como la forma de paliar los sobresaltos suscitados a raíz de la rebeldía abierta de Méndez, le había sido sugerida a Soublette por el Internuncio en Nueva Granada, y fue ésta la motivación inicial que se tuvo para requerirle a O'Leary que regresase a la ciudad papal y asumiera allí la dirección de estas diligencias diplomáticas que hicieran posible evitar el riesgo de una "guerra religiosa" en Venezuela fomentada por la tenaz actitud del Arzobispo.

Como bien lo apunta Manuel Donís Ríos en su biografía de Ramón Ignacio Méndez, en Caracas se retardó el caso para ver si en ese tiempo O' Leary (encargado por Soublette), lograba llegar a un acuerdo para la celebración de un Concordato entre la República de Venezuela y el Vaticano, posibilidad que se vio obstaculizada en parte por la condición que impuso el Papa Gregorio XVI. para su realización que, como se ha dicho, era el retorno del Arzobispo a su Sede.

"Concordato", a pesar de la sugerencia que dejó caer el Internuncio de Nueva Granada, era un concepto mal visto por el Papa Gregorio XVI, en tiempos en que mucho faltaba todavía para llegar a los de Pío XI, quien fue apellidado justamente el "Príncipe de los Concordatos". Lo cierto es que la actuación de O'Leary será la más temprana escala

dentro del complejo y tortuoso camino que sólo hizo posible la celebración de un Concordato entre Venezuela y la Santa Sede más de un siglo después, en 1964, durante la presidencia de Raúl Leoni.

De cualquier modo, la obstinación manifiesta de O'Leary en este sentido –visto que fue nada menos que un representante de la Iglesia quien recomendó ese camino– lo llevará al cabo a juzgar que en Roma se jugaba con los sentimientos de la nueva nación, apuntando en algún momento que le parecía una especie de burla “lo que se pretendía hacer con el gobierno de Venezuela, a quien un ministro del Papa ofrece un concordato, y cuando aquél acepta la idea como un acto respetuoso hacia la Santa Sede, ésta se niega a hacerlo”.

Estaba claro que el Vaticano tenía ciertas quejas contra Venezuela por sus “innovaciones” en materia religiosa, y esto conllevó a que, con algunas ligeras variaciones dictadas por breves paréntesis de optimismo, las negociaciones permanecieran casi completamente estancadas por obra del caso del arzobispo Méndez. Las conferencias se tornaron largas y O'Leary no halló otra forma mejor para graficárselas a Soublette que diciéndole “esto me ha parecido peor que las citas dadas a usted en Madrid para las doce de la noche”. Si por lo general las cosas de palacio andan despacio, estos negocios cercanos al cielo impondrán a su vez un ritmo todavía más enervante. Como no se decide nada, los expedientes pasan de la Secretaría de Estado de Su Santidad a la de Negocios Eclesiásticos, de ésta a la atención de otro Consejo, luego a una congregación de Cardenales y, de allí, al Papa.

El circuito cuasicelestial lleva a su vez a otros círculos concéntricos hasta desembocar claramente en el ánimo de O'Leary la convicción de que no cabía esperar concordato alguno en vida de Gregorio XVI. Al considerar, a la vuelta de cada entrevista, que la Iglesia lo veía todo desde su lado sin darle cabida a otros razonamientos que facilitasen un entendimiento, la paciencia comienza a cederle paso al desprecio. Las expresiones que el buen católico empieza a destilar en su correspondencia están cargadas de una severidad mayúscula contra la Curia. En una de sus cartas le apunta a Soublette: “Así como el general

Bolívar decía que para hacer un buen patriota de un americano no era necesario otra cosa que hacerlo ir a España, crea usted que para hacer a un buen católico ruborizarse de su religión, basta que venga a Roma”.

Luego de permanecer en la Ciudad Eterna hasta abril de 1839 es preciso cederle lugar al historiador Pérez Vila quien sintetiza lo que sigue en estos términos: “Llegan entonces a sus manos pliegos oficiales salidos de Caracas a comienzos de enero. El gobierno, para cohonestar ante la opinión pública el retiro de su agente en Roma, lo ha nombrado miembro de la comisión tripartita –Venezuela, Ecuador y Nueva Granada– que debe liquidar y distribuir en Londres la antigua deuda de la Gran Colombia”. Canceladas pues sus expectativas de llegar a un arreglo diplomático con Gregorio XVI con respecto al tema del Concordato, O'Leary aprovecha para remitir unos cuantos obsequios ligados a su paso por Roma: un crucifijo para la suegra de Soublette, “curiosamente labrado en la Edad Media por un santo artista, de un hueso de una de las once mil vírgenes compañeras de Santa Ursula”, y algunos rosarios bendecidos por su Santidad. Al parecer, fuera de lo grato que pudo resultarle haber despachado estos obsequios religiosos para sus amistades en Caracas, lo único con lo cual salió ganancioso tras dos años de permanencia en la Santa Sede fue el haber incorporado un excelente dominio del italiano al repertorio de idiomas –el español y el francés– que ya venía manejando con destreza.

De la burocracia celestial a los bonos de la City

De un ambiente donde se respiraba el lenguaje de las dispensas y las bulas, O'Leary pasó a entenderse con otro que tenía como centro de gravitación los bonos, las inversiones y los porcentajes. Los números no eran la pasión de su vida, pero Leandro Miranda fue diligente en tenderle una mano y participar también en las conferencias que se llevaron a cabo con los banqueros de la City.

Resulta preciso recordar que si algún tema ocupó la atención pública entre el primer y segundo gobierno de Páez –con Vargas, Andrés Narvarte y Soublette de por medio– era lo atinente a la antigua deuda

colombiana, cuyo monto predominante era justamente de origen inglés. Ésta se remontaba a los contratos celebrados por Luis López Méndez en procura de auxilios para continuar el esfuerzo insurgente en Guayana y terminó de pesar sobre la vieja Colombia tras el empréstito suscrito por Antonio Zea en 1822 con la compañía británica de *Herring, Graham & Powles*, y por el no menos oneroso firmado por los agentes Manuel Antonio Arrublas y Luis Montoya con la Casa *Goldsmith* en 1824.

Las gestiones de O'Leary se vieron parcialmente retrasadas debido a que el representante de Ecuador –el venezolano Pedro Gual– ya había convenido en las modalidades de reparto que podía tener la deuda, pero sólo se pudo avanzar oficiosamente entre ambos hasta tanto hiciera su aparición en Londres el enviado por Colombia, Manuel María Mosquera. Al final, el retraso no impidió que O'Leary y sus colegas dejaran sentadas las bases de una distribución que, a la postre, determinaría que el 50% de la deuda recayese sobre Colombia, el 28% sobre Venezuela y el 22% sobre Ecuador. Empero, O'Leary no vería el término de estas negociaciones puesto que la segunda presidencia que Páez estrenaba en esos momentos en Venezuela le tendría reservado a otro agente, Alejo Fortique, la liquidación de tales negocios.

El final del mandato de Soublette coincidió con mucho ruido por parte de la prensa opositora con respecto a sus supuestas prácticas nepóticas, y su “hermano inglés” que había sido nombrado para arreglar la deuda de Venezuela “con sus conciudadanos los ingleses” fue un dato que no pudo pasar desapercibido entre quienes pretendieron convertirlo en blanco de sus ataques. Soublette, en vista de ello, le recomendó que presentara discretamente su dimisión. “Ya pasó el tiempo cuando tales injurias me molestaban”, le contestó desde Londres. Lo que realmente le preocupaba, al tocar a su fin aquellos años de actividades diplomáticas en Europa, era verse obligado a regresar a su país de adopción sin ninguna perspectiva de futuro. O'Leary había alcanzado ya los 37 años. Y no tener perspectivas, una vez franqueada esa edad, era quizá lo peor que le habría podido ocurrir.

El diplomático británico en Caracas **y Bogotá**

Cuando O'Leary desembarque en La Guaira junto con el año nuevo de 1840 lo hará con la talega vacía de proyectos. Y también el bolsillo, puesto que se vio incluso en la necesidad de pedirle al nuevo agente Fortique que le adelantase la suma de trescientas libras esterlinas para poder cubrir sus gastos de regreso a Venezuela. Lo único que pudo dejar encaminado en Londres antes de partir fueron algunas gestiones con Daniel O'Connell y, también, ante su amigo Jorge Villiers, embajador británico en Madrid, quienes le dieron fuelle a la idea que había acariciado alguna vez de ingresar al servicio exterior británico. Por lo pronto Caracas lo esperaba con cuatro hijos crecidos –Soledad, la mayor, iba ya por los once años– y con apenas el goce de la tercera parte de su sueldo por los servicios prestados como general.

Aunque las noticias son muy vagas en lo que se refiere a los primeros seis meses de ese primer año de su retorno a Venezuela, todo hace suponer que se dedicó a retomar la compilación de documentos y la redacción de la *Narración* que había quedado prácticamente abandonada durante sus años de errancias diplomáticas por Europa. Ahora agregaría los datos y documentos recabados de parte de Morillo y –apunta Pérez Vila– “obtiene de José Rafael Revenga un tomo de decre-

tos del Libertador impreso en Caracas en 1837. Consulta viejos periódicos y pasa sus manuscritos al general Soublette, quien anota al margen valiosas observaciones sobre acontecimientos anteriores a 1818 que O'Leary no pudo conocer por experiencia personal”.

A pesar de todo, una doble conjunción inesperada (porque O'Leary es, al fin y al cabo, un hombre a quien el azar le ha sonreído muchas veces) le allana el camino al ansiado cargo diplomático. Por una parte, el súbito fallecimiento del cónsul inglés en Puerto Cabello le asegura una vacante acerca de la cual llama la atención de Londres y, poco tiempo después, el cónsul y Encargado de Negocios de S.M.B. en Caracas, Sir Robert Ker Porter, pedirá una licencia a fin de pasar una temporada fuera del país al cual no habrá de regresar porque la muerte no tardará en sorprenderlo también. Antes de partir, Ker Porter habrá recibido la orden de traspasar a manos de O'Leary los archivos de la Legación y las tareas de la rutina consular. Durante ese tiempo, y ello debido a un paréntesis en que no habrá mucho qué aportar a las relaciones bilaterales, el irlandés se ocupará más de las funciones consulares que de la Encargaduría de Negocios propiamente dicha.

De la mano de O'Leary fluirán por aquel entonces numerosos despachos e informes dirigidos al *Foreign Office* dando cuenta del movimiento regular de buques, cifras relativas al comercio y la forma de incrementarlo, remisión de censos, cuadros y estadísticas relativas al comportamiento económico de Venezuela y sus perspectivas para el porvenir, así como acerca de uno que otro incidente relativo a los reclamos de súbditos radicados en el país.

La muerte de Ker Porter, como se ha dicho ya, no tardará en hacer que O'Leary permanezca al frente del cargo aunque sin ratificación oficial. De allí que el propio presidente Páez –el Páez con quien riñó en Achaguas en 1826 y que estuvo a punto de perderlo ante el favor de Bolívar– hubiese resuelto adelantarse y abogar en su favor. Espontáneamente le dirige una carta al nuevo Primer Ministro Conde de Aberdeen donde le dice:

La muerte de Sir Robert ha dejado una vacante y yo, que conozco y he experimentado muchas veces la benevolencia del gobierno de S.M.B., espero que el sucesor de Sir Robert será también nuestro amigo después que nos conozca. Sin embargo, próximo como estoy a cesar en la administración ejecutiva, y deseando dejar garantida para lo sucesivo la buena inteligencia de este gobierno con el de S.M., me atrevo a indicar a V.E. que la continuación del general O'Leary en el desempeño de las funciones que estaban a cargo de Sir Robert, sería sobremanera conveniente.

Páez insistirá al mismo tiempo en haber dado ese paso sin el conocimiento personal de O'Leary. Esto por sí solo hace que su carta cobre un mérito aún mayor.

La reivindicación de Bolívar

Pero lo que sin duda acaparó toda su atención, más allá de los reclamos que imponía la rutina, fue el clima que favorablemente se había instalado en el país y que haría posible el retorno de los restos del Libertador en diciembre de 1842. Si algo no han cuidado de advertir los enemigos que Páez ha tenido en todos los tiempos, es que fue él quien se encargó, vanamente durante su primera presidencia pero con éxito durante la segunda, de lograr que se llevara a efecto este movimiento reivindicativo de la memoria de Bolívar a través de la repatriación de sus restos. Ya en 1833 el Congreso Nacional había expresado su actitud de total negativa ante la petición de semejante traslado, motivado tal vez –como lo apunta José Gil Fortoul– por la circunstancia de que los principales promotores de todas las revoluciones desde 1831 habían “invocado su nombre y principios”. Pero en otras partes corrían también tiempos de reparación pública y hasta Napoleón Bonaparte, dos años antes, había sido restituido a Francia luego de que sus restos moraran en su exilio de Santa Helena. Ahora, la propuesta del general Páez, incluida nuevamente entre los puntos de rendición de cuentas al acercarse el final de su mandato, fue recibida con una actitud muy distinta, menos de diez años después, por parte de las mismas Cámaras Legislativas. Hasta el *Venezolano* –señala el historiador

Nicolás Perazzo—, órgano de la naciente y recia oposición liberal que encabezaba Antonio Leocadio Guzmán, registró el hecho en sus páginas con marcado entusiasmo. Se trataba, como se ve, de una tregua efímera entre gobierno y oposición, centrada sin embargo en un gesto de enorme significado simbólico para el futuro.

Si bien los detalles del traslado de los restos desde Santa Marta hasta Caracas están recogidos por Fermín Toro en su *Descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador*, en la *Autobiografía* de Páez y en lo que aporta Francisco González Guinán en su *Historia Contemporánea de Venezuela*, conviene retener que a O'Leary se le deben dos intervenciones notables, una de carácter circunstancial, y otra más bien perdurable, en lo que atañe a esta “Apología del Héroe”. Había sido él quien convenció a Lord Aberdeen de la conveniencia de que una nave británica se sumara al convoy que haría la ruta trayendo de vuelta a la comitiva venezolana desde Santa Marta, ello en virtud de tratarse, como alegaba O'Leary en su correspondencia a Londres, de una “muestra de respeto hacia la memoria de un hombre de Estado que en toda su vida pública mostró siempre un sincero deseo de mantener estrechas relaciones con Inglaterra”. El otro gesto tendrá, en cambio, la permanencia de la piedra. Será a O'Leary, aunque en este caso por solicitud del gobierno venezolano, a quien se le pida, por haberlo tratado personalmente durante su estancia diplomática en Roma, que entrase en correspondencia con el escultor Pietro Tenerani a fin de comisionarle un monumento consagrado a la memoria de Bolívar. El resultado de tales gestiones es la estatua en mármol que aún puede apreciarse hoy día en el Panteón Nacional, luego de haber sido trasladada al refaccionado recinto por órdenes de Guzmán Blanco en 1876.

Los postes de Su Majestad

Por mayor que fuera su deseo personal, o por más eficaz que fuera la petición de Páez, O'Leary no llegaría a verse plenamente confirmado en el cargo, aunque tampoco hubiese nada qué objetarle al modo en que venía desempeñando sus funciones. Lo que ocurrió fue que tal

como lo dijese el irlandés en otra oportunidad, pero que no obstante se aplicaba perfectamente a las actuales circunstancias, el bocado era muy rico y “algún glotón lo devoraría”. El “glotón” resultó ser en este caso Belford Hinton Wilson, el otro ex edecán de Bolívar que venía desempeñándose hasta entonces como Encargado de Negocios de S.M.B. en Lima. Mucho debió atraerle ese nombramiento en Caracas, tal vez a causa de lo que se decía en aquel entonces con respecto a los hábitos de industria y comercio que comenzaban a hacer que el país fuera atractivo a ojos de los forasteros. Tanta “moda” adquirirá aquella Caracas que pujaba modestamente hacia cierta pretensión cosmopolita, que el propio O’Leary habrá de apuntar en uno de sus informes que: “El alquiler de las casas y el costo de vida no han sido nunca baratos en Caracas y ahora han aumentado con la prosperidad del país y el influjo de los extranjeros”. Es muy probable que Wilson “bregara” el cargo basándose para ello tanto en sus méritos personales como en lo que su padre, el general Robert Wilson (quien había llegado a ocupar una alta posición en la Cámara de los Comunes), pudo llegar a hacer en su favor desde Londres, ventaja con la que el irlandés estaba lejos de contar en aquellos momentos. La designación de Wilson hará que O’Leary tuviese que desplazarse, en contra de su voluntad, a desempeñar funciones consulares en Puerto Cabello, para las cuales había sido originalmente nombrado antes del deceso de Ker Porter.

Previo a su partida hacia la ciudad litoral, O’Leary pudo ser testigo del traspaso del poder por parte de Páez a su cuñado Soublette, electo como el cuarto Presidencia Constitucional de la República (1843-1847), y quien sólo había detentado el mando de forma accidental y transitoria a lo largo de su carrera política. Soublette se estrenaba ahora en buena lid habiendo vencido en la contienda a otros dos portentos del elenco paecista, Santos Michelena y Diego Bautista Urbaneja. Pero se estrenaba también en un ambiente de mayor ruido por parte de la oposición. Un ruido más preocupante que todos los anteriores porque ahora crecía en torno a la figura aglutinadora de Antonio Leocadio Guzmán y del brazo de su violencia verbal, el semanario *El Venezolano*.

Más allá de lo que le cupiera imaginar, el cambio terminó siendo perjudicial en muchos sentidos. Para comenzar, resolvió dejar atrás a la familia en Caracas, considerando que estaría mejor establecida allí que en las nuevas condiciones que podía ofrecer el litoral. Por otra parte, la llegada de Wilson lo despojaba de un “suplemento” salarial lo suficientemente atractivo como para deplorar su pérdida. En tercer lugar estaba la vida misma del puerto donde, al igual que otros viajeros y cónsules antes que él, O'Leary deplorará su clima insufrible y su más que deficiente salubridad. A pesar de que lo tachase como un lugar “peor que el infierno” donde no sólo el calor era excesivo sino que todo era más caro que en la capital, O'Leary se resignará a pasar allí casi todo el resto del año 43.

Saldrán sin embargo a su atención algunos datos inequívocos, sobre todo la pujanza que lentamente empezaba a cobrar aquella zona que pasaba a convertirse en el principal puerto para las exportaciones del país, y donde las flamantes casas comerciales de diversa procedencia – comenzando con aquellas de origen alemán– embalaban y despachaban enérgicamente los productos que el trópico proveía sin esfuerzo.

Vale recordar empero que antes de que su lapso como encargado de negocios tocara a su fin en Caracas a raíz de la llegada de Wilson, O'Leary se había visto llevado a ensayar algunos pasos ante lo que Pérez Vila denomina “un problema difícil, delicado y vidrioso” que habría de marcar un antes y un después definitivo en las relaciones diplomáticas entre Venezuela y Gran Bretaña durante el resto del siglo XIX.

Ocurrió que ya en agosto de 1841 las autoridades venezolanas despertaron ante el asombro de ver enarbolada la *Union Jack* a la altura de las bocas del caño Amacuro, cerca del delta del Orinoco. Pero habían otros signos y postes más sorprendentes aún que, por obra del explorador Robert Schomburgk, trazaban una “línea natural” sobre territorios que hasta donde lo demostraban los antecedentes históricos, Gran Bretaña jamás había exhibido títulos de propiedad. Por si fuera poco, en prenda de gratitud hacia los distinguidos patrocinantes de la expedición cartográfica, el explorador Schomburgk tuvo el gesto de marcar los

postes y otras señales de sus operaciones con el anagrama de su Graciosa Majestad, la Reina Victoria. En pocas palabras, la linderación arbitraria del cartógrafo alemán que actuaba por encargo de la corona británica se apuraba a despojar a Venezuela de más de la mitad del territorio reclamado por ella sobre la zona del Esequibo.

La reacción del presidente Páez fue enérgica, como lo demuestra su intervención ante el Congreso al tratar el asunto, y lo cierto es que O'Leary, como no podía ser de otra forma, fue objeto del nuevo clima anti-inglés que lo llevó a sufrir en su persona expresiones denigrantes dada su condición de "agente británico". Su biógrafo Alfonso Rumazo González sostiene sin embargo que "por suerte, el cónsul O'Leary nada había tenido que ver en el asunto; sufrió la acción moral de esas ofensas, y aguardó serenamente a que se aquietasen los ánimos". Pero esta frase tan indulgente habría que analizarla con cierto cuidado. Pablo Ojer, uno de los autores provistos de mayor autoridad en lo que concierne al tema del Esequibo, asegura por el contrario que O'Leary sí se vio involucrado en el tema en la medida en que el gobierno de Páez, en cuanto tuvo conocimiento de los hechos protagonizados por Schomburgk, le propuso a Gran Bretaña a través de su Encargado de Negocios en Caracas la discusión de un tratado de límites. Londres sin embargo prefirió continuar actuando unilateralmente, y es probable que O'Leary en este punto se hubiese visto llevado a pecar por omisión.

Como sea, el caso en cuestión demuestra que si bien estuvo habituado a convivir sentimentalmente con su país adoptivo, O'Leary no podía despojarse de una instintiva simpatía hacia la Gran Bretaña. Visto al revés, los responsables del *Foreign Office* probablemente juzgaban que O'Leary estaba dotado de ventajas suficientes para penetrar, como pocos, el medio venezolano, pero al mismo tiempo acusaba cierto lastre que comprometía la objetividad de su actuación. Tal vez fue ésta una de las razones para que se estimara conveniente reemplazarlo por Wilson. Manuel Pérez Vila resume de forma admirable la incómoda ambivalencia:

Si en la metrópoli londinense, al otro lado del Atlántico, podían sentir un leve recelo de que O'Leary, aun sin querer, se inclinase inconscientemente del lado venezolano, existía la posibilidad de que en Caracas, donde sus antiguos compañeros de armas habrían de ver las cosas desde el punto de vista venezolano, pudiesen éstos creer que el irlandés, sintiéndose más representante de la Gran Bretaña que patriota venezolano, no defendía con bastante firmeza la causa por la cual había combatido en su juventud. En estas condiciones, Daniel Florencio O'Leary habría de encontrarse en posición hartamente difícil, ante un conflicto de lealtades.

Lo cierto es que ocho meses después de haber ejercido sus funciones en Puerto Cabello, tocó a su fin la actuación de O'Leary como agente diplomático en Venezuela entre 1840 y 1843, tiempo durante el cual se habían agregado dos hijas más a la familia, Ana y Carolina. Esta vez sin embargo, a diferencia de incertidumbres anteriores, el gran “glotón” sería él: Lord Aberdeen –y esto debe leerse como un franco reconocimiento a sus aptitudes diplomáticas– lo destinaba a Bogotá, no ya como simple cónsul de S.M.B. sino como Ministro, es decir, como diplomático inglés en toda regla.

Colombia otra vez

Luego de trasladarse hasta Caracas para recoger a Soledad y la vasta prole, liquidar algunos asuntos personales, ser objeto del agasajo de sus numerosos amigos y verse demorado unas cuantas semanas a causa de una epidemia de viruela que se había encargado de alejar de la rada de La Guaira a todas las naves extranjeras, O'Leary y los suyos se embarcaron con destino a Maracaibo, desde donde siguieron ruta hacia Bogotá a través de las bocas del río Catatumbo.

Su primera sorpresa, al llegar a Bogotá en abril de 1844, fue constatar que al igual que en Venezuela, las pasiones se habían ido apaciguando. Llegaba para encontrarse con el general Pedro Alcántara Herrán al frente de la presidencia, un fervoroso partidario de la Dictadura de Bolívar en 1828 pero que luego terminó intimando con Santander, la antigua némesis de O'Leary, quien había muerto cuatro años antes,

en 1840. A la par de sus funciones, el Ministro inglés y cuñado del Presidente de Venezuela no sólo halló en Bogotá las ventajas que hacían placentera la existencia allí, sino que el hecho de haber sido esa ciudad el centro del poder de la Unión Colombiana entre 1821 y 1830 le permitía tener acceso a un repositorio documental de enorme valor para redondear pormenores de aquel lapso, o para añadir o rectificar juicios ya contenidos en el borrador de su *Narración*.

Desde 1844 hasta 1854, año de su muerte, O'Leary vería desfilar por el poder a cuatro presidentes colombianos –Alcántara Herrán, Tomás Cipriano Mosquera, José Hilario López y José María Obando–, todos con orientaciones distintas dentro de la nueva realidad del poder repartida entre liberales y conservadores, aunque raro fue, a pesar de algunos fantasmas *septembrinos* que aún rondaban, que sus gestiones diplomáticas no hallasen buena acogida en el seno de aquellos cuatro gabinetes. Debe destacarse sin embargo que a partir de la presidencia de Mosquera operó un cambio que llevó a Colombia a abandonar la tradicional inclinación pro-británica que venía caracterizando las administraciones anteriores desde la Presidencia de Bolívar, a favor de una aproximación más bien firme con los Estados Unidos, lo cual vino a evidenciarse en la forma en que O'Leary debió trabajar intensamente en pro de los intereses ingleses con respecto a las futuras obras ferroviarias que se tenían proyectadas para el istmo de Panamá, donde comenzaban a incursionar los capitales norteamericanos.

Zanjada como había quedado en Londres la espinosa cuestión de la deuda, y descontando algunos incidentes no muy distintos a los que habían reclamado su atención en Venezuela, el tiempo se le irá montando a caballo, corrigiendo sus papeles, cuidando de la familia y atesorando fósiles, minerales, aves embalsamadas y artefactos indígenas, en una especie de museo personal que habilitó para ello en su amplia casa de Bogotá. La única novedad fue el nacimiento de sus dos últimos hijos –Arturo y Oscar– y las noticias que de vez en cuando recibía en la propia ciudad, o desde Caracas, o desde Europa, sobre aquellos veteranos de la contienda que terminaban por desaparecer.

El único momento que vino a alterar el sosiego de la familia, descontando algunos cuidados que sufriera su hija Bolivia, fue cuando en Venezuela, a raíz de que el Congreso fuera disuelto a la fuerza por los partidarios del nuevo presidente José Tadeo Monagas en enero de 1848, el ex presidente Soublette se vio obligado a escapar para llegar como fugitivo a Bogotá y hallar acogida en casa de su hermana Soledad. De una forma o de otra se trataba de un cuadro parecido al de su propio exilio en Jamaica, sólo que ahora era él, O'Leary, quien socorría a su cuñado en apuros cuando en aquellos años había sido todo lo contrario. "Preveo grandes desgracias en Venezuela", fue el juicio que le mereció esta hora de venganza contra el elenco afín a Páez. Y el tiempo se hizo cargo de darle la razón.

El último viaje a Europa

En 1851, un cúmulo de dolencias que se remontaban a sus tiempos en Madrid y Roma lo llevó a pedir permiso del *Foreign Office*, dejar los archivos a cargo del *attaché* de la Legación y enrumbarse a Londres convencido de que debía ponerse en manos de algunos especialistas. Partió en julio de 1852. En la travesía con escala en Saint Thomas para luego seguir hasta Southampton, lo acompañaban dos de sus hijas, Ana y Carolina, a quienes Soledad y él habían resuelto dejar pensionadas en un establecimiento para señoritas en París. El primogénito Simón y el otro varón –Carlos– ya se hallaban cursando estudios en un colegio de Inglaterra, y por Simón es que O'Leary también se encaminará a Londres para tratar con sus viejas amistades la posibilidad de gestionarle un cargo en el servicio exterior. El tratamiento que recibe de los facultativos arroja resultados tan tranquilizadores que a pesar de verse sometido a un enojoso régimen que lo obligaría a ceñirse fajas húmedas en el estómago, pudo cruzar el Canal de la Mancha, dejar a las hijas en su internado de los Campos Elíseos, reencontrarse en París con el albacea de Bolívar, Juan Francisco Martín (a quien de seguro le solicitaría más documentos para su obra), seguir a Niza, luego a Roma, volver una vez más a París y Londres, visitar Dublín y Cork

en compañía de su hijo Simón, y someterse a otra sesión hidroterápica antes de reembarcarse en Southampton.

Antes de pisar Colombia y sin separarse de Simón, quien lo había acompañado de regreso, O'Leary hará una escala en los Estados Unidos. Excursiona hasta las cataratas del Niágara, visita la tumba de George Washington en Mount Vernon, viaja a Filadelfia donde compara su robustez recobrada gracias al sistema hidroterápico con el aspecto "flaco y acabado" que le nota al expresidente José María Vargas y, en Nueva York, visita al general Páez, quien también padecía las amarguras del exilio luego de los actos de fuerza que habían tenido lugar en Venezuela tras la entronización de Monagas.

"Anoche soñé que se decía misa de muerto por mí"

Lo más cruel de esa clase de tratamientos como el que venía recibiendo en Inglaterra era que muchas veces tendía a despertar falsas ilusiones, a pesar de habérsele variado la dieta, de verse sometido a mortificantes curas de agua y convertido ya en un experto en el hábito de aplicarse él mismo (o con la ayuda de su criado) aquellas fajas húmedas en el estómago. Curiosamente, la muerte lo visitaría en sueños antes de promediar el mes de diciembre de 1853. Sería justamente a varias jornadas entre Cartagena y Bogotá mientras regresaba al reencontro de su familia, luego de año y medio de ausencia. Era en cierta manera un animal cansado, hastiado de todo menos de su sincera preocupación por ver a sus hijos encaminados en una vida de buenas costumbres europeas. Esa vez soñó que se decía misa de difuntos por él y fue hasta capaz de ver con claridad quiénes eran los que acompañaban el cortejo. Dos meses más tarde, en febrero de 1854, víctima de un ataque de apoplejía que lo postró definitivamente en cama, la muerte lo volvería a visitar, aunque esta vez en serio y sin que sepamos si pudo ver o no a quienes asistían a sus exequias. La noticia causó tanto revuelo y era tanta la autoridad que imponía la figura del difunto, que el duelo se convirtió en un acto nacional encabezado por los más altos poderes del país.

En mayo de 1881, o sea, veintisiete años después, el presidente Guzmán Blanco decretó que los restos de O'Leary fuesen trasladados a Caracas para ser sepultados junto con El Libertador en el Panteón Nacional. Fue uno de los tantos gestos que el "Ilustre Americano" le tributó al clan O'Leary. En la comitiva vinieron Simón, el futuro editor de las *Memorias* de su padre, y Oscar, el menor de la fronda, cubriendo la misma ruta que describieron los restos de Bolívar desde Santa Marta hasta La Guaira, en 1842.

Soledad, la viuda, que aún contaba setenta y siete años, se quedó atrás, llorando en Bogotá.

- **Carbonell, Diego.** *General O'Leary íntimo*. Caracas: Editorial Élite, 1937.
- **Donís Ríos, Manuel.** *Ramón Ignacio Méndez*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. El Nacional/Banco del Caribe, N° 23, 2006.
- **Grases, Pedro.** *Preindependencia y emancipación (Protagonistas y testimonios)*. Barcelona: Editorial Seix Barral, Obras Completas, Volumen N° 3, 1981.
- **Liévano Aguirre, Indalecio.** *Bolívar*. Prólogo de Mario Briceño Perozo. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República/Academia Nacional de la Historia, 1988.
- **Madariaga, Salvador de.** *Bolívar*. Santo Domingo: Ediciones Cultura, dos volúmenes, 1979.
- **Masur, Gerhard.** *Simón Bolívar*. Prólogo de J.L. Salcedo-Bastardo. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República/Academia Nacional de la Historia, 1987.
- **Navarro, Monseñor Nicolás.** *Actividades diplomáticas del general Daniel Florencio O'Leary en Europa (años 1834 a 1839)*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1939.
- **O'Leary, Daniel Florencio.** *Memorias del general Daniel Florencio O'Leary. Narración*. Prólogo de Monseñor Nicolás E. Navarro. Caracas: Imprenta Nacional, tres volúmenes, 1952.
- _____. *Memorias del general Daniel Florencio O'Leary*. Caracas: Ministerio de la Defensa, 1981, 34 volúmenes.
- **Pérez Vila, Manuel.** *Vida de Daniel Florencio O'Leary*. Caracas: Ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Imprenta Nacional, 1957.

- **Riaño Cano, Germán.** *El gran calumniado. Réplica a la leyenda negra de Santander.* Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2001.
- **Rumazo González, Alfonso.** *O'Leary, edecán del Libertador.* Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1979.

Los orígenes en Cork	9
El primer regimiento en llegar a Venezuela	15
“Aquí Páez los dejará saquear”	19
La herida en el pantano	27
Bajo el mando de Anzoátegui	27
El Páramo de Pisba	30
De Boyacá a Pichincha	33
El abrazo de Trujillo	33
Desde lo alto del Buenavista	41
Caracas es una estampa fugaz	43
Primera escala en Jamaica	46
A las órdenes de Sucre	47
De nuevo junto a Bolívar	51
La misión a Chile	53
“Yo pensabairme esta semana”	55
La visita al bajo y alto Perú	58
Una actuación inconclusa	62
El año de La Cusiata	65
Feria de pasiones	73
El encuentro con la gentil Soledad	77
“Con garrote no se puede entrar a la Convención”	79
Colombia es un incendio	85
“Una semana de trueno y matanza”	89

“Dos mil cadáveres piden mucho llanto”	89
“He salido del mal paso”	91
Un diplomático con las credenciales anuladas	97
Jamaica y las <i>Memorias</i>	103
El diplomático irlandés al servicio de Venezuela	111
Las ventajas de entenderse con Lord Palmerston	114
Una excursión a Irlanda	117
En la corte de Madrid	118
Los sótanos del Vaticano	122
De la burocracia celestial a los bonos de la City	126
El diplomático británico en Caracas y Bogotá	129
La reivindicación de Bolívar	131
Los postes de Su Majestad	132
Colombia otra vez	136
El último viaje a Europa	138
“Anoche soñé que se decía misa de muerto por mí”	139
Bibliografía esencial	141

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat

Este volumen de la Biblioteca Biográfica
Venezolana se terminó de imprimir el mes de
marzo de 2006, en los talleres de Editorial Arte,
Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron
caracteres light, negra, cursiva y condensada de
la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños
8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se
usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Daniel F. O'Leary

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Edgardo Mondolfi Gudat

Sin los 34 volúmenes de las *Memorias del general Daniel Florencio O'Leary* es difícil imaginar la historia de Bolívar. Baste esta aserción para comprender la significación del protagonista. Tenía 18 años de edad cuando abandona su nativa Irlanda para alistarse en un grupo de expedicionarios rumbo a Venezuela. Orinoco arriba, O'Leary entra al país por los llanos: esa es la primera visión de la tierra que lo va a cautivar. Llega a San Fernando de Apure en un momento de 1818 en que coinciden allí Bolívar y Páez.

O'Leary no fue sólo el memorialista afortunado y persistente, sino un guerrero de valor y un combatiente fiel. Desde sus primeros días se vinculó con Bolívar, primero en Guayana, y luego como uno de sus edecanes de mayor confianza. Como lo relata Edgardo Mondolfi, el irlandés fue un negociador a quien Bolívar le confió misiones sensibles. Fue secretario del mariscal Sucre en las negociaciones de la regularización de la guerra con el general Pablo Morillo, en Santa Ana de Trujillo, en 1820. Acompañó a Bolívar en el célebre encuentro, fue huésped del general español, con quien sostuvo un duelo de agudezas imaginativas mientras preparaba la histórica entrevista, cuando apenas contaba 20 años.

Después de la muerte de Bolívar, O'Leary se vinculó al servicio exterior de la República y, posteriormente, representó a Gran Bretaña en nuestro país. Es inevitable que su vida discorra paralela con la historia de Bolívar en los tiempos de la Gran Colombia. Decir que sus *Memorias* son indispensables para el conocimiento de aquella época no indica que O'Leary se limitó a registrar sucesos o guardar papeles. Si su testimonio es incomparable, conviene conocer de cerca al memorialista. Biógrafo afortunado, Edgardo Mondolfi nos aproxima inteligentemente al personaje y sus avatares.

Simón Alberto Consalvi



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE